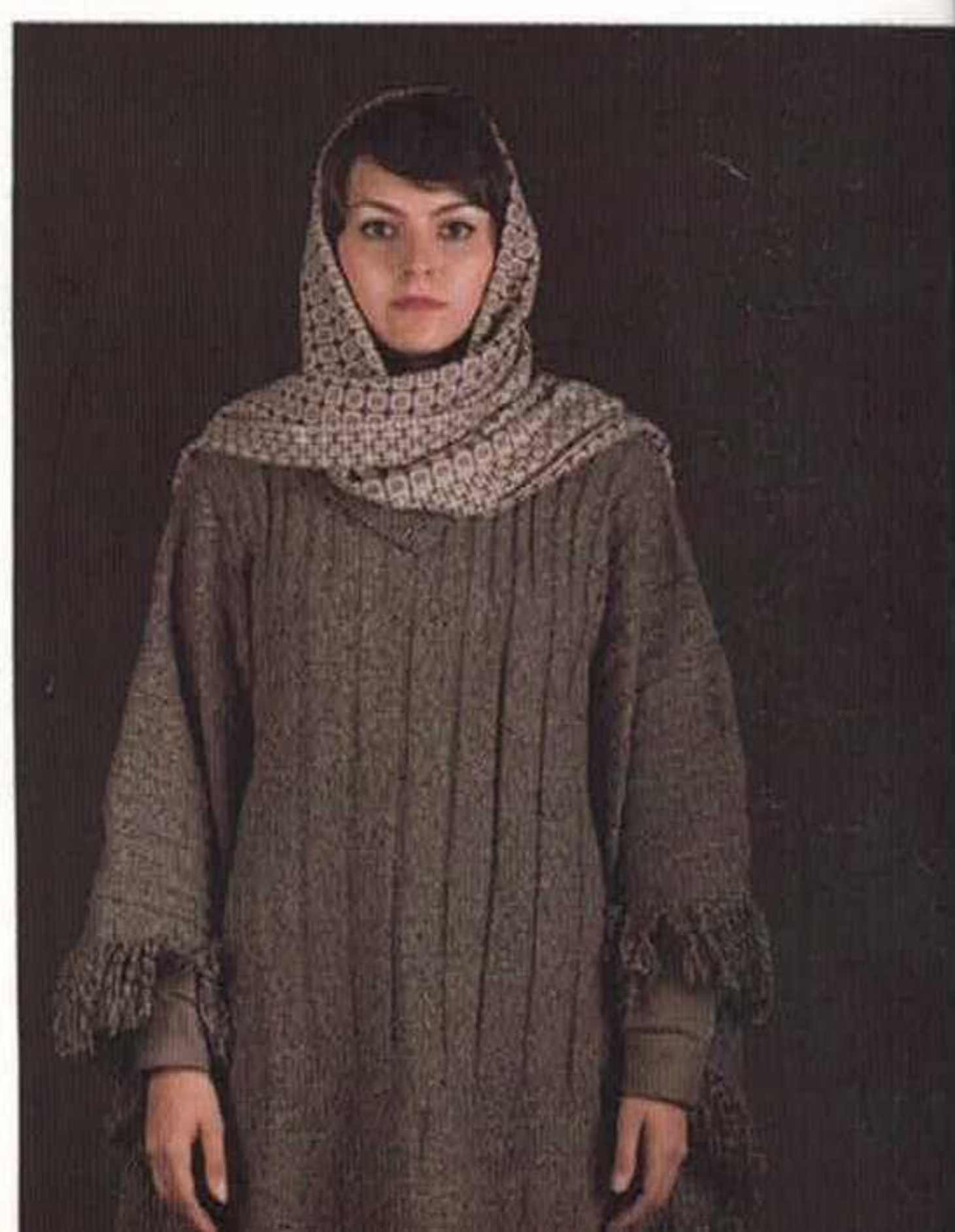
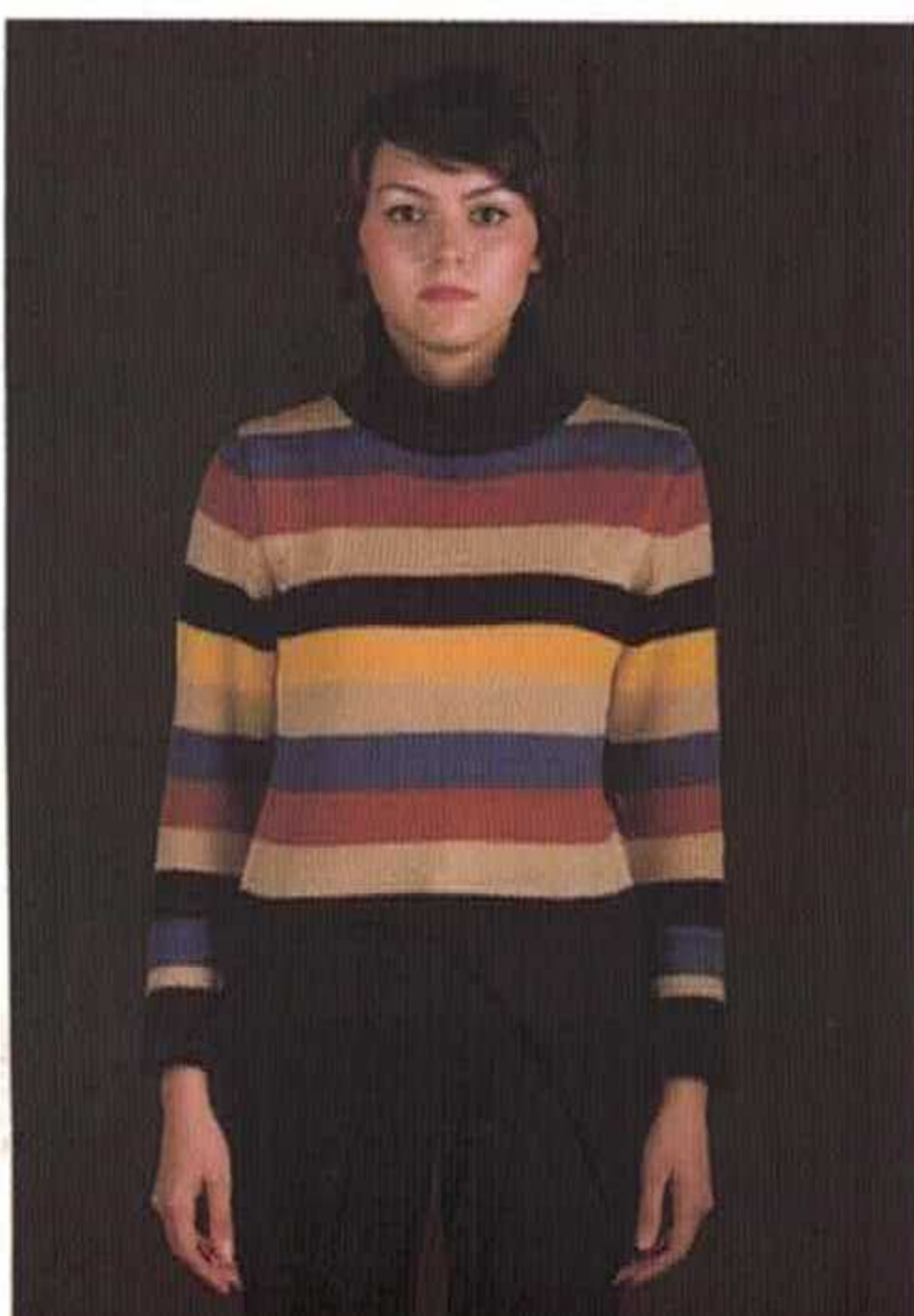
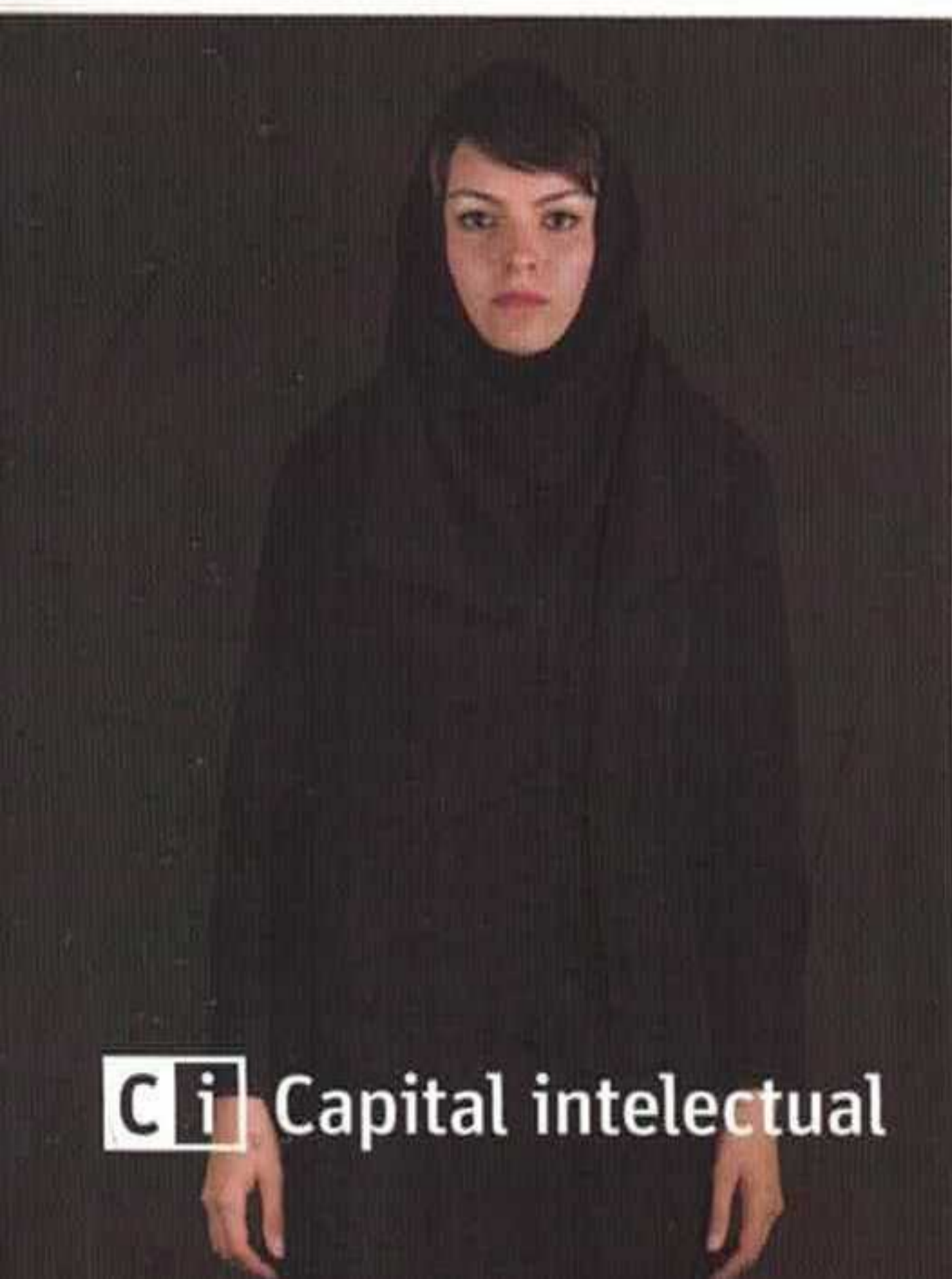


C

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE MEDIO ORIENTE

Detrás de los mitos

LEYLA DAKHLI



LEYLA DAKHLI es investigadora en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS, Francia) y en el Centro Marc Bloch (Alemania). En sus trabajos explora la historia del mundo árabe contemporáneo y particularmente la historia de sus movimientos sociales y sus mundos intelectuales. Es autora de *Une génération d'intellectuels arabes. Syrie et Liban, 1908-1940* (2009).

**HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE MEDIO ORIENTE**

LEYLA DAKHLI

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE MEDIO ORIENTE

Detrás de los mitos

Traducción de Víctor Goldstein

ci Capital intelectual

Dakhli, Leyla

Historia contemporánea de Medio Oriente. Detrás de los mitos / Leyla Dakhli.

-1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual, 2016.

192 p.; 20 x 14 cm. - (Claves del siglo XXI; 22)

Traducción de: Víctor Goldstein.

ISBN 978-987-614-517-6

1. Política Internacional. I. Goldstein, Víctor, trad. II. Título.

CDD 327.1

Edición de imagen: Jazmín Tesone

Diseño de colección y tapa: Raquel Cané

Diagramación: Daniela Coduto

Traducción: Víctor Goldstein

Coordinación: Inés Barba

© Imagen de tapa: Gohar Dashti

Título original: *Histoire du Proche-Orient contemporain*

© 2015 Éditions La Découverte, 9 bis, rue Abel-Hovelacque 75013, París.

© Leyla Dakhli, 2016

© Capital Intelectual, 2016

1ª edición • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación

puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Índice

Introducción	9
I. El fin del Imperio (1908-1916)	13
II. Revueltas y dominio colonial (1916-1936)	27
III. La edad de oro del nacionalismo árabe (1936-1967)	53
IV. Los años de plomo (1967-1991)	89
V. El retorno del pueblo (desde 1991 hasta hoy)	119
Conclusión	145
Glosario	147
Referencias cronológicas	155
Referencias bibliográficas	163
Índice de contenido	185

Introducción

*¡Anota! Soy árabe
Sin apellido; soy mi nombre
“Infinitamente paciente” en un país donde todos
Viven sobre las brasas de la Ira
Mis raíces...
Fijaron residencia antes del nacimiento del tiempo
Antes del desborde de la duración
Antes del ciprés y el olivo
...Antes de la eclosión de la hierba.
Mi padre... es de una familia de labradores
Nada tiene que ver con los señores notables
Mi abuelo era campesino – ser
Sin valor – ni ascendencia.
Mi casa, una choza de guardián
Hecha de troncos y cañas
Eso es lo que soy. ¿Te gusta?
Sin apellido, no soy más que mi nombre.*

Mahmud Darwich [1989]

Cambiar la mirada. Contemplar de una nueva manera ese Oriente mediterráneo, mundo intermedio entre Europa y Asia: esto debería ser evidente, después de los acontecimientos de los últimos años. Hemos visto gente que invertía el equilibrio supuestamente inmutable de las dictaduras, hemos visto a mujeres y hombres, la mayoría de las veces gente joven, invadiendo las calles y coreando eslóganes creativos y poderosos. Hemos visto obreros, obreras, estudiantes, campesinos gritando de alegría o de dolor, hemos visto intelectuales a quienes quebraban las manos o las piernas,

abogados asesinados... Hemos visto sociedades en movimiento. Sin embargo, nos habíamos acostumbrado a no ver ya esas sociedades y a hablar de la calle árabe, muchedumbre indistinta asaltada regularmente de sacudidas, a menudo reaccionaria, con más frecuencia todavía amenazadora.

Este libro intenta responder a esa paradoja haciendo la síntesis de los conocimientos sobre la historia social de la región. Propone una mirada sobre el siglo xx del Cercano Oriente a través de las luchas sociales y las movilizaciones populares. Intenta dar claves de comprensión políticas, sociales y culturales a los acontecimientos más conocidos que jalonaron el siglo (guerras, colonizaciones, desgarramientos) al tiempo que hace la luz sobre aspectos a menudo menos visibles para los no especialistas.

Una de las explicaciones del desconocimiento general de las sociedades árabes del Medio Oriente radica en el hecho de que el conjunto geográfico considerado es más fácilmente encarado por cuestiones geopolíticas que en un abordaje “por abajo”. Porque la sociedad revela con más facilidad las distorsiones que los abordajes más globales y que tienen un punto de vista más general como son la geopolítica o la historia de las ideas, por ejemplo, ambas sobrerrepresentadas en el terreno árabe y oriental. Y veremos aquí que en ocasiones fue difícil dar cuenta de manera sintética de la historia social del siglo xx en la región haciendo lugar a los matices y las particularidades locales o temáticas. Durante este período, las sociedades fueron sofocadas bajo el ruido de las guerras y los conflictos de las potencias (con un lugar primordial para los conflictos árabe-israelíes o palestino-israelíes), en la emergencia de ideologías más o menos específicas (en particular el islam político, convertido desde los años noventa en el ángulo de lectura principal en el discurso común). La herencia poscolonial, por su parte, construyó un abordaje de las sociedades orientales en términos confesionales, comunitarios, hasta étnicos. Esta calificación tiende a reducir a las sociedades a una “complejidad”

incesantemente invocada para negarles su parte de invención, de tensiones fundadas en las desigualdades económicas y sociales, en suma, de modernidad. Por último, si las sociedades no eran percibidas, es también porque los regímenes establecidos no deseaban que lo fueran, salvo en una forma de conformidad con sus deseos (en particular como una fuerza conservadora e incontrolable, salvo por la fuerza).

Es menester recalcar que esta obra, con sus carencias y sus límites, cuya total responsabilidad asume la autora, fue escrita gracias a recientes investigaciones que se interrogan y documentan numerosos aspectos de la historia social de la región.

En un primer tiempo, tratar de dar algunos jalones para una historia social de la región es cuestionar la noción misma del Cercano o el Medio Oriente. El espacio del que se tratará principalmente aquí comprende los siguientes Estados actuales: Líbano, Siria, Israel, territorios palestinos ocupados, Jordania, Irak. No obstante, haremos algunas incursiones fuera de estas fronteras sobre cuya construcción han corrido ríos de tinta y que están marcados tanto por la caída del Imperio otomano como por la resolución de la Primera Guerra Mundial. De a pequeños toques, intentaremos mostrar los lazos que unen ese espacio con el espacio turco-otomano, pero también con el muy cercano Egipto y, cada vez más, con los Estados del Golfo y de la península arábiga. La historia que tratamos de escribir aquí es también la de un cambio de contornos, de polaridades, de un descentramiento en el seno del conjunto que convenimos en llamar Medio Oriente. A cada instante será preciso preguntarse de qué espacio se trata, cuáles son sus fronteras, cómo se mueven, concretamente por el juego de los recortes administrativos y de los armisticios, pero también por los lazos que se establecen o se deshacen entre territorios en función de las épocas encaradas y de las cuestiones consideradas. A comienzos del siglo, estos territorios son una parte del Imperio otomano y, en cuanto a lo esencial, constituyen sus provincias árabes. Las provincias árabes

occidentales pasaron bajo otros cortes: del Magreb (colonización de Argelia a partir de 1830 y de Túnez en 1881) a Egipto (a partir de 1882), la pérdida concluye en el siglo xx con la guerra de Libia de 1911. En Arabia, los Saud conquistan primero su independencia entre 1915 y 1932, apoyándose a la vez en una alianza con Gran Bretaña y sobre una base político-religiosa wahabita rígida. La Arabia Saudita así fundada reúne el corazón de la península arábiga y toma impulso como potencia regional, ejerciendo su control sobre los principales lugares santos del islam.

Hemos escogido aquí recorrer el siglo xx, que creó el Medio Oriente en cuanto entidad geopolítica, desde otro punto de vista. No nos demoraremos en los conflictos que puntuaron la historia de la región a lo largo de todo el siglo, no evocaremos el Gran Juego siempre en marcha, el de los intereses de las potencias y de los ballets diplomáticos que conducen a resoluciones provisionales de la cuestión palestina o del trazado de las fronteras. Estas historias no son aquí nuestro propósito y pueden ser leídas en otras partes [Laurens, 1991; Cloarec y Laurens, 2003; Corm, 1983].¹ Intentaremos restituir una cronología de los cambios que se operan en las sociedades escribiendo una historia sustentada por las luchas y los movimientos sociales. Esta historia debuta aquí con una revolución y concluye, en puntos suspensivos, con las luchas en curso desde los años 2000.

1 Las referencias entre corchetes remiten a la bibliografía al final de la obra. [N. del T.]

El fin del Imperio (1908-1916)

La sociedad de las provincias árabes del Imperio otomano: desigualdades y coexistencias

En el norte de las provincias, el *Bilad al-Sham** es un país pobre. Las montañas medianas, las del Antilíbano, de la Galilea o de Chouf, son lugares de implantación antiguos por comunidades que trabajan tierras fértiles, pero cuyas terrazas son de difícil acceso. El resto del territorio al este es relativamente desértico y el valle del Éufrates es todavía explotado de manera mínima. Sólo la franja mediterránea, estrecha, es fácil de cultivar.

Las comunidades cristianas, musulmanas, drusas y judías coexisten en el seno del Imperio bajo el régimen de los millets*, pero esta coexistencia fue malograda por las transformaciones del Imperio y por las tensiones confesionales aparecidas a partir de los años 1860.

La jerarquía social sigue estableciéndose alrededor de grandes familias cuyo asentamiento social es ante todo territorial. Estas notabilidades están instaladas en las ciudades y encuentran su lugar

* Los términos seguidos por un asterisco –en su primera aparición– son definidos en el glosario que se encuentra al final de la obra. [N. del T.]

en la administración civil y militar, así como en las instancias municipales. Fundan su poder en su presencia en esos diversos escalones y en el mantenimiento de una red clientelista y de confianza en los barrios [Khoury, 1983]. Este sistema de notabilidades coexiste con nuevas formas de ascenso social ligadas a las reformas otomanas.

Así, el auge de la edición y de la prensa permite la aparición de una nueva clase, la de los intelectuales, que va a la par con el bosquejo de un espacio público. La prensa egipcia, situada fuera del Imperio, pero a la escucha de los debates que la agitan, se convierte en una verdadera plataforma, particularmente por lo que respecta a las provincias árabes. En la región, grandes universidades acogen a estudiantes de diferentes partes del Imperio. Vemos florecer fábricas y empresas, obradores de tranvías, de vías férreas, de acondicionamientos portuarios donde confluyen los obreros europeos, portadores de ideas nuevas, de una tradición de luchas obreras entonces todavía desconocida en Oriente [Khuri-Makdisi, 2010], así como de una manera de vivir en la ciudad que se podría calificar de cosmopolitismo ecléctico. Por último, las academias militares son una vía de ascenso social que sirve de lugar de intercambios y de socialización para diversas partes del Imperio.

La modernización del Imperio transforma en profundidad las relaciones entre los antiguos millets otomanos. Ciertas comunidades confesionales desempeñan un nuevo papel al involucrarse en actividades comerciales (los cristianos de Monte Líbano abandonan masivamente sus pueblos para instalarse en el puerto de Beirut o emigrar), y algunos individuos aprovechan la oportunidad de las reformas para liberarse de las reglas comunitarias. En adelante, todos pueden ser considerados como sujetos, iguales ante la ley [Campos, 2011]. Esta emancipación individual es particularmente enunciada en el seno del grupo de los Jóvenes Otomanos, a su vez surgidos de diferentes comunidades: turca, árabe, griega, armenia, judía, etcétera.

La sociedad sedentaria árabe otomana, en su vasta mayoría, es campesina y está instalada sobre todo en las montañas. Su dependencia es cada vez mayor frente al mercado europeo que viene a buscar sederías para alimentar su desarrollo industrial [Chevallier, 1971], al igual que algunos productos como frutos frescos y secos. Así se explican, por ejemplo, los antiguos lazos entre Monte Líbano, tierra de cultivo de zarzamoras, y la región de la seda lyonesa. La tierra es escasa y disputada. En Palestina, los primeros colonos judíos adquieren tierras y modernizan la agricultura, bajo la mirada admirativa –pero un poco inquieta– de los árabes musulmanes y cristianos [Khalidi, 1988]. La cuestión de la tierra es en todas partes central, y acarrea la partida de algunos hacia tierras en ocasiones lejanas o hacia las ciudades. A lo largo de siglo XIX se constituye una clase de comerciantes, que se articula sobre el régimen de las Capitulaciones y los privilegios que concede a las comunidades bajo protección europea, y se apoya en la diáspora (norteamericana, africana, europea). Las fronteras de pertenencia se redibujan según uno siga la circulación del algodón, de los ferrocarriles, de los libros o de los trabajadores. Algunas comunidades ocupan su lugar: turcos en América latina, shawam en Egipto, maronitas en París... Esta expansión también permite el desarrollo de una sociedad más urbana, alimentada del éxodo rural, y el crecimiento de nuevos polos urbanos portuarios como Beirut o Haifa en el recodo del siglo [Levine, 2005; Hanssen, 2005].

En la revolución imperial de 1908, la cuestión del pueblo no está presente. Las sociedades del Cercano Oriente están entonces en mutación: siguen siendo mayoritariamente rurales, pero los polos urbanos (sobre todo portuarios) se desarrollan desde hace medio siglo gracias al aumento de los intercambios y las exportaciones de productos agrícolas. Es en este contexto que ciertas iniciativas para ir hacia una interpretación más amplia de la libertad son sostenidas por grupos sociales emergentes: en primer lugar los hombres de letras, periodistas y escritores, luego las mujeres, a

través de diversas tomas de palabra, en particular los diarios femeninos [Dakhli, 2009a]. Los movimientos obreros, de inspiración socialista y anarquista, sin embargo presentes en ciertas metrópolis del Imperio como Beirut, Salónica o Alejandría [Khuri-Makdisi, 2010], están en su mayoría poco involucrados por esta revolución palaciega. En su conjunto, los iluminados conciben el mundo en una relación binaria entre aquellos que saben y aquellos que deben aprender [Gelvin, 1997] y, si encarán la cuestión del pueblo, lo hacen de manera bastante paternalista.

¿Hacer la revolución con el Imperio?

En julio de 1908, luego de la rebelión de los oficiales de Salónica, se proclama en todas partes en el Imperio otomano: “libertad, igualdad, fraternidad, justicia”; los símbolos revolucionarios, tomados de la Revolución francesa, se ostentan en las paredes, las estampillas, las tarjetas postales. El Imperio se ha convertido en una patria de la Ilustración en la era de la libertad. La revolución ruge a partir de Salónica, fue pensada en Estambul, París o Ginebra. Las amenazas ejercidas sobre la institución imperial dejaron planear un tiempo la sombra del regicidio pero, en esta revolución, el sultán es finalmente aclamado como el restaurador de las libertades: desencadenada por el ejército de los Balcanes, esta revolución se prolonga por la obra del mismo sultán que restablece la Constitución de 1876 que él había suspendido, transformando desde entonces el Imperio en régimen monárquico constitucional [Georgeon, 2003].

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el Imperio otomano es asediado, amenazado de intervención por las potencias europeas: la crisis oriental de 1875-1878 y luego el tratado de Berlín prueban que su destino está suspendido de un frágil equilibrio de fuerzas. La ocupación de Túnez en 1881 y la de Egipto en 1882 reducen su espacio de influencia. Apoyándose en numerosos movimientos modernizadores –entre los cuales el de los Jóvenes

otomanos conducido por Midhat Pacha–, el sultán lanza una ola de reformas, los *Tanzimat**, y promulga una Constitución en 1876, suspendida dos años más tarde y hasta 1908. Estas reformas atañen a cuantiosos aspectos de la vida del Imperio, de la ortodoxia sunita (amenazada por movimientos como el wahabismo implantado en la Arabia sublevada) a la educación (creación de una red de escuelas y universidades modernas) y al desarrollo económico (puerto de Beirut, trabajos). Estas transformaciones administrativas y económicas del Imperio traen aparejadas fuertes migraciones: comerciantes (sobre todo libaneses) que parten a establecerse más allá de los mares, estudiantes que se instalan en París o Londres para perfeccionar su formación, etc. Al mismo tiempo, la alfabetización progresa en el Imperio desde que una red de escuelas y de universidades viene a completar el trabajo de las escuelas misioneras y el papel de los preceptores religiosos, curas o sheijs de pueblo. En el período llamado hamidiano (reino de Abdul Hamid II, 1876-1909), el Estado otomano creó 10 000 escuelas públicas. Esta política apunta por cierto a armonizar la situación entre las diferentes provincias para crear una cultura común otomana y distribuir los medios favoreciendo a las regiones más pobres y menos dotadas en escuelas privadas [Fortna, 2002; Somel, 2001].

La rebelión que se desencadena en los Balcanes en 1908 y desemboca en la restauración de la Constitución el 24 de julio es la continuación de una agitación intelectual y política multiforme que caracteriza al Imperio otomano desde hace por lo menos tres decenios. Los hombres de 1908 son turcos, armenios, árabes, kurdos, cristianos, musulmanes o judíos. La mayoría de las veces fueron educados en varias lenguas, y atraviesan territorios y continentes. Desde hace algunos decenios escriben en otomano, en árabe o en otras lenguas en diarios y difunden su pensamiento tanto en Salónica como en París, Ginebra, El Cairo, Nueva York o Beirut.

Los intelectuales se ponen al servicio del acontecimiento y desempeñan un papel para el cual saben que están preparados. Mucho más, se consideran como los artesanos de una revolución que sin embargo ha ocurrido en su mayor extensión sin ellos. Son los hombres libres (*ahrar*), y su hora ha llegado. En el verano de 1908 y en las semanas que siguen los diarios se convierten ante todo en los depositarios de lo que se desarrolla en Estambul, en Beirut, en Damasco y en otras partes del Imperio. El endurecimiento autoritario de esta revolución, sin embargo, rápidamente se hace presente, poniendo fin al entusiasmo y a los sueños de libertad.

La lucha llevada a cabo por los Jóvenes Turcos por un gobierno constitucional, que implicaba la igualdad y la libertad para todos sus miembros en un momento de crisis y de numerosos conflictos, conduce a una contradicción de los diferentes componentes del mismo Imperio. El Comité Unión y Progreso, sociedad política primero clandestina surgida del movimiento de los Jóvenes Turcos, florece con la revolución de 1908; una bocanada de aire fresco penetra hasta las regiones más alejadas del Imperio. Pero la revolución llevada a cabo por los militares muy pronto es puesta bajo el signo del mantenimiento del orden [Levy-Aksu, 2012].

Todo el universo de los intercambios privados, antes confinados a las casas y los clubes, encuentra en el verano de 1908 su lugar en la calle. Es un tiempo de festividades donde oradores más o menos célebres vienen a hablar de su 1908. Un espacio público emerge en una explosión efímera. Desde el inicio pueden oírse reivindicaciones específicas a las provincias árabes, que remiten a la lengua, a la representación, a la descentralización. Son todas reivindicaciones que permanecen en el marco del Imperio y no cuestionan la lealtad otomana.

Las sociedades culturales, como la Sociedad del Renacimiento árabe creada en Estambul en 1906, operan en la recolección de

textos, trabajan en la lengua árabe y constituyen bibliotecas. Son el fermento de un espacio nacional árabe en el seno del Imperio. Allí se pueden tomar cursos, asistir a representaciones teatrales o escuchar conferencias.

Se asiste a reuniones y a iniciativas del mismo tipo en todas las ciudades de la región, Beirut, Jaffa, Jerusalén [Campos, 2011; Lemire, 2013] o incluso en El Cairo. Otras provincias, más alejadas, parecen ofrecer un eco menos entusiasta a este acontecimiento, inclusive en el seno de las elites letradas: es el caso sobre todo de Saná en Yemen [Honvault, 2012], y en cierta medida en Bagdad [Metenier, 2012].

La esfera privilegiada de intervención de estos hombres en la escena pública es cultural; pasa por la lengua y su renovación, expresa un arabismo que se piensa y se constituye en el seno del Imperio. Se trata aquí de la posición de una elite que se considera como guía de la revolución a través de una misión pedagógica. Así, la revolución de 1908 hace entrar la cuestión de la lengua en la política. Los intelectuales se involucran en esta misión: se perciben como los traductores del pueblo en dirección al poder, los vectores de sus aspiraciones. Precisamente de ese papel se hacen cargo durante la revolución: las palabras son primero pronunciadas en turco otomano, luego puestas al alcance de sus compatriotas al ser traducidas en árabe, hasta en los dialectos locales [Der Matossian, 2014].

En cuanto al lugar escogido para la difusión de esta nueva lengua, los intelectuales lo constituyen en un nuevo universo urbano, lo más cerca posible de una modernidad sacralizada, con el deseo de hacer coexistir en él los eslóganes de 1908: “libertad, igualdad, justicia, fraternidad”. Tanto los mayores como los más jóvenes se aplican a la comprensión del acontecimiento, a la interpretación, a la elaboración de estrategias, en primer lugar haciéndose eco de un espíritu de 1908 (lirismo de los grandes principios, concreción de textos que leyeron en otras partes, espejo de

las grandes revoluciones), pero también de un espíritu concreto para su(s) país(es). Los revolucionarios árabes de 1908 tocan una partitura nacional en el marco, no discutido, del Imperio. La revolución es recibida como el medio para ellos de desempeñar un nuevo papel en su seno [Dakhli, 2009a].

Reformas

En realidad, a pesar del uso del término *Inqilab** (derrocamiento) para designar a los acontecimientos de 1908, la palabra clave del período es la de reforma, restauración de los *Tanzimat* (reformas administrativas) y sobre todo de su vertiente constitucional –es decir, transformación real del Imperio autoritario en un Imperio constitucional–, pero también *islah**, reforma profunda de la religión y de la sociedad. Este proyecto es en particular sostenido por los reformadores musulmanes, cuyas ideas se desarrollan desde hace cerca de un siglo en el momento de la proclamación del 24 de julio. Los discípulos y compañeros de ruta de Muhammad Abduh, Jamal al-Din al-Afghani y Rashid Rida quieren pensar otra relación con la religión, a la vez a escala de los individuos y a la del Imperio, en la cual el sultán es asimismo califa y por lo tanto amo de la ortodoxia sunita. Como fue subrayado, entre otros, por Michelle Campos [2011], la revolución de 1908 es una revolución religiosa, no sólo porque desarrolla una nueva religión cívica y una sacralización de la libertad como valor supremo, sino también porque atañe directamente a la religión como lugar de enunciación de esta libertad. Así, los reformadores que critican el islam oficial del Imperio quieren promover una religión más emancipadora. Abd al-Rahman al-Kawakibi (1849-1902), sabio nacido en Alepo, convoca en su obra a “La madre de las ciudades” (*Um al-Qura*, 1902-1903), aparecida en forma de folletín en la revista reformadora de El Cairo *al-Manar*, una conferencia imaginaria de representantes musulmanes encargados

de analizar la crisis de su religión y de encontrar soluciones para hacer de ésta un medio de emancipación y no de represión y de decadencia.

En ella escribe: “Lo que yo entiendo por islam no es la religión actualmente vivida por la mayoría de los musulmanes, sino la del Corán. Es decir, una religión que cada persona dotada de un pensamiento libre está en condiciones de comprender sin padecer la influencia de nadie”. De esta manera, él refuta el papel de los ulemas que, a su juicio, son manipuladores. También se ocupa de poner el acento en el lazo estrecho que mantienen los religiosos y los poderes políticos para someter a los creyentes a su autoridad.

El islam necesita un movimiento de renovación, lo que obliga a volver a abrir la puerta de la interpretación. Ésta se apoya en el diálogo intelectual que necesariamente debe practicarse en el seno de una institución. Al-Kawakibi lanza un llamado a la vigilancia con el objeto de que el islam y los musulmanes sean capaces de defenderse contra el oscurantismo, ya sea el de los sheijs ignorantes y supersticiosos o el de los wahabitas. Influidos por las ideas constitucionales y liberales, al-Kawakibi sugiere una separación entre la religión y el Estado, así como una separación entre los poderes en el seno del Estado. En esto compromete la reforma religiosa en un terreno que no es transitado por la totalidad de los mismos reformadores. Sin embargo, todos se sienten en la obligación de elaborar nuevas formas de articulación entre el islam y el poder, la religión y la sociedad: pensar el califato (Rashid Rida), el papel de las mujeres en la sociedad (Abd al-Qadir al-Maghribi, su liberación (Qasim Amin), la nación musulmana (Muhammad Abduh)... Ellos participan también de una modernidad intelectual y no se limitan ya a la esfera religiosa tradicional, las mezquitas y las medersas*: fundan diarios, participan en conferencias, en discusiones en salones, debaten leyes y cuestiones de sociedad.

*Nahda**, *Mahjar**

Si bien numerosos trabajos insistieron en el papel de los autores de la emigración en la constitución de una literatura moderna y en la elaboración de una modernidad intelectual árabe [Hourani, 1962], pocos intentaron comprender lo que esta especificidad cambiaba en nuestra comprensión de un renacimiento cultural (*Nahda*), con demasiada frecuencia reducido a un préstamo de las categorías de la modernidad en un Occidente conquistador que habría precedido a un Oriente atrasado en el progreso y el desarrollo cultural, político y económico [Dakhli, 2014]. La consideración de esta dimensión transnacional ubica de entrada la *Nahda* en una modernidad mundial: la de los intercambios comerciales y humanos establecidos desde fines del siglo XIX entre las diferentes partes del mundo y donde el Levante –en particular el Líbano– tiene un papel central. Ella no confina a la *Nahda* a un fenómeno de resurrección intelectual y artística después de edades supuestamente oscuras, sino que la reubica en una cronología mundial. Esta dimensión permite salir de las oposiciones binarias y maniqueas entre Oriente y Occidente, entre mundos “civilizados” y “atrasados”: algunos de los protagonistas más sobresalientes de este período surgieron de una doble, hasta de una triple cultura y viven en un mundo abierto, cuestionando a su “sociedad de origen” así como a aquellas que ellos adoptan en términos originales e insólitos.

El mundo intelectual siriolibanés en los albores del siglo XX es un universo donde la fluidez de los intercambios entre las diferentes partes del globo puede sorprender. Estos hombres y mujeres están en movimiento y permanecen en correspondencia; viven en un mundo empequeñecido por una pertenencia común a cierta identidad y el dominio de ciertos códigos “transnacionales” [Dakhli, 2009a]. En el momento en que el Imperio comienza a aflojar sus fronteras, a entrar en una modernidad caracterizada

por una apertura económica, política y por una violencia social nuevas [Makdisi, 2010; Hanssen, 2005; Khater, 2001], el movimiento intelectual árabe se dispersa más allá de los mares, y particularmente en las Américas.

En este sentido, el Renacimiento árabe es una empresa mundial: reúne una suma de individualidades y territorios construidos en los cuatro puntos cardinales del mundo. Su paisaje se ubica en una medida muy grande fuera del Imperio, que hizo de su estallido geográfico y de sus anclajes en tierras de refugio y de exilio jalones necesarios en el trazado de su propia red. Sólo “conectado” es posible incluirlo en una historia. La riqueza de los diarios de El Cairo, de los salones y encuentros parisinos radica en la paradoja de una identidad hecha de lazos entre personas y de fidelidades mantenidas de escala en escala. Esta pertenencia fragmentada se ostenta como una fuerza y está consolidada por lazos más subterráneos: diálogos en las páginas de las revistas, citas, presencia en logias masónicas, asociaciones, etc. El *Mahjar* (lugar del exilio) es a partir de entonces el mundo de los migrantes: designa a la vez un alejamiento respecto del país, pero también un anclaje paradójico que lo convierte en el sitio de redefinición de una pertenencia, hasta un lenguaje aparte. Termina por designar igualmente una corriente intelectual (*adab al-mahjar*) que traduce ese desenganche en la lengua y las formas literarias [Dakhli, 2012]. Este mundo no está aislado, ni de sus países de origen, ni en el seno de sus tierras de acogida. Está perfectamente insertado. Así, como lo escribe Christoph Schumann, “el impacto de esos emigrantes y ‘re-migrantes’ en su tierra materna en el Cercano Oriente, hasta recientemente, fue ampliamente subestimado. Las ideas occidentales, los hábitos, los productos y el capital no llegaron a la región únicamente por el sesgo de la colonización y de la dominación imperialista, sino que también fueron introducidos por los migrantes. En 1911, Amin Rihani –él mismo migrante– hizo este comentario irónico: ‘La emigración

introdujo en Siria un poco de las tres características de la civilización: vale decir, un poco de riqueza, algunas ideas modernas y muchas extrañas enfermedades” [Rihani, 1911, ed. 1973, p. 156; citado por Schumann, 2008, p. 241].

El diario de Rashid Rida, *al-Manar* (El faro), es uno de los lugares principales de difusión del pensamiento reformador, pero también un lugar de debates sobre el califato árabe, la descentralización administrativa en el Imperio, los derechos de las mujeres o la enseñanza. Es en este sentido como puede decirse que esa generación de reformadores transforma el espacio público, sobre todo el del *alim* (sabio). Rida es un periodista y esta actividad es el corazón de su misión intelectual y religiosa. Su papel de redactor en jefe y dueño del diario se concibe como una lucha: él combate por un lado contra los tradicionalistas y los sufíes conservadores y por el otro contra los occidentalizados, los pensadores laicos que se ofrecen a las potencias coloniales. Emplea las mismas herramientas que sus adversarios; tienen un terreno común, y lectores que los siguen y se ponen como árbitros [Hamzah, 2013].

La Primera Guerra Mundial tiene efectos importantes sobre las sociedades de las provincias árabes del Imperio. Largo tiempo se consideró ese período como marginal en el devenir de la región y sobre todo se trataba de comprender cómo la resolución diplomática de la guerra había afectado a la región. Ahora bien, los años 1915-1916 en particular asistieron al padecimiento de privaciones considerables por parte de las poblaciones, que llegaban hasta la hambruna puesta en marcha por los Jóvenes Turcos y su política de requisas en la región, en particular en Monte Líbano [Qattan, 2014; Schulze-Tanielan, 2014]. La llegada masiva de refugiados armenios que huían de las matanzas también marcó los ánimos en forma duradera. Tuvo efectos en el territorio, ya que los armenios venían a reunirse con las antiguas comunidades instaladas en Aleppo, Beirut o Jerusalén. Una política de instalación y

de acogida es llevada a cabo en la Djezireh, a lo largo del Éufrates en Siria [Velud, 1993], bajo la tutela de las autoridades francesas, sobre todo tras la instalación del Mandato en 1920. Los informes del padre dominico Jaussen, agente por cuenta del servicio de informaciones francés durante la guerra, ofrecen una pintura bastante completa del estado de perturbación de las poblaciones desde antes del comienzo de los combates propiamente dichos en la región: “Al igual que los cristianos, los musulmanes están en todas partes “fatigados, asqueados”. Ellos siempre y de un momento a otro esperan ser liberados de los turcos por los Aliados. Tanto en Palestina como en Siria, los turcos quieren aplastar a los árabes. El dinero falta en todas partes. Ya no hay trabajo. Si esta situación se prolonga hasta el invierno próximo será la miseria en todos sus horrores y a esto seguirá la hambruna, ya que la gente no tiene los medios de comprar su alimento” (nota del 29 de julio de 1915, Archivos de la Marina, Vincennes).

Las poblaciones se debaten entre el bloqueo impuesto por los Aliados sobre los movimientos de las naves, las privaciones debidas a la guerra, la conscripción y pronto la ley marcial que se instala como reacción a los primeros motines (Beirut, 1915): deportaciones (de los fundadores de las principales asociaciones de ayuda y de caridad, en particular), arrestos (de diputados, de intelectuales, de políticos y de autoridades religiosas), exilios forzados de centenares de personalidades. La separación con el Imperio se hace en el dolor.

II

Revueltas y dominio colonial (1916-1936)

Con el tiempo de la guerra se abre el ciclo de las revueltas árabes. Éste está en manos de poderes que pueden jugar con alianzas diversas y que va a marcar los siguientes decenios: gran sublevación panárabe de 1916 bajo la conducción de los hachemitas, numerosas revueltas del año 1920 que impugnan la suerte reservada a la región por los tratados de paz (revueltas rurales en Siria, Gran Revuelta en Irak, derrota de los nacionalistas sirios contra el ejército francés en Maysalun), revuelta llamada drusa del Jabal al-Arab sirio en 1925-1927, huelga general y sublevación en la Palestina mandataria entre 1936 y 1939... Estos momentos revolucionarios, situados en el contexto del Imperio en guerra, de la resolución del primer conflicto mundial y de la lucha por la emancipación en el marco de los mandatos, son ocasión de tomas de palabra procedentes no sólo de los medios urbanos nacionalistas organizados sino también de las zonas rurales y, a partir de los años treinta, de los sindicatos obreros (tanto en las ciudades como en el campo).

Si permanece el uso de calificarlos de revueltas árabes, hay que comprender claramente que la noción de arabidad está en construcción durante ese mismo período. Los súbditos de las provincias árabes del Imperio tienen sentimientos de pertenencia muy fluidos que coexisten hasta entonces de manera bastante armoniosa. Así, Talib Mushtaq, cuyo recorrido nos narra Peter Wien [2013], es iraquí y

sunita. En los años treinta se convierte en uno de los representantes de la nación iraquí, tras haber sido uno de los líderes de la revuelta nacional de 1920. Sin embargo, es ante todo el hijo de un funcionario otomano de origen turcomano. Pasó su infancia en un barrio chiita y allí compartió los ritos y las creencias de sus amigos. Ardiente otomano, trata de entrar en el ejército cuando sobreviene la Primera Guerra Mundial, pero es rechazado a causa de su edad. Huye de la ocupación británica de Irak, se instala en Izmit, donde aprende el turco y se convierte literalmente en un nacionalista turco, componiendo poemas patrióticos contra la “invasión griega”. Sólo para resolver sus problemas financieros acepta una “ayuda al retorno” de una asociación iraquí. En el camino, toma conocimiento de la existencia del movimiento árabe, de la revuelta de 1916, del jerife Husein, y llega a Bagdad habiendo descubierto el nombre de los oficiales iraquíes de la revuelta (Yasin al-Hashimi, Jafar al-Askari, Nuri Said) y ve las banderas del Reino árabe. Escribe: “Habíamos sido otomanos hasta ese momento, pero nos convertimos en árabes con una identidad entre las naciones, un Estado entre los Estados, una bandera entre las banderas”. Esta escritura autobiográfica procede por cierto de una reconstrucción, pero muestra a las claras la conversión que se opera durante este período, experimentado por otros bajo la acción de la represión, los encuentros o los azares.

La Arabia Saudita wahabita, una misión en nombre del islam “de los orígenes”

El nacimiento de la Arabia Saudita es uno de los elementos que deben tomarse en cuenta en el análisis de este período. Primer país árabe en obtener su independencia en el interior del antiguo espacio otomano, el fundamento de esta soberanía, que se apoya en una doctrina religiosa y en alianzas políticas, invierte

literalmente un orden social para reemplazarlo por otra jerarquía de una estabilidad hasta ahora notable. Los Saud luchan en un primer tiempo contra el poder central otomano, pero también contra la tribu de los Rashid. Luego conquistan el Najd con el apoyo de los *Ikhwan* (hermanos), suerte de milicias religiosas al servicio del poder, tribus aliadas (y en ocasiones contestatarias) que realizan las bajas obras y se encargan de las reyertas, sobre todo contra los nómadas designados como infieles y enemigos del régimen. El Najd conquistado también es sometido por la violencia. La técnica utilizada frente a los habitantes de las ciudades es compleja. Deben someterse a un orden político y religioso que maneja una de cal y otra de arena: mientras que los *Ikhwan* son movilizados para aterrorizar a las poblaciones, en ocasiones el poder deja expresarse lo que considera como herejías, sobre todo en las dos ciudades santas de La Meca y Medina.

Entre 1905 y 1932, la sociedad de la península arábiga fue profundamente transformada por el poder wahabita. Abdelaziz bin Saud se preocupa por conservar el carácter sagrado de los lugares santos sin malquistarse con el conjunto de la comunidad musulmana, incluso abre el acceso a los chiitas, que son reprimidos con extrema violencia en el resto del territorio. Pero ratifica el lugar conquistado para el reino de guardián de los lugares santos. En 1919, con la ayuda de los ulemas del reino, pone un freno al poder de los *Ikhwan* y los priva de su capacidad de decidir quiénes son los infieles a los que se debe combatir (base de la violencia que ellos ejercen). En adelante, sólo bin Saud puede juzgar acerca de eso. También define jurídicamente un delito de fanatismo aplicado a los *Ikhwan*, que no deben franquear ese límite en lo que ellos llaman su *hijra*^{*}, es decir, la realización de su misión sagrada. Estas acciones, suertes de raids de la fe realizados en Irak, en Kuwait o en otras partes, en adelante violan las leyes internacionales que el reino firmó y que va a aplicar. El realismo gobierna.

Algunos líderes de los *Ikhwan*, como Faysal al-Duwish o Sultan bin Bijad, se sublevan contra los Saud para protestar contra las trabas a su acción constituidas por esos nuevos reglamentos, por la prohibición que les impide adueñarse de sus botines y por su marginación. Las diversas modernizaciones operadas en el reino (teléfono, autos, etc.) son consideradas como censurables por los más radicales de los *Ikhwan*, así como los contactos con potencias pensadas como idólatras, occidentales o regionales. Las elecciones de desarrollo de los Saud están en contradicción con esas interpretaciones literales y radicales.

El choque tiene lugar a partir de 1927. Los incidentes entre los Saud y las tribus se suceden. Luego de un enésimo incidente en la frontera iraquí, bin Saud reúne un ejército y en algunas horas desbarata a los combatientes *Ikhwan* de Faysal al-Duwish el 30 de marzo de 1929. Saud se construye una estatura internacional en una *Realpolitik* que lo conduce a firmar tratados con la potencia colonial británica; se rodea de consejeros surgidos de otros países árabes de la región para contrarrestar a sus enemigos locales, sobre todo los hachemitas establecidos en Irak y en Transjordania. Sobre la base de los ulemas se construye una policía particular, la que “gobierna lo justo y prohíbe lo malo”, dirigida por el imán de La Meca y censor en jefe durante cerca de cincuenta años, Abd Allah bin Hasan.

El giro del realismo, preparado por una suma de negociaciones y de decisiones tomadas por Abdelaziz bin Saud, es definitivo tras el descubrimiento de los primeros pozos de petróleo, en 1933, y la instalación de *compounds* norteamericanos en el suelo saudita. Mientras tanto, el reino se dotó de cierta cantidad de herramientas modernas de gobierno y de comunicación. El wahabismo constituyó una herramienta de primera importancia, como el nacionalismo religioso, para cimentar una comunidad nacional improbable y fijar a la sociedad en un orden patriarcal y tribal [Al-Rasheed, 2013]. Viene a reemplazar un orden más contrastado y más

plural, el del Hijaz del final del Imperio otomano, centro neurálgico del comercio, de la búsqueda de saber, de las elaboraciones nacionales árabes y musulmanas. En este nuevo orden, las mujeres desempeñan un papel particular, encarnando valores nacionales y preservando su autenticidad. Este rol no es atribuible a la índole religiosa del Estado, sino en verdad a la instrumentalización de esa religiosidad al servicio de una identidad cuyo símbolo es la mujer. La condición de las mujeres está en las manos del Estado que, en función de sus intereses del momento, maneja el poder de los ulemas y la interpretación de la *sharia* para dar o quitar derechos y libertades [Commins, 2006].

La Gran Revuelta árabe de 1916: ¿la sublevación de la *badiya**?

Lo que a menudo se llama la Gran Revuelta, narrada por Lawrence de Arabia en *Los siete Pilares de la sabiduría*,² es una aventura extraña. Llevada a cabo por los hachemitas Husein, Abdalá y Faysal, desemboca en poner a la región bajo una nueva tutela, pero también en fundar una nueva mitología, la del guerrero beduino capaz de hacer frente al Imperio y a las potencias del Eje movilizándolo a las tribus. El coronel Lawrence, en el relato que hace de esta aventura, está ciertamente convencido de poder operar esa metamorfosis. Así, lo que se llama la *badiya*, territorio de pasturaje de los rebaños, se habría convertido en el territorio positivo de una región emancipada por sus beduinos [Rogan, 2001]. Esta revuelta no puede existir sin el apoyo de las fuerzas ciudadanas, surgidas del Imperio.

2 Sólo a título indicativo, el hecho de citar un libro en castellano significa que tiene traducción en nuestra lengua. Únicamente se darán sus referencias completas (editorial, etc.) cuando sean citados con dichas referencias en el texto o las notas al pie, y preferentemente en la sección Referencias bibliográficas, al final del libro. [N. del T.]

Por consiguiente, la resistencia llevada a cabo por los hachemitas no encuentra la benevolencia y el apoyo de las notabilidades y de las nuevas elites sino gracias a la evolución tiránica y sanguinaria del régimen de los Jóvenes Turcos durante la guerra. Todos siguen siendo otomanos mientras el Imperio les garantice una forma de estabilidad y mantenga sus privilegios, en el marco de su ciudad o de su región. Pero el genocidio de los armenios, la política de hambre llevada a cabo en la montaña libanesa, las deportaciones y finalmente la ejecución pública de las principales figuras de la emancipación política de los árabes terminan por unir a las provincias en la causa de los aliados y en la idea de una independencia –sin contornos precisos– que se debe conquistar. Una memoria de oposición al otomanismo se cristaliza en los años de guerra, sobre todo en los años 1915-1916. Los relatos que se ofrecen de esos años insisten en la violencia ejercida sobre las poblaciones, en la decepción y en los mártires de la causa árabe, aquellos cuyos cuerpos colgados aún están presentes. Los poetas y escritores de la diáspora se organizan para denunciar esas barbaries y para ayudar a las poblaciones involucradas por la hambruna [Dakhli, 2012; Qattan, 2014].

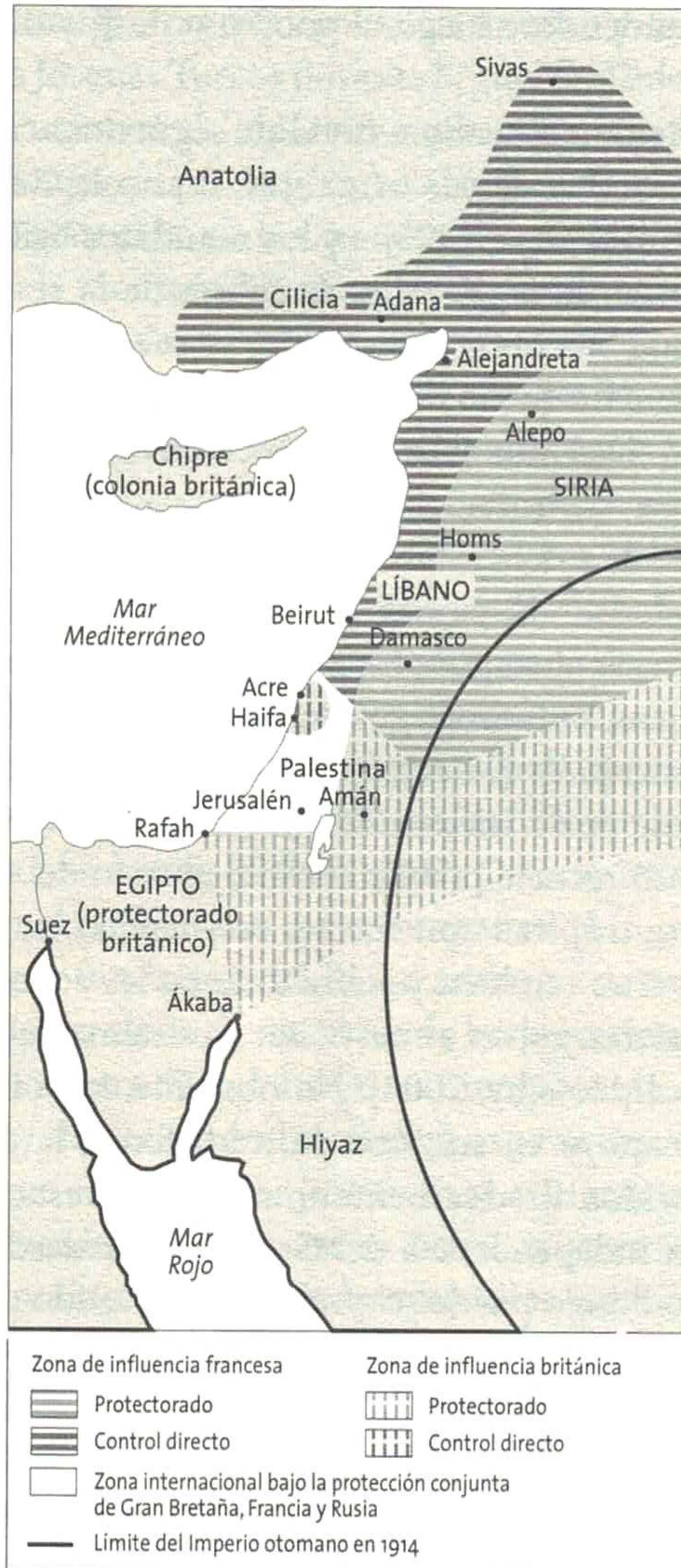
El fervor y el entusiasmo que acompañan el ingreso de Faysal en Damasco y la fundación del Reino árabe en su capital son más bien el signo de un alivio frente al fin de las privaciones y de las dificultades de la guerra. Sin embargo, es innegable que ese momento de la revuelta y del Reino árabe albergó experimentaciones políticas efímeras que en particular justifican el calificativo de “grande” que le está adosado. El reino, en su breve existencia siria, marcó la entrada en política de cantidad de aquellos que habían acogido con entusiasmo la revolución de 1908 y luego habían sido decepcionados por los Jóvenes Turcos. Esta generación política da sus primeros pasos en el panarabismo, como en continuidad con la flexibilidad de las afiliaciones y de las pertenencias del Imperio ahora difunto. Mientras se dibujan fronteras nacionales por el juego de los acuerdos y los tratados, estos hombres y estas mujeres las vuel-

ven a atravesar para reunirse con camaradas, abandonando el Líbano recientemente autónomo por Damasco, capital de una Gran Siria soñada, uniéndose luego al gobierno de Faysal en su nueva tierra iraquí.

Porque la región está ahora dividida según los acuerdos Sykes-Picot –por el nombre de sus firmantes, François Georges-Picot y sir Mark Sykes [Laurens, 1999]–, y los mandatos británico y francés se instalan en la región. Los hombres de la revuelta, por su parte, eligieron cada uno su territorio, ya sea un territorio nacional restringido o un sueño de unión (nación islámica, nación árabe, Gran Siria). Cada uno busca entonces arraigarse en el interior de fronteras bien delimitadas.

El régimen de tutela establecido por el artículo 20 del estatuto de la Sociedad de Naciones se impone en territorios agitados por revueltas casi constantes. En Siria, en las zonas convertidas en zonas fronterizas, esas impugnaciones no cesan, adoptando formas muy particulares [Mizrahi, 2003: Altug y White, 2009]. La política francesa de división de las minorías –que quiere hacer corresponder a un recorte por Estados en el seno del territorio que le es confiado– tropieza con fuertes resistencias no sólo ante las elites urbanas sino también y sobre todo en las zonas rurales medias que no quieren volver a cuestionar su sistema de gobierno y de sometimiento [Méouchy, 2004]. No obstante, la política francesa encuentra un apoyo en su clientela tradicional, la de los cristianos, sus protegidos. Precisamente en nombre de esta protección es proclamada la independencia del Gran Líbano desde 1920, sobre fronteras cuyo dibujo puede sorprender. Su trazado corresponde a las reivindicaciones de los partidarios de un Líbano con mayoría cristiana, abierto al mar e integrando el conjunto de la “Montaña”, del norte al sur. En esta oscilación entre satisfacción de las clientelas y gestión del territorio en su conjunto, la política árabe que lleva a cabo Francia en Siria y en el Líbano es un caso típico cuyas contradicciones aparecen a la luz del día durante la revuelta de 1925.

Mapa 1. Reparto de la región según los acuerdos Sykes-Picot (1916)



Fuente: Philippe Rekacewicz, visionscarto.net

Por su parte, el Imperio británico echó mano a una zona sensible. En Irak es recibido por una sublevación de gran amplitud que da paso inmediatamente a negociaciones. Irak bajo mandato obtiene desde entonces una independencia teórica, bajo tutela. El movimiento arabista iraquí se plantea como modelo para la región por su resistencia y por la herencia del Reino árabe que conlleva. En Palestina, otras cuestiones dificultan la gestión del mandato. Las comunidades árabes y los inmigrantes judíos comienzan a oponerse. Las *aliá** sucesivas resultaron en la instalación creciente de judíos no autóctonos y el proyecto sionista, ahora apoyado por la declaración Balfour, preocupa a los árabes palestinos.

En las ciudades, el espíritu de los años veinte y treinta

La vida política local no es únicamente definida por la aceptación o la oposición a la tutela mandataria: es complejizada por los lazos o la competencia mantenidos con la antigua potencia imperial (cuestión del sandjak* de Alejandreta o cuestión armenia) y por la emergencia de otras referencias políticas locales o internacionales (nacionalismos diversos, ideologías socialista, comunista, fascista).

A partir de los años veinte, la vida pública se concentra en las ciudades mucho más fuertemente que antes. Las editoriales, las imprentas, los diarios responden a los lugares de sociabilidad como los cafés o los restaurantes. Allí se encuentran obreros, funcionarios, docentes, periodistas y políticos. Allí se hacen lecturas y se intercambian reflexiones sobre los acontecimientos del momento. Grandes cuestiones agitan la época: ¿cómo se debe educar a los niños de la nación? ¿Qué lugar debe ocupar la lengua árabe? ¿Cómo transformarla? ¿Qué papel deben tener las mujeres en la sociedad? La vida municipal es uno de los lugares de disputa y de elaboración ciudadanas: allí se decide el uso de los lugares públicos, de los transportes, de la gestión del agua, de los lugares de esparcimiento. Las municipalidades, que a menudo fueron creadas en la segunda

mitad del siglo precedente, están en el corazón de la vida política [Lafi, 2013]. También se discute mucho de política internacional, de la revolución rusa, de los tratados en curso, de la política colonial, de la declaración Balfour y de sus consecuencias. Estos debates se insertan en un cuestionamiento más global sobre las fidelidades y pertenencias que ponen en juego la forma misma que debe adoptar la independencia que se debe conquistar. Las teorías políticas son fuertemente debatidas y en particular el lugar de lo religioso en la sociedad y la ciudad. Algunos, como el musulmán reformador Rashid Rida o como el padre jesuita Louis Cheikho, ponen lo religioso en el corazón de un proyecto de reforma global, otros abogan más bien por una secularización de las sociedades. Estos últimos se encuentran sobre todo alrededor de un proyecto cientificista y positivista, que siente curiosidad por el socialismo, que se encarna desde comienzos del siglo en las figuras de levantinos emigrados a Egipto y reunidos en la revista cairota *al-Muqtataf*.

Estas elaboraciones políticas se desplegaron en los últimos años del siglo XIX: por otra parte, es en el número de marzo de 1890 de *al-Muqtataf* donde se encuentra la primera ocurrencia de la palabra *ishtirakiyya* para designar el socialismo (término construido sobre la raíz *sharaka* que significa “compartir”). Es utilizado en un artículo crítico, que designa ese conjunto de ideas como un peligro para la libertad de emprender. Con el correr de los años aparecen artículos más favorables y esas nuevas ideas son discutidas de manera abierta. Algunas ciudades como Alejandría o Beirut son entonces verdaderos laboratorios políticos [Khuri-Makdisi, 2010]. Las ideas elaboradas en el recodo del siglo se traducen en los primeros movimientos socialistas, anarquistas y feministas. Una fraternidad ideológica, intelectual y literaria se dibuja entre los movimientos obreros árabes y sus corresponsales en Europa.

La permeabilidad de las influencias se traduce también en la aparición de movimientos de inspiración fascista, a la vez en un mimetismo general (uniformes militares, camisas pardas, movimientos

de juventud, etc.) y en la exaltación de un nacionalismo estrecho y conquistador que lo acompaña. Así, las Falanges libanesas, fundadas en 1936 por Pierre Gemayel, se inspiran en los movimientos nacionalistas europeos para predicar un nacionalismo libanés cristiano a través de un movimiento deportivo y con carácter paramilitar. La Liga de acción nacional, organización panarabista siria, como el Bloque nacional*, partido nacionalista sirio, tienen sus secciones de juventud (la del Bloque nacional se llama Camisas de acero) encargadas de reclutar y de encuadrar a los estudiantes y los colegiales. Otro tanto ocurre por lo que respecta a la cultura política en su conjunto: es el momento de los movimientos de juventud, del scoutismo, que la mayoría de las veces toma una tonalidad nacional y se superpone con los movimientos más antiguos de organización de barrio o de pueblo.

No obstante, debe señalarse que el poderoso ascenso de los partidos de extrema derecha en Europa trae aparejada con bastante rapidez una crítica de su ideología en la prensa de la época (*cf. infra*, recuadro “¿Fascismo y nazismo en el Oriente árabe?”). Se discuten, al mismo tiempo que el nazismo, otras ideologías fuertes como el kemalismo turco, el movimiento llevado a cabo por Gandhi en India, el comunismo en Rusia, la modernización autoritaria en Irán, etc. Se traducen textos, se comentan acontecimientos, la prensa árabe está tanto menos aislada cuanto que algunos corresponsales, surgidos de las comunidades emigradas, envían textos y testimonian realidades diferentes en Norteamérica, en Europa o en otras partes. Es a partir de todos esos conocimientos como se elaboran estrategias e ideologías propias; los años veinte y treinta son el momento de fundación de la mayoría de los partidos políticos árabes alrededor de tres grandes corrientes: comunismo, islamismo y nacionalismo.

En las referencias de los fundadores del partido Baath, el nacionalismo romántico alemán tiene un lugar particular. Sati al-Husri, intelectual sirio-iraquí, se apoyó en los escritos de Herder y de Fichte para demostrar la homogeneidad étnica y cultural de

la nación árabe. Él espera un “1871 árabe” que unifique los territorios bajo una sola bandera. Otros, según el testimonio de Sami al-Jundi, hacen referencia a pensadores nazis: “Nosotros éramos racialistas, admirábamos el nazismo, leíamos sus libros y las fuentes de su pensamiento, particularmente el *Zaratustra* de Nietzsche, los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, *La Fondation du XIX^e siècle* de H. A. (sic) Chamberlain y *La Raza* de Darré. Fuimos los primeros que pensamos en traducir *Mein Kampf*. Cualquiera que vivió en este período en Damasco puede dar testimonio de la inclinación de los árabes hacia el nazismo” [Al-Jundi, 1969, p. 29].

Estas elaboraciones ideológicas se insertan en una modernidad ostentada, una voluntad de ocupar su lugar en el concierto de las naciones. En las diferentes partes de la región se trata de dar una interpretación de su modernidad, una manera de “ser moderno en el Medio Oriente”, para retomar el título de una obra de Keith Watenpaugh [2006]. Esta aspiración a la modernidad es sostenida por las clases medias, nuevo actor de la región frente a las antiguas notabilidades. Se expresa en los diarios, en los círculos de discusión, en el Parlamento, en las municipalidades. Los nuevos Estados tienen la voluntad de hacer emerger una concepción de la Nación, de la comunidad, de la política y de las sociedades que les sea propia y adopte su lugar en el coro de las naciones llamadas “civilizadas”. Los debates mayores de los años 1908-1914 prosiguen en un nuevo marco y en otras relaciones de fuerza. Las antiguas notabilidades, ligadas al Imperio y a la gran propiedad, coexisten ahora con una nueva burguesía urbana y letrada u operan ellas mismas una conversión por la ciudad y las letras. Los hombres y las mujeres de progreso, surgidos de las liberaciones iniciadas en 1908, son visibles en las ciudades: llevan trajes europeos, fuman cigarrillos norteamericanos, a veces conducen autos. Las mujeres no llevan velo, siguen la moda occidental. Van al teatro, pasean por los bulevares de Alepo, de Damasco, de Jaffa, de Jerusalén o a lo largo de la Corniche de Beirut. Muy conscientes de su papel en el

nuevo marco de una emergencia estatal, ostentan ese nuevo modo de vida como una de las condiciones de la misma modernidad. Es lo que expresa Keith Watenpaugh a propósito de Aleppo:

En el crisol de la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, de la Primera Guerra Mundial y de la imposición del orden colonial, una clase media discreta emerge en las ciudades de la costa este del Mediterráneo, que no es solamente definida por su nivel de riqueza, las profesiones, los bienes o el nivel de educación de sus miembros, sino también por la manera en que concibe su modernidad. Para ser moderna, incorpora en su vida cotidiana y su política una serie de maneras, modos de ser, gustos, y un conjunto de ideas sobre el individuo, el género, la razón y la autoridad que son todas derivadas de lo que cree que es la práctica cultural, social e ideológica de las metrópolis occidentales contemporáneas [Watenpaugh, 2006, p. 8, la traducción es nuestra].

En Palestina, el desarrollo de una modernidad urbana adopta formas originales desde fines del siglo XIX, ligadas sobre todo a la inmigración judía, pero también a una asunción del desarrollo urbano por otros actores como los misioneros y los empresarios europeos [Bulle, 2005]. En forma paralela a los establecimientos rurales de los *kibutzim**, los nuevos inmigrantes construyen barrios urbanos, a menudo en el borde de las ciudades [Lemire, 2013]. Esos barrios están a la vez integrados a las ciudades y aislados a sus puertas. Entre ellos Tel Aviv, barrio de la próspera Jaffa, ocupa un lugar particular. La constitución de la comuna a partir de 1909 y su desarrollo como ciudad vidriera del proyecto sionista la convierten en un lugar de experimentación. Desde los años veinte parece prepararse para la función de capital que tiene en la actualidad. Es la cara moderna de la empresa de los pioneros, la otra ciudad (después de Jerusalén) “surgida de las arenas” en la mitología pionera [Levine, 2005]. Desde el inicio es pensada y

construida como una utopía real, una ciudad enteramente judía, un proyecto de sociedad que es posible ver cómo se elabora en los diferentes planos de la ciudad, sobre todo en el de Patrick Geddes, realizado en 1925 [Weill-Rochant, 2008], que viene a superponerse a una ocupación de los lugares ya antigua donde árabes y judíos estaban mezclados para producir una urbanización de un nuevo género, planificado y estructurado.

Desde 1907, Arthur Ruppin, actor y teórico mayor del sionismo práctico y entonces director de la Histadrut*, elabora reglas de urbanismo y de vida para la nueva ciudad. Él escribe a los habitantes del nuevo barrio:

Es de la más alta importancia construir un suburbio hebraico moderno porque [...] las calles estrechas, los horribles edificios sucios de los barrios [judíos] representan un deshonor vergonzoso para los judíos, y porque, por esa razón, numerosas personas, entre las mejores, vacilan en venir a instalarse en el país. Ninguna otra cosa es tan importante como construir viviendas buenas y sanas para la clase media judía en Jaffa. No creo exagerar si digo que un barrio judío correctamente construido es la etapa más importante hacia la conquista económica de Jaffa por los judíos. [Arthur Ruppin, *Lettre à l'Association des gestionnaires d'Ahuzat Bayit*, 1907, citado por Katz, 1986].

Poco a poco, el barrio judío de Jaffa adquiere su autonomía y la ciudad blanca se yergue lentamente junto al puerto de Jaffa hasta convertirlo en su suburbio. La revuelta de 1936 y la crisis que la acompaña son un recodo en la historia de esa sustitución que se lee en la historia urbana y la fundación de la capital, pero que es totalmente dependiente de la riqueza de la región interior, vale decir, de los vergeles de Jaffa. La naranja se convierte en los albores del siglo xx en el primer producto de exportación palestino: en 1939 se cultivan 30 000 hectáreas y se exportan 15 millones de cajas [Issawi,

1982]. Así, Tel Aviv se establece primero como una colonia agrícola vuelta hacia el cultivo de la naranja.

No obstante, en el interior de Tel Aviv se inventa una manera de habitar Palestina, elaborada por migrantes europeos sobre ese suelo, hecha de adaptaciones e invenciones, sobre todo arquitectónicas. Se convierte con los inmigrantes judíos alemanes en una tierra de acogida para la escuela de la Bauhaus de Weimar, cerrada por los nazis en 1933. Precisamente a esas cerca de 4000 viviendas de estilo Bauhaus debe el apodo de “ciudad blanca”. Se construye en una mitología sionista que la une a la tierra, pero se define sobre todo respecto de la Europa de los guetos y de la miseria. La relación con los árabes, primero más bien pacífica, se transforma poco a poco en una competencia por la tierra.

¿Fascismo y nazismo en el Oriente árabe?

La cuestión de las relaciones entre el nazismo y los países árabes es hoy polémica. La mayoría de las veces se focaliza en la cuestión de las relaciones mantenidas entre líderes árabes y el régimen nazi, en particular alrededor de las figuras del jedive de Egipto Faruk, del muftí de Jerusalén Haj Amin al-Husayni, o del iraquí Rachid Alí al-Kaylani, por lo general consideradas como representativas del conjunto de la opinión árabe. Este aspecto de la cuestión fue ampliamente discutido, sobre todo en la obra colectiva consagrada al muftí de Jerusalén, coordinada por R. Zimmer-Winkel [1999]. El argumento mismo de una colusión de intereses entre los movimientos independentistas árabes y el régimen nazi, fundado en el adagio “los enemigos de mis enemigos son mis amigos”, no parece resistir el examen de los hechos [Wild, 2012; Nicosia, 1980]. Es más justo decir, por ejemplo, que la Alemania hitleriana es mirada con atención por los observadores surgidos de las provincias árabes del Imperio otomano porque comparte una experiencia similar, la de la puñalada por la espalda, es decir, la resolución desfavorable para

ellos (y a pesar de las promesas) de los tratados de paz (Versalles y luego, en 1924, Lausana). También es evidente que las temáticas centrales del nazismo alcanzan las cuestiones de los países bajo mandatos: identidades nacionales, etnias y comunidades religiosas. La cuestión de la recepción de la opinión pública a las tesis fascistas y nazis es discutida y se ve que esas tesis eran muy ampliamente rechazadas en los diarios y tribunas de la época. La mayoría de las voces que se expresan lo hacen en apoyo de los regímenes democráticos contra las potencias autoritarias. En Egipto, en particular, los especialistas en derecho público y los intelectuales ape- lan más bien a una reforma del sistema constitucional y parlamen- tario que a su cuestionamiento [Gershoni y Nordbruch, 2011]. Los intelectuales más influyentes, como Taha Husein, son en su gran mayoría antifascistas. En realidad, las respuestas a la emergencia de las tesis y luego de los regímenes fascistas –particularmente el nacionalsocialismo alemán– son múltiples, yendo “del rechazo radical a la fascinación, a veces con simpatía y escepticismo expresados al mismo tiempo en una misma persona” [Nordbruch, 2012].

Lo que es preciso observar es una porosidad general de las tesis esencialistas sobre todo en los medios nacionalistas árabes, que en el arsenal ideológico fascista que critican en su conjunto encuentran herramientas para cimentar una definición de la “arabi- dad”. Extractos de la traducción árabe de *Mein Kampf* aparecen en folletín en un diario nacionalista árabe de Beirut, *al-Nida* (El lla- mado) durante el año 1934 [Wild, 1985]. Es este aspecto el que conduce al régimen nacionalista iraquí a “flirtear con la imaginería fascista” entre 1931 y 1941 [Wien, 2006]. Por otra parte, es difícil de comprender en profundidad las apreciaciones “populares” del nazismo y sobre todo de la figura de Hitler. Las novelas, sobre todo las de Mahfuz para Egipto, se hacen eco de una mitificación de Hitler, considerado como un líder sobre el cual los árabes de- berían tomar modelo, y difunden locos rumores durante la guerra: en realidad sería musulmán, se llamaría Muhammad, etcétera.

El movimiento feminista y la cuestión de las mujeres

En el contexto de los años veinte y treinta, la cuestión feminista adquiere un lugar central. Se convierte en una postura de ostentación y de impugnación de la modernidad [Al-Ali, 2000]. Las autoridades mandatarias se presentan en defensa de los derechos de las mujeres en un mundo percibido y construido como retrógrado y liberticida. La experiencia colonial, sin embargo, muestra que la presencia europea no hace más que reforzar las jerarquías sociales y la dominación masculina reforzadas por la dominación colonial. Los movimientos feministas árabes y musulmanes tomaron impulso mucho antes del período de entreguerras; delegadas árabes están presentes en los congresos internacionales de las mujeres y allí presentan las reivindicaciones específicas de las mujeres orientales en términos de acceso a la igualdad, de derechos políticos y sociales, de libertad, al tiempo que se unen a las reivindicaciones comunes. Estas reivindicaciones están condicionadas al fin de la dominación colonial, aunque las feministas en ocasiones buscan –sin ilusiones– obtener sus derechos por parte de las potencias mandatarias. En el recodo del siglo xx emergieron algunas figuras que dibujaban un movimiento feminista y femenino heteróclito alrededor de salones literarios, de asociaciones, de acciones políticas más o menos espectaculares, de fundaciones de escuelas para las niñas, de diarios femeninos donde se evoca tanto la moda procedente de París como la cuestión de la mayoría de edad para las mujeres: May Ziyadé, Marie Ajami, Julia al-Dimishqiyya, Esther Moyal, Zahra al-Ali y tantas otras luego. El movimiento feminista se encuentra en tensión, tomado entre la subordinación patriarcal, las pertenencias nacionales y la afirmación de su autonomía.

A comienzos del siglo, luego de la revolución de los Jóvenes Turcos y con la evolución de los movimientos feministas mundiales, las mujeres desarrollan un feminismo plural, insertado en un

combate más global por la emancipación (nacional, árabe, regional). Ellas ponen en el centro de sus preocupaciones la educación, el acceso al trabajo y al espacio público para todas. Definir “la mujer” es entonces definir la nación, el Estado. La presentación de los objetivos del Congreso mundial de las mujeres de 1935 por Evelyn Boustros, delegada oriental, muestra a las claras esta gradación en las reivindicaciones: “Queremos elevar la condición de las mujeres progresivamente, permitirle vivir en una sociedad mixta, luego obtener para ella en un primer tiempo derechos sociales, luego derechos políticos” (entrevista en el diario de Beirut *al-Maarad*). La filiación que ponen en el centro de sus escritos algunos reformadores musulmanes es retomada por buena cantidad de mujeres que, en el marco de un trabajo común para la emancipación nacional, hacen de la acción femenina una acción central, sobre todo en un marco urbano, pero complementaria de aquella de los hombres y no en ruptura o en oposición con ella. Es el sentido de un artículo de Marie Yani, “*al-umm hiyya al-umma*” (La madre es la nación), publicada en la revista *Minerva* en 1924, o tomas de posición nacionalistas de Hoda Sha’rawi en Egipto [Badran, 1995]. En efecto, el feminismo árabe nace y se desarrolla en contextos coloniales que hacen de la dominación masculina una cuestión menor respecto de la dominación colonial. En las reivindicaciones femeninas se mezclan reivindicaciones de emancipación nacional y sexual.

La autonomía del movimiento feminista, tanto respecto de su espejo occidental como de los hombres árabes, se construyó desde los años de su emergencia a la vez sobre el fondo y en sus formas de expresión. En 1909 aparece la obra de la egipcia Malak Hifni Nasif, bajo el seudónimo de *Bahithat al-Badiya* (la buscadora del desierto), *al-Nisa’iyat* (Estudios femeninos). En esta serie de artículos encontramos una reflexión sobre el género y las diferencias sexuales que da paso a un feminismo original.

Es en una invisibilidad primera, una circulación interfeminina de textos, donde se constituyen los fundamentos de un discurso

específico que no desaparece hasta el día de hoy: intercambios íntimos, poesías, ficciones, relatos de vida, correos son compartidos en las páginas de los diarios, en los salones privados o actualmente en blogs.

De entrada, el feminismo une su nacimiento a la escritura y a la lectura, una escritura de lo íntimo, sobre todo, que encuentra su lugar en los diarios femeninos y en las páginas “femeninas” de los diarios generalistas. Como lo mostró Marilyn Booth [2001], estas escrituras también adoptan con frecuencia la forma de biografías o de Memorias, siendo presentados los relatos de vida como ejemplares. Las mujeres también están particularmente presentes en la forma epistolar (correspondencias elaboradas como correos de lectores en los diarios y revistas).

La cuestión del velo

Hay que comprender el uso de las gestualidades simbólicas alrededor del velo en ese contexto nacional. El velo, atributo social más que religioso, se convierte poco a poco en un símbolo, la insignia de una identidad nacional, ya sea por el hecho de quitárselo (nación moderna) o de ponérselo (identidad nacional musulmana, tradiciones). A partir de los años veinte comienza a concentrar toda una carga simbólica asentada en las visiones orientalistas del siglo XIX aumentada por una nueva significación política. Es lo que se pone de manifiesto, por ejemplo, en el famoso gesto de Huda Shaarawi al quitarse el velo públicamente en El Cairo en 1923 en un contexto de enfrentamiento, no ya solamente con las potencias coloniales, sino con el poder patriarcal del movimiento nacional mismo [Baron, 1989]. Este camino nacional del feminismo árabe se afirma mientras los intereses son convergentes, mientras el poder y su ejercicio no están en el centro. Su consecuencia es radicalizar las oposiciones y el juego

entre las diferentes identificaciones posibles de las mujeres árabes. En los años veinte en Siria, la polémica alrededor del velo pone bien de manifiesto esas tensiones alrededor de la construcción de una identidad nacional por el camino de una nueva polarización entre modernidad por definir y tradición la mayoría de las veces reconstruida [Massad, 1995]. El reparto entre una modernidad exterior, que se debe tomar del extranjero para igualarla, y una tradición interior que se debe conservar, hace de las mujeres un objeto de tensión puesto que la sociedad patriarcal tiende a confinarlas en el interior, y por lo tanto a encerrarlas en la supuesta tradición. Es en la ley y en la redacción de las Constituciones por los Parlamentos locales donde esas oposiciones van a afirmarse con fuerza. Es así como, en la mayoría de los países de la región, el código tomado de los sistemas europeos va a regir los asuntos públicos mientras que el código civil va a ser dejado a los tribunales religiosos y confesionales.

Las reacciones son a veces muy violentas, sobre todo a partir de mediados de los años veinte, cuando se expresa más claramente la idea de una liberación de las mujeres por y para ellas mismas. Frente a manifestaciones radicales conservadoras, las mujeres actúan con poco apoyo. En 1924, en una carta privada, Amin al-Rihani expresa su apoyo a la feminista Marie Ajami: “En cuanto a esa causa [la de las mujeres], nosotros somos sus defensores, aunque no pronunciemos más que una frase por año a favor de ella. El mérito es en su totalidad tuyo, que editas libros, haces asociaciones, que pones piedras en todos los ángulos de la *Nahda* bendita” (Amin al-Rihani, carta del 26 de mayo de 1924). La publicación del libro de Nazira Zain al-Din *al-Sufur wa-l-hijab* (A favor o en contra del velo), en 1928, echa leña al fuego. Ella interviene en el debate público tomando posición contra la imposición del velo para las mujeres. Su escritura, en la forma de un texto de comentarios religiosos, es en sí misma una incursión en un ámbito prohibido. Sus argumentos son sensibles, pragmáticos, pero

también teológicos. Toma parte en una lucha intentando liberar la cuestión del velo, “desnacionalizarla” de alguna manera, para dar acceso a las mujeres a una modernidad concebida como la posibilidad de tener voz y voto y de ser visibles en el espacio público [Dakhli, 2010]. Como lo escribe Joseph Massad [1995], “las nuevas normas culturales son invenciones modernas revestidas de un traje tradicional para satisfacer las reivindicaciones nacionalistas de la cultura nacional que supuestamente representan”. El velo, sujeto impuesto del feminismo árabe, es en esto un caso típico.

Pertenencias, territorios y nacionalidades

El abordaje de las sociedades del Cercano Oriente es a menudo definido por una visión confesional. Antes de hablar de clases o de géneros, hasta de territorios, a menudo se encuentran categorizaciones en términos de confesiones, de comunidades religiosas o de pertenencias étnicas. Esta visión tiende a cubrir las otras realidades sociales y a producir discursos tautológicos. Las relaciones entre territorios, pertenencias sociales y confesiones son complejas y no se reducen a una fidelidad unilateral de los individuos a una lealtad confesional, considerada como el determinante mayor de sus acciones. Hacer variar esas escalas de lealtad permite percibir de otro modo la sociedad [Dakhli, Lemire y Rivet, 2009].

Esa comprensión y ese abordaje no deben ocultar el hecho de que, para toda una parte de la vida personal y social, las comunidades religiosas y confesionales tienen un fuerte asidero, comenzando por los actos legales del matrimonio, del nacimiento y de la muerte. Sin embargo, en el marco de la urbanización, esas relaciones se transforman. En el seno de las ciudades se forman nuevas solidaridades cosmopolitas con la emergencia de nuevas clases medias y de burguesías modernas. No obstante, ellas son

fuertemente impugnadas, no simplemente por las fuerzas llamadas tradicionales, sino por nuevas ideologías, inspiradas en el wahabismo por ejemplo, que critican la modernidad como una sumisión al orden colonial europeo. Los debates sobre el velo de las mujeres son uno de los ejemplos de esos nuevos cuestionamientos, que son muy patentes en el marco de la instalación del Estado saudita en la península arábiga.

Alrededor de la tierra santa musulmana se juega un enfrentamiento importante. El Hiyaz* comprende a las dos ciudades santas del islam: La Meca y Medina. En los años veinte se convierten en el corazón de un nacionalismo árabe musulmán muy particular que acoge a musulmanes de todas las partes del mundo islamizado: árabes, africanos, asiáticos, en búsqueda de saber y de proximidad con esta tierra, pero también comerciantes. A este conjunto se añade el de los nómadas y los sedentarios, con una notabilidad importante de mercaderes árabes. Son esos personajes los que se comprometen junto al jerife Husein y los británicos y eligen rey a su hijo Alí luego de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, son los Saud, instalados en una región conquistada en 1915, los que ponen fin a ese efímero Reino hachemita en 1925 y ocupan los lugares santos.

Jordania se inventó a partir de esas oposiciones. El conjunto territorial que se califica de Transjordania no existe antes de 1921 [Massad, 2001]. La entidad es creada por el acuerdo entre los británicos y el rey Abdalá. La construcción de un nacionalismo jordano se apoyó en un conjunto jurídico y militar que tiende a definir "lo que es un jordano" alrededor de cierta cantidad de marcadores territoriales y étnicos convertidos en esenciales para mantener el orden y las fronteras. En el exterior se encuentra Israel a partir de 1948, Irak y Egipto y, en el interior, sedentarios y beduinos, palestinos y "verdaderos jordanos". La definición del Estado, comenzando por su misma denominación, largo tiempo vaciló entre múltiples apelativos (Transjordania, Jordania, Arabia

Oriental), y allí los ciudadanos deben ser nombrados de manera homogénea y no como subcategorías étnicas surgidas del Imperio otomano o de pertenencias geográficas más estrechas. La imposición de un orden estatal es considerada como una empresa de unificación de pueblos y de componentes fragmentados. La ley orgánica de 1928 fija esas delimitaciones y la unificación de los transjordanos que se convertirán en los súbditos del rey de Jordania en 1946 con la proclamación del Reino hachemita de Jordania. La definición de la nacionalidad jordana radica en una serie de compromisos con la potencia mandataria británica y con la comunidad internacional, sobre todo luego del tratado de Lausana firmado con Turquía, que pone fin a las leyes otomanas sobre la nacionalidad. Ésta se apoya en una concepción que fija límites exteriores, pero también delimitaciones internas, territorios. Así, Amán, pequeño pueblo sin gran importancia hasta el recodo del siglo XIX comparado con la gran ciudad comercial de Salt, se convierte en la capital de esa entidad y luego del reino gracias a elecciones políticas, y a la línea del ferrocarril.

En los años veinte y hasta los años cincuenta, una de las adquisiciones mayores de las potencias mandatarias es la producción de encuestas, de censos (entre los cuales el famoso censo libanés de 1932), de registros y de fijaciones de catastros, etc. Todo esto contribuye a cimentar una concepción de la nación, y con mucha frecuencia construye una política de gestión del territorio y de sus habitantes, ya sea que tome la forma de la constitución de una unidad nacional –en el interior de un conjunto árabe– como en Jordania, o de un sistema confesional complejo, como en el Líbano. En el caso del espacio jordano, el establecimiento de una reforma de las tierras, de un sistema de propiedad y de un sistema fiscal (1923-1927) pone en dificultades a los beduinos y es generalmente bien recibido por los cultivadores terratenientes que consolidan a la monarquía hachemita con su apoyo [Fischbach, 2004].

La articulación entre campos y ciudades se lee en el desarrollo de las grandes revueltas de la época, que son en su mayor parte lanzadas en los campos en crisis y relevadas por una clase política presente en las ciudades, más allá de las fronteras nacionales (revuelta de 1925-1927 en Siria, Gran Revuelta de 1936 en Palestina). Es en este contexto como se puede comprender la emergencia del movimiento nacionalista kurdo y su estructuración, en oposición con la política kemalista turca [Fuccaro, 2004; Bozarslan, 2009, 2014], pero también con los nacionalismos emergentes (*cf.* recuadro *infra*).

Las protestas en los confines de las fronteras trazadas por los mandatos son numerosas en los años veinte. Las revueltas campesinas son regulares, por ejemplo en la provincia de Aleppo, y enfrentan a líderes populares designados como bandidos por los franceses y las autoridades mandatarias [Méouchy, 2004]. De manera similar, las sublevaciones en Irak tienen lugar en el campo y no pueden reducirse a impugnaciones territoriales nacionalistas: son primero movimientos sociales, sustentados por un mundo rural pauperizado y desestabilizado por la ruptura de equilibrios territoriales antiguos [Sluglett, 2004]. En la Gran Siria (que comprende la Siria actual y el Líbano), la negociación y luego la firma de los tratados franco-sirio y franco-libanés de 1936, así como el establecimiento de una cooperación económica entre los dos Estados del Levante, son la ocasión de impugnaciones fuertes en los márgenes de un territorio en adelante considerado como restringido. El tratado franco-sirio, firmado en París el 9 de septiembre de 1936, reconoce a Siria como un Estado independiente y soberano. Anexa los territorios drusos y alauitas al Estado de Siria, con un régimen administrativo específico, pero no menciona el caso de la Djezireh que se suscita regularmente [Mizrahi, 2009]. En el norte, la “restitución” del sandjak de Alejandreta a Turquía por la promesa de 1937 es considerada como una traición por los nacionalistas sirios, sobre todo de la región de Aleppo [Altug

y White, 2009]. Su ocupación por las fuerzas kemalistas en 1938 es una derrota mayor, pronto seguida por el tratado franco-turco de 1939 que ratifica la suerte de una región poblada por una mayoría de arabófonos, por más de un tercio de turcófonos y por alrededor de un 13 % de armenios.

En las fronteras, ¿nacimiento de la nación kurda?

Luego de la Gran Guerra, el trazado de las fronteras comparte identidades territoriales, rompe solidaridades comerciales, familiares o tribales. Con la afirmación de los Estados-nación, los nómadas se convierten en el blanco de políticas de sedentarización a veces violentas. La región de la Djezireh, territorio marginal en los confines de la Siria mandataria y de la Turquía kemalista, se convierte en una zona de experimentación. Francia, en su voluntad de controlar el conjunto del territorio sirio, establece una política de acogida y de sedentarización de las poblaciones cristianas y kurdas que modifica profundamente la estructura del tejido social. Ahí es donde se decide implantar las poblaciones desplazadas: refugiados armenios y sirios en los años veinte [Velud, 1993] así como miles de kurdos cuya instalación es alentada por Francia tras el fracaso de la revuelta del sheij Said contra el poder kemalista en 1925.

Francia también lleva a cabo una política de reconocimiento del nacionalismo kurdo, dando asilo en Siria a los intelectuales fundadores de la liga Khoybun (1927), trabajando en una (re)etnización de la identidad kurda [Tejel, 2007].

Desde el punto de vista territorial y demográfico, esta política tiene por efecto modificar por completo el paisaje de la Djezireh. Las fronteras actuales no son dibujadas sino en 1929, tras el establecimiento de una comisión franco-turca. Antes de 1927 se contaban apenas 45 pueblos kurdos, en 1941 hay más de 700

con una población total (141 390 habitantes) que se reparte de la siguiente manera: 57 999 kurdos (seminómadas y sedentarios), 34 945 cristianos de diversos ritos y de diversas lenguas, así como 48 749 árabes, beduinos y sedentarios [Tejel, 2009]. También se alienta la urbanización en la región aliándose a los jefes tribales, que son recompensados por su apoyo al mandato mediante la atribución de tierras, sobre todo en el contexto de la revuelta árabe de 1925-1927 [Velud, 1995].

Este equilibrio, construido por la potencia mandataria y por la instalación de una complementariedad entre las ciudades, mayoritariamente pobladas de cristianos, y los campos agrícolas, mayoritariamente kurdos, es sin embargo malogrado por las contradicciones mismas de la política francesa que, tras la firma del tratado franco-sirio en 1936 que garantizaba la integridad territorial del país, no puede sostener sino muy discretamente el movimiento autonomista kurdo conducido por Hajo Agha entre 1936 y 1939. Los nacionalistas kurdos consideran haber sido engañados por el tratado y desatendidos por las políticas del Bloque nacional sirio (rutas en mal estado, falta de hospitales y de escuelas). Lo que está aquí en juego no es tanto una identidad estrictamente sectaria (kurda, musulmana o cristiana) como una identidad compleja, variable, caracterizada por alianzas fluctuantes. Es la identidad de un territorio marginal en el cual se fabrica un microcosmos singular que impugna la autoridad del centro, es decir, de Damasco a partir de los años treinta.

III

La edad de oro del nacionalismo árabe (1936-1967)

La Gran Revuelta palestina (1936-1939)

El nacimiento del movimiento de resistencia palestino data indiscutiblemente de 1936. Las revueltas que lo precedieron son revueltas árabes que encuentran su justificativo en luchas globales contra el Imperio o las potencias mandatarias y en la afirmación de potencias árabes competidoras. La revuelta de 1936, por su parte, pone a Palestina en el marco de las fronteras del mandato británico. Para cierta cantidad de actores locales y regionales, es la ocasión de hacer entrar la “cuestión palestina” en el campo de las preocupaciones prioritarias.

Mientras que los partidos nacionalistas árabes y comunistas hacían del combate contra el imperialismo británico el centro de sus preocupaciones, los partidos islamistas recientemente fundados son los primeros en movilizarse, a partir de 1929, alrededor del caso del muro de los Lamentos. El carácter sagrado del muro tanto para los musulmanes como para los judíos acarreó motines, pretextos en la celebración del congreso islámico de Jerusalén en 1931, a iniciativa del muftí Hajj Amin al-Husayni. Este congreso, que reunía a ciento cuarenta y cinco delegados de veinte países (de la India a Marruecos), condena el sionismo y llama a la solidaridad entre musulmanes y cristianos para la detención de la

inmigración judía a Palestina. En el contexto de un islam sunita privado de su organización centralizada (fin del califato otomano en 1924), este congreso aparece como un lugar de concertaciones y de reuniones de la *umma** para hacer frente a los nuevos desafíos que se presentan a los musulmanes. Es también un medio de competir con el dominio creciente de los wahabitas sauditas sobre el islam sunita (control de las ciudades santas, expansión territorial e independencia).

Cuando estallan las acciones llevadas a cabo por la guerrilla de Izz al-Din al-Qassam alrededor de Naplusa el 15 de abril de 1936, los partidos políticos tradicionales, a menudo en manos de las grandes familias (Husayni, Nashashibi), asisten primero impotentes a la sucesión de los hechos (asesinato de árabes como represalias) y al ascenso del descontento popular que pronto se transforma en una verdadera revuelta anticolonial y antisionista. No obstante, reemplazan estas acciones con un llamado a la huelga general y la formación del Alto Comité árabe, dirigido por el mufetí. Mientras que Izz al-Din al-Qassam es asesinado en noviembre de 1935 por los británicos, el movimiento prosigue con una huelga de seis meses –una de las más largas de la historia– con reivindicaciones claras: fin de la inmigración judía, de la transferencia de las tierras árabes, e instalación de un gobierno democrático. La huelga es masivamente seguida y acompañada por actos de guerrilla contra judíos o sus bienes, pero también contra instalaciones británicas y medios de transporte y de comunicación. Llevada a cabo en primer lugar por los obreros de las ciudades, adquiere un carácter cada vez más violento extendiéndose a las zonas rurales. Los sindicatos desempeñan un papel importante, sobre todo el de los conductores, conducido por Hasan Sidqi al-Dajani; ellos aprovechan el apoyo logístico de palestinos ricos, pero también de donaciones que provienen del conjunto de la región. Otras iniciativas sindicales, sobre todo aquellas que predicán una articulación entre lucha de los trabajadores judíos y árabes, como el PLL (Palestinian

Labor League), son marginadas. El desfile del 1º de mayo de 1936 es así la demostración de la anexión de la causa árabe palestina por las luchas obreras. La Sociedad palestina de los trabajadores árabes (Jamiyyat al-Ummal al-Arabiyya al-Filastiniyya) organiza una fiesta para los trabajadores de los ferrocarriles y envía un mensaje al Alto Comisionado denunciando el no intervencionismo en materia de “judaización de este país árabe, privando al obrero de su trabajo y al campesino de su tierra”. Los líderes obreros llegan incluso hasta denunciar una maniobra colonial en las tentativas de acercamientos entre sindicalistas judíos y árabes llevadas a cabo en los años precedentes [Lockman, 1996].

Voluntarios árabes, sobre todo sirios ex combatientes de la revuelta de 1925, se unen a las tropas palestinas. Esta coalición árabe encuentra una forma más organizada con el congreso de Bludan (Siria) en septiembre de 1937, encargado de coordinar la acción antisionista tras el rechazo del plan Peel*. La represión es severa y se descarga sobre los líderes del movimiento, desencadenando una revuelta todavía más intensa, sobre todo en el campo, donde bandas atacan las vías de comunicación y las implantaciones judías de manera organizada y sistemática a fines del año 1937. En las ciudades, los sublevados controlan los centros. También se organiza una caza de traidores, que apunta en particular a las comunidades drusas, acusadas de colaborar con el ejército británico.

A partir de las reivindicaciones antisionistas, la revuelta adquiere entonces una connotación más social, particularmente en el campo, donde se organizan un impuesto a las notabilidades y una moratoria sobre las deudas para financiar la revuelta. Sin embargo, en vísperas de ésta, Palestina era tal vez el único lugar del mundo que no padecía los efectos de la crisis económica mundial. Y eso gracias a una paradoja: la llegada en gran número de refugiados judíos alemanes y la entrada de cuantiosos capitales en su suelo. Entre 1933 y 1935, 150 000 nuevos inmigrantes judíos llegan a Palestina, un incremento de cerca del 30 %. Los tres cuartos

de ellos vienen de Alemania en 1935. Pero esa afluencia de capital no permite desarrollar reales inversiones a causa de la inestabilidad política y de la cercanía de la guerra. La desocupación y la falta de actividad se reinstalan rápidamente, viéndose frecuentemente obligados los trabajadores árabes a volver a sus pueblos. Entre 1930 y 1935 se derrumba la industria árabe de la pesca de perlas, y las fábricas de jabón de Haifa pasan de doce a cuatro. Las exportaciones caen de manera vertiginosa.

La inmigración judía se intensificó verdaderamente con la llegada de Hitler al poder y las primeras medidas antijudías. “Acuerdos de traslados” firmados entre la organización sionista y las autoridades alemanas permiten recibir a refugiados en Palestina. Por su parte, los sionistas intentan tomar contacto con los nacionalistas árabes para negociar una solución (encuentro entre David Ben Gurión y el líder nacionalista árabe Shakib Arslan). La cuestión migratoria tiene consecuencias económicas directas, en particular para los campesinos, los obreros y los ingresos modestos.

La situación tiene por consecuencia la caída brutal de la economía árabe en Palestina, afectando en primer lugar a los obreros árabes. George Mansour, secretario de la Federación de los trabajadores árabes de Jaffa, indica que el 98 % de los trabajadores árabes palestinos tienen un salario “muy por debajo del mínimo” para vivir. Sobre la base de un cuestionario de 1000 obreros de Jaffa en 1936, 57 % de ellos tienen un ingreso inferior a 2,75 libras palestinas (cuando se considera que el mínimo para mantener una familia es de 11 libras palestinas por día); 12 % tienen menos de 4,25 libras; 12 % menos de 6,40 libras; sólo 2 % gana alrededor de 11-12 libras [Lockman, 1996]. La crisis política trae aparejada una severa campaña de marginación de los trabajadores árabes de las fábricas y de los proyectos controlados por capitales judíos. Están particularmente involucrados los trabajadores temporeros de los huertos, los obreros de las fábricas de cigarrillos, los albañiles... El desarrollo de un sector económico que emplea únicamente a

judíos se encuentra en curso; no es forzosamente el resultado de una política de segregación, sino un medio para los obreros judíos de no padecer en toda su extensión la competencia de los bajos salarios de los árabes, no sindicalizados, y de mantener un nivel de derecho y de salario equivalente a los que conocían en Europa. Esta estrategia trae aparejadas también algunas tentativas, suspendidas en 1936, de sindicalizar a los obreros árabes y de incitarlos a luchar por mejores condiciones de trabajo (Histadrut, el sindicato sionista, pone en marcha toda una política en este sentido). Si la eficacia sindical de estas herramientas puede seducir a los obreros árabes, sus objetivos nacionales rápidamente les plantean problemas.

En diciembre de 1920, durante la reunión sindical de los obreros judíos del ferrocarril, el líder Eliezer Shohat expresa esa tensión: "Desde un punto de vista humanitario, está claro que debemos organizarlos, pero desde un punto de vista nacional, si los organizamos vamos a empujarlos contra nosotros. Van a recibir los beneficios de la organización y volverlos contra nosotros". La cuestión es planteada de esta manera por primera vez. Queda en suspenso, pero es debatida ampliamente en los años que siguen, y sobre todo durante la revuelta de 1936.

Frente a la amenaza social, una parte de las notabilidades se atemoriza y se une a los británicos; otros se exilian cuando la represión se amplifica y se establece la ley marcial. Se llevan a cabo ejecuciones sumarias, el terreno es reconquistado pueblo por pueblo, con la ayuda frecuente de las fuerzas sionistas y los comandos de la Haganah. También se producen atentados con bombas por el Irgún. La revuelta dura cerca de un año.

La solución política que es negociada a partir de febrero de 1939 en Saint James lleva en sí las secuelas de la revuelta: es conducida entre los británicos y representantes árabes no palestinos (transjordanos, sauditas, egipcios, iraquíes) a los que se añaden notabilidades palestinas colaboradoras como los Nashashibi. Desemboca en

la redacción de un Libro blanco que limita la inmigración judía así como la adquisición de tierras árabes: este documento, que constituye un giro importante de la política mandataria británica, es sin embargo rechazado a la vez por los líderes palestinos y por las organizaciones sionistas.

Los judíos del mundo árabe

La historia de la fundación del Estado de Israel es evidentemente una etapa importante de la historia de la región y del mundo. Desde el punto de vista de la historia de las sociedades, hace desaparecer progresivamente a un actor importante, los judíos árabes, haciendo surgir una oposición entre judíos y árabes que se ha vuelto constitutiva de los discursos dominantes sobre la región. Como lo escribe Orit Bashkin [2012], hacer la historia de los judíos del mundo árabe es necesariamente hacer la historia de la construcción de un oxímoron. A partir del plan de reparto de 1947 por la ONU, que divide a la Palestina mandataria en dos territorios y proclama Estado de los judíos al Estado de Israel, la situación de las poblaciones judías de los países árabes se vuelve problemática. Su historia, a menudo dramática, todavía está por escribirse. Ella está tomada en las lógicas contradictorias de su participación en la emancipación nacional de los países que habitaban y donde la mayoría de las veces habían nacido, en el marco de un combate frente a una dominación colonial, y de su actitud frente a un Estado judío del que son ciudadanos potenciales antes de hacer la elección de unirse a él, de grado o por fuerza.

El caso de los judíos iraquíes es en esto muy representativo. Si las partidas hacia Israel se vuelven masivas a partir de 1948, no es mayoritariamente gracias a la acción del movimiento sionista, que nunca tuvo más de 2000 miembros en todo el país, ni

por un deseo real de emigrar. Los judíos iraquíes parten porque les niegan un sitio en un Estado que en una gran medida habían contribuido a construir.

El caso de la escritora Esther Azhari Moyal muestra otra cara de esos “pasados compartidos”, en el interior mismo de la Palestina convertida en Israel [Levy, 2013]. Esther Azhari Moyal, nacida en Beirut, periodista, escritora y traductora prolífica, es una de las principales narradoras árabes del caso Dreyfus, cuya crónica lleva a cabo en numerosos diarios árabes, tomando apasionadamente la defensa del capitán Dreyfus. Por otra parte, es por ese sesgo como comienza a traducir la obra de Zola en árabe, y como se entusiasma por la vida de ese escritor cuya biografía escribe en 1903. El mundo de Esther Moyal está conectado: ella abarca por medio de sus artículos las cuestiones que agitan a Europa, el renacimiento de la lengua y de la cultura árabes, el auge del movimiento sionista, las cuestiones feministas. Es activa como mujer, literata, judía y árabe. Describir a esta “escritora de lengua árabe que resulta ser también judía y mujer” se vuelve cada vez más complicado desde la emergencia de esta figura (1893) hasta el momento en que un artículo sobre ella aparece en un diario en hebreo en 1944. Su itinerario, como los de algunos otros, es aplastado por la existencia de dos discursos predominantes en la región, un relato nacionalista árabe que hace de la *Nahda* un asunto esencialmente nacional, musulmán y cristiano, y un relato del renacimiento judío que encuentra sus raíces en el mismo momento en el seno de las comunidades ashkenazis europeas. No es porque fueran poco numerosos por lo que personajes como Esther Moyal desaparecieron de los manuales de historia, sino porque su historia es interrumpida, porque ya no corresponde al tiempo que comienza con la fundación del Estado de Israel en 1948. Es esta realidad social conectada, totalmente ligada al momento en que ella vive, el del Imperio otomano que concluye, la que termina primero con la división del Imperio, luego con la división de la Palestina.

Los árabes palestinos salen de esos años de luchas exangües y divididos. El Partido comunista, que había esperado estar a la cabeza de un movimiento de los trabajadores árabes, está paralizado al terminar la revuelta. Algunos líderes se comprometieron directamente en ella, sin conquistar su liderazgo. Ese compromiso condujo a cantidad de judíos a abandonar el partido cuando aquellos que permanecen organizan una sección judía autónoma: a partir de entonces el partido comienza a perder su índole de partido árabe y judío, ruptura que será definitiva en 1943.

Elites económicas, transformaciones sociales y urbanidades

La historiografía clásica de la revuelta árabe palestina de 1936 pone con frecuencia de relieve la alianza de clase entre los patrones, los campesinos y los habitantes de las ciudades de Palestina contra el poder británico. Después de este período de lucha armada y de resistencia, constitutiva del movimiento nacional palestino, los años cuarenta a menudo son considerados como años de estancamiento, en todos los registros. Pero no es así. El estudio de la actividad de las cámaras de comercio palestinas muestra la vitalidad de una clase media capitalista en los años cuarenta en la región y su papel en el nacionalismo palestino que emerge sobre las cenizas de los movimientos de los años treinta [Seikaly, 2010]. Abogados, directores de banco, representantes de compañías comerciales vienen a ocupar su lugar en el paisaje político a partir de esos años, reemplazando en cierta medida la alternancia entre notabilidades burguesas de las ciudades y líderes tradicionales religiosos. Las cámaras de comercio mismas, hasta entonces mantenidas por propietarios terratenientes, están cada vez más en manos de empresarios comerciales y de industriales.

Esta evolución no es específica de Palestina y afecta de la misma manera al conjunto de la región, donde el desarrollo de las ciudades, de los puertos y de los ferrocarriles permite el incremento

de las actividades industriales y comerciales. Si algunas ciudades como Beirut o Haifa son el corazón de esta nueva burguesía, ciudades más conservadoras como Damasco o Jerusalén se transforman fuertemente, así como ciertas ciudades del Golfo como Manama en Baréin, y esto mucho antes del desarrollo y el aprovechamiento del maná petrolero [Fuccaro, 2013]. La región en su conjunto es sacudida por los reajustes consecutivos al final del Imperio otomano, a la entrada en una era de globalización que pone en el centro a las actividades comerciales y su integración en un mercado abiertamente influido por las lógicas de los imperios coloniales. Mientras que los años cuarenta son los del fin de la economía perlera y de la emergencia de aquella del petróleo, la ciudad de Manama es el teatro de transformaciones profundas en el plano institucional, político y burocrático. Con la caída brutal de la cotización de la perla en los años treinta (auge de la perla cultivada japonesa), es todo un sistema social el que entra en crisis y el poder de las elites tradicionales (la familia al-Khalifa) es regularmente impugnado por movimientos sociales de tendencia nacionalista árabe. Esos movimientos impugnan al mismo tiempo la presencia británica y convergen en lo que se llama Fitnah al-Muharram (la revuelta del mes de Muharram de 1953), movimiento popular insurreccional que se mantiene de manera más o menos intensa hasta la intervención directa de los británicos en 1956 y 1957. Este episodio es el momento en que convergen un conjunto de reflexiones sobre la identidad árabe de Baréin, diferenciando la isla de sus vecinos colonizados indios de los persas y de los británicos. Estas reflexiones se articulan a través de clubes y medios y ponen en juego las diferentes instancias de pertenencia de los habitantes de la ciudad: sectas religiosas, clanes, clases sociales, lenguas. La emergencia del arabismo como referencia constituye entonces una ruptura tan fuerte como el descubrimiento del petróleo para la historia de la ciudad, antaño capital perlera cosmopolita y políglota. Esta modernidad descansa en la

afirmación de una clase de hombres de negocios y de intelectuales árabes. Prepara la emergencia de la ciudad actual, no ya cosmopolita y políglota, sino bajo el dominio de las multinacionales en un entorno localmente muy coercitivo.

Estas actividades también están muy fuertemente arraigadas en el lazo con una diáspora de negocios. Esos nuevos líderes, que no se presentan de entrada como políticos, desempeñan un papel no desdeñable como mediación con las autoridades mandatarias.

El mundo sionista

El establecimiento de los judíos en Palestina, fuera de los *sabras** (judíos ya presentes en la Palestina otomana y mandataria), se realiza a partir de mediados del siglo XIX. El establecimiento de la Organización sionista mundial tras el congreso de Basilea en agosto de 1897 marca el desenlace de una dinámica política iniciada algunos decenios antes, la que Theodor Herzl designa entonces como el “plan de reunificación nacional judía”. El impulso ideológico es acompañado por un activismo práctico, el del barón Edmond de Rothschild, propietario de tierras en la Palestina otomana e iniciador de las primeras *aliás*, bajo la tutela de la Agencia judía.

Las formas de la instalación de los judíos europeos en Palestina se inscriben en la realización de una utopía concreta. No se integran a las comunidades locales, sino que fundan otra manera de ser judío que se encarna en particular en el *kibutz*. El primero es fundado en Degania, cerca de lago de Tiberíades, en 1909, y es ahí donde se experimenta una forma de trabajo y de vida colectiva. El colectivismo se aplica a la propiedad y a la cooperativa, pero también a la vida social (comida en común) y a la educación (los niños son educados por grupo etario). Allí se establece una democracia directa para las tomas de decisión. Muy pronto,

los *kibutzim* constituyen lugares de aprendizaje y de difusión de cierta manera de realizar su *aliá*, entre trabajos de los campos, aprendizaje del hebreo y, más tarde, contribución al esfuerzo nacional. Los *kibutzim* suministran al movimiento sionista, luego al Estado de Israel, numerosos cuadros y dirigentes. Hasta los años ochenta y a pesar de las reformas que conciernen al mundo de los *kibutzim*, constituyen una suerte de modelo de sociedad hacia el cual dirigirse. Allí se elabora una forma de nacionalismo, una idea de la colectividad nacional y del interés general, pero también un ideal de vida al aire libre, de articulación entre trabajo manual e intelectual.

Pero el *kibutz* no constituye la única forma de unión de los nuevos migrantes judíos con la sociedad sionista. Estos se instalan sobre todo en las ciudades, en barrios la mayoría de las veces separados. Desde el comienzo, la sociedad sionista integra elementos dispares. Lo que aglutina a esta nación pasa por el aprendizaje del hebreo moderno, (re)inventado por Eliezer Ben Yehuda. Sólo a partir de la segunda *aliá* se difunde una red de escuelas hebraicas en las instalaciones agrícolas de los pioneros. El primer establecimiento secundario en hebreo abre en Jaffa en 1906. Ben Yehuda dirige un comité de lengua que publica listas de palabras para nombrar las cosas nuevas, legisla sobre la pronunciación y la ortografía, hace búsquedas sobre la terminología, etc. Luego se lanza en la redacción de un diccionario de lengua, el *Thesaurus Totius Hebraicitatis*, siete de cuyos volúmenes fueron publicados antes de su muerte en 1922. Desde 1948, el hebreo se convierte en la lengua oficial del Estado de Israel.

A partir de olas migratorias cada vez más tupidas, la Agencia judía y las diversas instancias sionistas trabajan en construir un pueblo alrededor de una tierra y de una lengua. Esta sociedad sionista, sin embargo, es muy diversa: en primer lugar, no integra en su seno a todos los judíos de Palestina (los *sabras*, en particular, están lejos de los cuestionamientos de los judíos europeos recién

llegados); luego, está dividida entre religiosos y laicos, estando estos últimos fuertemente representados en los *kibutzim* y sosteniendo un ideal socializante heredado de los compromisos europeos por la emancipación; por último, es multicultural, multilingüe y heterogénea. Hay que esperar a la estructuración del Estado de Israel en los años cincuenta para ver cómo se opera una unificación nacional que se define cada vez más, no en referencia a Europa y a los guetos, sino en la oposición a los vecinos árabes.

El tiempo de las Constituciones

Ante la agitación social permanente a la que deben hacer frente, los países mandatarios, principalmente en la segunda mitad de los años treinta, pero desde los años veinte en Irak y el Líbano, inician procesos de negociación con las notabilidades establecidas. En Siria, Francia reacciona a la Gran Revuelta de 1925 dando un nuevo lugar a los representantes sirios tras haber eliminado a los elementos más radicales. El Bloque nacional sirio es nacionalista, pero está dispuesto a negociar con Francia para acceder a la independencia. El pacto de 1936 es así firmado por ambas partes y concluye un proceso de unificación del territorio nacional sirio (independiente del Líbano, cuya autonomía fue proclamada en 1920) y el establecimiento de una Constitución (desde 1932). Al mismo tiempo, los constitucionalistas libaneses se reúnen para discutir acerca de lo que tomará el nombre de Pacto nacional en 1943.

La alianza sobre la que descansa la negociación con la potencia mandataria se apoya ampliamente en las notabilidades. ¿Quiénes son en ese período en la región? Se trata principalmente de propietarios terratenientes y de grandes comerciantes urbanos, pertenecientes a familias ya prósperas bajo el Imperio otomano y cuyos intereses fueron protegidos por los franceses. Entre ellos se encuentran fervientes nacionalistas, pero la ebullición

insurreccional de 1925-1927 pudo parecer amenazadora para la estabilidad de los bienes y de las personas [Khoury, 1983; Provençe 2005; Dakhli, 2009b]. Así, Francia desempeñó un doble juego en su alianza con las elites árabes, como la mayoría de las veces las designa: privilegiar a las minorías, sobre todo cristianas en el Líbano, pero también alauitas en Siria [Mervin, 2002], y no amenazar los intereses económicos de las elites instaladas como los ricos propietarios terratenientes sirios [Hanna, 2004]. Esa notabilidad campesina debe ser descrita en el contexto otomano. La adquisición de bienes agrarios a partir del código de la tierra de 1858 se hace mediante un proceso de registro de las tierras en nombre de notabilidades influyentes, sobre todo altos funcionarios, cuadros del ejército, ulemas o comerciantes. Este procedimiento apunta a recompensar cierta forma de servicio al Imperio. Se aceleró ampliamente en el curso de la Primera Guerra Mundial, aprovechando las notabilidades a veces las faltas de pagos de los pequeños campesinos empobrecidos por la guerra. Este incremento de la gran propiedad hizo de la cuestión agraria una cuestión central desde comienzos del siglo.

La instalación de un servicio francés del catastro fija las situaciones heredadas, y los servicios de informaciones, jugando con la tierra para ejecutar una política clientelista, aumentan todavía la proporción de las grandes propiedades mientras que grandes superficies que hasta entonces son propiedad del Imperio son transferidas a privados. La desigualdad es todavía más grande si se presta atención a la calidad de las tierras, ya que los grandes propietarios poseen las tierras más fértiles, sobre todo en las llanuras costeras, y las mejor irrigadas [Hanna, 2004]. La interpretación del código de la propiedad agraria de 1930 está ampliamente en manos de los delegados mandatarios, quienes no se privan de hacer de la posibilidad de adquirir tierras una moneda de cambio con los nacionalistas y de recompensa para los aliados más fieles [Hanna, 2004]. El Bloque nacional, principal

interlocutor político de los franceses y artesano de la independencia negociada de 1943-1946, surgió sobre todo de esas notabilidades rurales. Por último, como en otras numerosas situaciones coloniales, la fijación de un régimen de propiedad único en una perspectiva de modernización –abolición de la propiedad colectiva y de la redistribución anual de las tierras por pueblos por el alto comisionado Henry de Jouvenel en 1926– privilegia la expansión de la propiedad privada y cambia en profundidad los regímenes de producción y de trabajo de la tierra, hasta las estructuras antropológicas. La política de sedentarización de los beduinos actúa en el mismo sentido. Ésta involucra a más de 150 000 personas y a rebaños de camellos estimados en 212 233 cabezas en 1930 en toda la Gran Siria [Sharif, 1947]. Pese a que fue llevada a cabo favoreciendo el acceso a la propiedad de los jefes tribales más leales frente a la potencia mandataria, es bien recibida por los pequeños campesinos, que en adelante se sienten un poco más a resguardo de las razzias.

La política mandataria británica también la emprende con los regímenes de propiedad de las tierras y hace evolucionar en el mismo sentido las estructuras de la región para modernizarlas. A las cuestiones de sedentarización, de regímenes de propiedades múltiples hay que añadir la del sionismo en el caso palestino, que priva *de facto* a las poblaciones agrícolas de reservas agrarias.

La fuerza de los campesinos

En la marcha hacia la independencia en el siglo XX, la región “vio cómo el campesino participaba de pleno derecho en la vida política de la nación (primero en el movimiento nacionalista, luego como ciudadano de la nación independiente) mucho antes de que pudiera recibir una educación por lo que respecta a los

aspectos doctrinales o conceptuales de la ciudadanía”, como lo escribe Dipesh Chakrabarty a propósito de un lugar muy distinto [2009, p. 42].

Historiadores marxistas como Hana Batatu, tanto para Siria como para Irak, o Abdalá Hanna, en Siria, describieron en profundidad las mutaciones de los medios rurales a partir de mediados del siglo xx. En efecto, es el Partido comunista el que, primero en la región, integra a sus reivindicaciones la unión de los campesinos y los obreros “para la defensa de sus intereses comunes” [Partido comunista sirio, Declaración del 30 de abril de 1925, en Couland, 1970, p. 105]. Sin embargo, su implantación rural sigue siendo muy baja, aunque sus primeros dirigentes sean de extracción campesina. Poco a poco, se convierte en un partido urbano y trata de no alienarse a los propietarios terratenientes, todavía muy influyentes. Las declaraciones del líder comunista sirio Khalid Bakdash son muy claras y afirman una renuncia a la alianza de clase entre obreros y campesinos [Bakdash, 1942, pp. 23-24]. Esta renuncia a la defensa del campesinado pobre trae aparejado un despliegue nacionalista que predica la unión de los “hijos del país natal” [Batatu, 1999, p. 119]. Es el Partido árabe socialista, conducido por Akram Hourani, el que define realmente una política de defensa del campesinado y se convierte en el primer partido agrario de Siria [Thompson, 2013]. El primer partido fundado por Hourani, llamado Hizb al-shabab (Partido de la juventud), es ya sensible a las cuestiones rurales, pero está dominado por la cuestión nacional, sobre todo en el contexto de la guerra en Palestina (1948-1949). Akram Hourani, que se comprometió personalmente en el frente, explica el desastre militar árabe sobre todo por el peso del feudalismo. La causa de la derrota es social y el lazo entre emancipación social y fuerza militar y nacional es establecido por largo tiempo tanto por él como luego por el partido Baath.

El ejército, actor social y político de primera importancia

El caso de Irak y Siria muestra cómo el Estado de los años cincuenta y sesenta se construye sobre un fundamento social que descansa ampliamente en el ejército en cuanto productor cultural. A partir de comienzos de los años cincuenta, es el ejército el lugar de mayor socialización de los hombres –en particular de los medios rurales–, y el Estado patriarcal es celebrado en ritos y compromisos sociales la mayoría de las veces impresos de una fuerte dimensión militar. Así, la constitución de los Estados no puede ser separada de las instituciones sociales que los sostienen y por fuerza hay que comprobar que, en numerosos territorios de la región, el ejército desempeña en adelante ese papel de cimiento social [Batatu, 1978]. Éste encuentra relevos en el seno del sistema escolar, puesto progresivamente al servicio de un patriotismo con acentos militares (uniformes, himnos, glorificación del heroísmo patriótico) y en los nuevos medios nacionales que difunden esa misma glorificación de un ejército de reclutas en un contexto de emancipación nacional.

Esa fuerza del ejército de los reclutas se debe a la transformación y a una politización de los medios campesinos iniciadas desde los años de lucha contra los mandatos; se acentúa con los sucesivos conflictos entre los Estados árabes e Israel a partir de 1948-1949. Anuar Abdelmalek escribe en 1962 su obra más importante, *Égypte, société militaire*, donde describe una transformación en profundidad de las estructuras sociales en su país luego de la toma del poder por los oficiales libres y Nasser. Allí describe el fin de una elite de notabilidades acusada de cuantiosos males, así como del agotamiento de los intelectuales, en particular de izquierda. Sin embargo, el papel social y político del ejército no es una novedad en los años cincuenta. Podría encontrarse una filiación otomana revolucionaria con los oficiales jóvenes turcos de Macedonia en 1908 o en la articulación kemalista del poder

compartido entre cuadros militares y el partido único [Bozarslan, 2014]. Sin embargo, es en el marco de los Estados independientes y por lo tanto en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando se forjan en el mundo árabe los ejércitos nacionales, que poco a poco extienden su dominio sobre los Estados, hasta constituir en ocasiones su columna vertebral.

El aumento de la escolarización de las poblaciones en el conjunto de la región, gracias a la actuación de los Estados y de los mandatos, pero también gracias a la urbanización (acceso a las escuelas), favorece en una gran medida el auge de una clase media urbana. Esta educación trae aparejada la formación de ejércitos nacionales por la vía de las academias militares, convertidas en verdaderos lugares de ascenso social, que participan en el impulso meritocrático nacional en el conjunto de la región. El ejército debe ser considerado desde entonces como un verdadero laboratorio social, no simplemente como un actor político –lo veremos intervenir cada vez con mayor frecuencia en la política, en función de golpes de Estado y de derrocamientos–, sino como un verdadero productor cultural, asociado a una forma de acceso a la modernidad ligada al desarrollo económico y a la experticia de los ingenieros [Mitchell, 2002]. Sobre todo, es por el sesgo de la Academia militar de Damasco como Hafez al-Assad –pero también su hermano Rifaat– construye su poder en el interior del Baath sirio.

En Transjordania el ejército, a través del establecimiento, bajo tutela británica, de la Legión árabe, se ha convertido en una de las claves del gobierno del emir Abdalá. Supervisado por oficiales británicos, compuesto casi exclusivamente por soldados beduinos, es el reflejo del país soñado por los hachemitas y define la identidad nacional. Es el hijo de la revuelta antiotomana de 1916, el heredero de la epopeya conducida por el general Allenby, los hachemitas y el coronel Lawrence. Sin embargo, los otomanos ya no están presentes y la hermandad del poder

árabe con la potencia colonial, pese a la obtención de una independencia formal en 1946, plantea cada vez más problemas y suscita fuertes impugnaciones. El rey Abdalá, a la cabeza de una Jordania unificada desde 1949, es asesinado en julio de 1951. El general británico John Bagot Glubb (llamado Glubb Pacha), funcionario puesto a disposición del gobierno hachemita desde fines de los años veinte, que había tomado el mando de la Legión árabe durante la guerra de 1948-1949, es poco a poco apartado mientras que el nuevo rey de Jordania, Husein, decide retomar íntegramente el control del ejército. Glubb Pacha es despedido de su mando en 1956.

En la mayoría de los países de la región (Siria, Irak, Jordania, Israel), la articulación entre los militares y el régimen parlamentario se vuelve poco a poco la norma; esta combinación marca en forma duradera la vida política [Rey, 2014] y caracteriza una integración política por el ejército de una parte de los sectores populares y las clases medias. Los militares, instituidos como los guardianes del interés general, actúan sobre lo político desde el exterior, y los políticos, sobre todo los diputados, tratan de mantener sus lazos de confianza y de dependencia con el ejército. La complementariedad entre un poder político en busca de apoyos y un ejército nacional que se abre a nuevas categorías sociales permite la emergencia de un nuevo personal político, no ya surgido de las notabilidades tradicionales o de una elite intelectual, sino forjada en la instrucción militar y el militantismo partidario.

Es a partir de esta articulación como el ejército se convierte en la matriz de una parte importante del Estado. Así, los cuadros del ejército integran en parte la vida civil al constituir un cuerpo de burócratas y un aparato particularmente ensamblado que “domina rápidamente la burocracia estatal”. Por otra parte, forman una nueva notabilidad, al heredar privilegios materiales considerados como una garantía de su fidelidad; y se presentan como los garantes de la unidad de la nación y de la continuidad del

Estado [para Irak, Rey, 2014], una nueva legitimidad. Es también lo que ocurre con el ejército israelí, definido por su misión de asimilación de los nuevos inmigrantes y de protección de un Estado con el que se identifica y cuyas riendas toma regularmente [Cohen, 2014].

En Siria, pues, es alrededor del Partido árabe socialista, en regiones diversas (Hama, Deir ez-Zohr, Deraa...), donde se constituye un movimiento campesino que impugna las jerarquías antiguas y las notabilidades heredadas. En 1951, el primer congreso campesino celebrado en Alepo reúne a decenas de miles de personas y es continuación de una revuelta de una amplitud sin precedentes en la campiña siria. Estos campesinos son cultivadores sunitas de la región de Hama, aparceros sunitas de la región de Idlib, cultivadores cristianos de pueblos al oeste de Hama o de la región de Qalamun, campesinos alauitas de la región de Masyaf, campesinos drusos del norte del Jabal Druso [Batatu, 1999; Thompson, 2013]. Todos son involucrados por la modernización y la mecanización de la agricultura, el desarrollo de las grandes plantaciones (sobre todo de algodón) que hacen bajar sus ingresos de asalariados agrícolas mientras que los grandes propietarios tienen beneficios extraordinarios, particularmente entre 1939 y 1943 “gracias” a la Segunda Guerra Mundial. La superpoblación agrícola, debida a la modernización del campo, es ahora patente. En 1954, bajo la presión de los socialistas árabes, se adopta un sistema de voto anónimo para evitar las presiones de los propietarios terratenientes sobre el voto campesino, y la reforma agraria de 1958 se adopta cuando Hourani es vicepresidente de la República árabe unida*.

El lugar de la politización de los campesinos, o de los ciudadanos de origen campesino, es por excelencia el ejército donde el mismo Hourani comenzó su carrera. Él lo convierte en una estrategia,

persuadiendo a numerosos apoyos políticos a comprometerse por el sesgo de la Academia militar de Homs. Es también en sus filas donde se constituye un baathismo popular, menos intelectual y elitista que el de los fundadores Michel Aflaq y Salah al-Din al-Bitar.

Parlamentarismos

Las experiencias parlamentarias están en el corazón de la vida política del período de entreguerras, incluso antes de que sea proclamada la independencia de los Estados. Ellas acompañan las reformas y los debates sobre la autonomía de los territorios, las relaciones económicas en la región y las cuestiones sociales.

La historia política de mediados del siglo XIX en la región puede ser leída a través de las experiencias parlamentarias que allí se establecen, más o menos en forma duradera, a partir de 1908 [Rey, 2012]. Así como la tradición constitucional [Picadou, 2005] es central en la evolución del mundo árabe contemporáneo, las asambleas parlamentarias marcan su vitalidad. Ellas se encuentran en el corazón de la vida política del Medio Oriente de los años treinta y cuarenta. El Líbano es un caso particular. El compromiso de 1943 hace del Parlamento un lugar de encuentro y de negociación entre las diferentes confesiones. Es uno de los tres picos del triángulo en el poder: presidencia maronita, Primer ministro sunita, jefe del Parlamento chiita. La representación de las notabilidades sociales y confesionales es allí rigurosa [Massarah, 1975], aunque complicada por las afinidades partidarias e ideológicas. En cada país, la elaboración de un sistema parlamentario es el resultado de negociaciones y de reflexiones sobre la representación geográfica, confesional y tribal que de él se desprende. La evolución de las culturas políticas hace evolucionar esos principios. Así se pasa progresivamente en Siria de un Parlamento de notabilidades, el de la era mandataria, a un Parlamento de partidos, donde se disputan

opciones políticas sobre las cuestiones nacionales más importantes como la reforma agraria o las cuestiones de política extranjera, que determinan el voto [Rey, 2012]. Los Parlamentos ocupan no obstante su lugar, central, en el seno de un dispositivo político complejo. Las independencias son adquiridas en todas partes a fines de los años cuarenta, pero la dependencia económica frente a las antiguas tutelas coloniales sigue siendo grande, sobre todo por el juego de los acuerdos de cooperación. Los Parlamentos aparecen como lugares de reconquista de soberanía mediante la instauración de legislaciones más atentas a la justicia social: reforma agraria, planificación del desarrollo en la perspectiva de una autonomía, leyes sobre el contrato de trabajo, políticas de defensa... Ese equilibrio frágil permite construir culturas políticas nacionales y regionales, establece puentes entre los ciudadanos y sus representantes, en el modo del clientelismo a veces, pero también en el de la elaboración de proposiciones políticas. Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial pueden ser considerados así como la edad de oro de los partidos [Picard, 1993]. Creados en su mayoría a fines de los años veinte, se estructuran y adquieren fidelidades en los territorios sobre los cuales cuentan. Pero todos se ven rápidamente tomados en la doble lógica de la guerra fría y de las guerras árabe-israelíes posteriores a 1948.

1948: un importante giro político y social

Si nos detenemos un instante en los años del período de entreguerras, estos, pese a las tensiones que los atraviesan, aparecen como años de construcción y de apertura fuertes. Abren un período de desarrollo autónomo para la región: diversidad de las opciones políticas, de las formas de afiliación, fuertes movimientos de emancipación populares, voces feministas potentes, etcétera.

Es un período de movilidad social importante. Los jóvenes de los sectores populares acceden cada vez más a la instrucción, y

los servicios públicos de los Estados en construcción son medios de ascenso social visible. El ejército desempeña un papel importante en esta nueva meritocracia que poco a poco hace desaparecer la edad de las notabilidades urbanas surgidas del otomanismo [Khoury, 1983] para construir una nueva clase dominante.

Con las políticas puestas en marcha poco a poco en los años cincuenta, el mundo campesino resulta de la misma manera profundamente transformado: redistribución de las tierras y modernización de la agricultura (sobre todo por grandes trabajos de irrigación) son la regla en la región. Los nómadas, siempre considerados como enemigos de la modernidad, poco a poco son sedentarizados y establecidos en tierras.

Pero estas evoluciones, a partir de mediados del siglo xx, adoptan otras formas. Irak, Siria, Líbano, Jordania y Palestina transitan una urbanización acelerada que entonces puede calificarse de explosión urbana. Ella transforma profundamente las sociedades de los países involucrados, donde los ciudadanos son ahora ampliamente mayoritarios. Se manifiesta de múltiples maneras: tasas de urbanización elevadas, crecimiento vertiginoso de ciertas capitales, pero también de los pueblos pequeños y medianos, urbanización del campo.

Sus causas son múltiples. Algunas son clásicas y se encuentran en la mayoría de los países del Sur: fuerte incremento natural ligado al mantenimiento de tasas de natalidad elevadas hasta los años ochenta, éxodo rural acelerado por la falta de tierras y el desarrollo de una agricultura mecanizada y capitalista. Las causas específicas a los países del Cercano Oriente árabe están ligadas a las migraciones internacionales de trabajo hacia los países petroleros del Golfo, y a los factores geopolíticos. Las migraciones temporarias hacia los países petroleros explican no sólo el crecimiento vertiginoso de las ciudades del Golfo sino también el de las ciudades de los países de partida. En cuanto a los factores geopolíticos, son la causa esencial de la explosión urbana en Jordania, en el Líbano, en Palestina, y en

un grado menor en Siria y en Irak: la región recibe a refugiados y los concentra en campos que se convierten en un paisaje familiar a partir de 1948 y de la *Nakba**. La burguesía palestina, por su parte, se inserta más fácilmente en una sociabilidad urbana, invirtiendo masivamente en las economías de la región, sobre todo en el Líbano y en Jordania.

La explosión urbana contemporánea modificó profundamente el espacio y las sociedades de los países involucrados. Las ciudades cambian y se extienden desmesuradamente, convirtiéndose de manera bastante rápida en aglomeraciones. Así, los espacios rurales periurbanos son en adelante invadidos por las construcciones, y excelentes tierras agrícolas desaparecen cada año en la Guta de Damasco o en la llanura litoral libanesa. Esta urbanización del campo trae aparejada una ruralización de las ciudades. Los neocitadinos, que forman la mayoría de la población de ciertos barrios centrales o periféricos, conservan todavía comportamientos de rurales, les falta ese carácter ciudadano que sólo puede ser adquirido después de varias generaciones de práctica de la ciudad, máxime cuando las escisiones sociales son cada vez más marcadas en el interior del espacio urbano [Depaule, 2014].

En Palestina

Hay que hacer aquí un lugar particular a los cambios demográficos producidos por la instalación de un hogar nacional judío en Palestina en un primer tiempo, luego por la proclamación del Estado de Israel y la guerra que viene a continuación. En 1948, la comunidad judía en Palestina agrupa a 600 000 miembros, 463 000 de los cuales nacieron fuera de Palestina. 204 000 inmigrantes judíos llegaron entre 1933 y 1939, huyendo del nazismo. Los colonos modifican en profundidad el régimen de propiedad de las tierras en Palestina, puesto que compran tierras para cultivar: cerca del 75 %

de estas tierras son compradas a propietarios árabes (palestinos o siriolibaneses). Mientras tanto, la población árabe de Palestina siguió la misma evolución que el conjunto de la región: los palestinos duplicaron su población entre 1922 y 1944. Siguen siendo en su gran mayoría campesinos, y la economía del país descansa en una agricultura modernizada, la de los cítricos y las bananas, para la exportación.

Es en este contexto social, mientras la presión sobre la tierra alcanza su máximo, cuando sobreviene la guerra de 1948. No volveremos aquí sobre los detalles del conflicto, ampliamente tratados en otras partes [Khalidi, 1992; Pappé, 2006]. Hoy ha quedado establecido que las fuerzas israelíes planificaron y ejecutaron desplazamientos masivos de poblaciones, tachando del mapa una buena cantidad de pueblos y de barrios palestinos, forzando al exilio a más de 800 000 personas, que son entonces acogidas en setenta y un campos de refugiados, tanto en el resto de Palestina (Cisjordania y Gaza) como en los países vecinos.

Hay pocas dudas sobre lo que ocurrió en Palestina durante el año 1948. Desde hace largo tiempo los historiadores establecieron la lista de las masacres y las expulsiones que acompañaron la fundación del Estado de Israel. Lo que en la actualidad se debate es la índole sistemática de esta política: si bien algunos consideran que esos muertos y esos pueblos suprimidos del mapa simplemente fueron la consecuencia de combates y de la resistencia palestina –una suerte de último recurso [Morris, 2004]–, otros analizan esos acontecimientos como una verdadera limpieza étnica [Pappé, 2006]. Evidentemente, la cuestión no es una mera anécdota. Desde el comienzo de la instalación de las comunidades sionistas en Palestina, la historia, el establecimiento de los hechos están en el corazón de la legitimación nacional, tanto para los palestinos árabes como para aquellos que se convierten en israelíes. En 1948 comienza un enfrentamiento que no es únicamente el de las armas, sino también un combate por la

memoria. Mientras que el Estado israelí se dota de una genealogía, proclama su legitimidad internacional y su fuerza local, los palestinos constituyen una gesta invertida, se encuentran lugares de memoria en la dispersión y el exilio.

En su discurso del 14 de mayo de 1948, David Ben Gurión ubica al Estado de Israel en una secuencia de esperanzas y de dramas: “En el año 5657 (1897), el primer congreso sionista convocado por el padre espiritual del Estado judío, Theodor Herzl, proclamó el derecho del Pueblo judío a su renacimiento nacional en el suelo de su patria. Este derecho fue reconocido por la declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917 y ratificado por un mandato de la Sociedad de Naciones, dando así una sanción internacional a los lazos históricos entre el Pueblo judío y el país de Israel y reconociendo el derecho del Pueblo judío a reconstruir allí su Hogar nacional. La catástrofe nacional que se abatió sobre el Pueblo judío, la masacre de 6 millones de judíos en Europa, mostró la urgencia de una solución al problema de este pueblo sin patria mediante el restablecimiento de un Estado judío que abriría sus puertas a todos los judíos y volvería a hacer del Pueblo judío un miembro con todas sus ventajas y derechos de la familia de las Naciones”.

El año 1948 es para los palestinos el comienzo del tiempo del exilio (*hijra*), la emigración y la dispersión; el que hace de ellos, en su gran mayoría, en su tierra como en otras partes, refugiados. Es en este acontecimiento como se cristaliza una buena parte de la memoria y de la conciencia nacional palestina posterior a 1948 [Sfeir, 2008; Khalili, 2007], y es en esos acontecimientos donde se funda la memoria del desarraigo que caracteriza a los palestinos de los campos. Esa memoria hace de la Palestina una tierra idílica, pastoral, y la arraiga en una nostalgia permanente, representada en los discursos comunes de los refugiados y en las canciones y poemas. El éxodo de los palestinos significa un cambio radical de vida. En su mayoría eran campesinos y están

privados de tierra. Sólo algunos privilegiados, la mayoría de las veces comerciantes, pueden recuperar una actividad cercana a aquella que tenían antes. Los otros pasan del estatuto de campesino al de resistente [Sayigh, 1979].

En otras partes, lo que la Nakba hace a las sociedades del Cercano Oriente

La *Nakba* no es únicamente un acontecimiento palestino: también es una primera brecha en la esperanza nacional árabe. Unas tras otras, las guerras árabe-israelíes confirman más tarde la debilidad de la unión de los regímenes árabes. Si miles de voluntarios parten para combatir y liberar los territorios palestinos, su entusiasmo es pronto malogrado por la *Realpolitik*, y esto desde 1949. A falta de poder recuperar sus tierras, de poder instalarse realmente allí donde son recibidos, los palestinos forjan entonces una cultura de la resistencia en el exilio, cultura que enfrenta en varias oportunidades a las autoridades de los países de acogida al tiempo que se convierte en el fermento de una solidaridad árabe popular. La resistencia de los *fedayines** palestinos con su imaginaria se convierte por largo tiempo en un símbolo compartido de la emancipación árabe. A mediados de los años cincuenta comparten ese estatuto con los *fellaga** argelinos, también ellos en lucha por la liberación de los pueblos árabes contra la colonización.

Al mismo tiempo, la afluencia de refugiados palestinos perturbó profundamente las sociedades libanesa, siria y jordana. Mientras que las dos últimas dan la ciudadanía a los palestinos, los libaneses los limitan a un estatuto particular y restringen su acceso a los empleos, confinándolos en un estatuto de excepción [Sfeir, 2008]. De manera general, los refugiados palestinos aceleraron la percepción que cada uno de los Estados debió tener de sus propias fronteras, de su nacionalidad y de la manera en que

tenía la obligación ahora de administrar sus límites y confines, más allá de la solidaridad con los palestinos. La firma separada de los armisticios de 1949 también actúa en ese sentido [Sfeir, 2009]. En el interior de los campos se organiza una vida alrededor de la memoria de las comunidades de origen, de los pueblos y en espera del retorno [Khalili, 2007]. En los campos se organiza una infraestructura específica, concebida como provisional, pero que se instala poco a poco. Con la creación de la UNRWA (United Nations Relief and Works Agency)³ en 1949 se instala la gestión de los campos por las agencias de la ONU: escuelas, hospitales, ayuda alimentaria están ahora en sus manos.

Golpes de Estado y fábrica del autoritarismo árabe

La entrada de los militares marca una etapa importante en el juego político regional que sigue a la guerra árabe-israelí de 1948-1949. El golpe moral trae aparejada una impugnación de la manera en que los regímenes se implicaron en el conflicto. El ejército, hasta entonces débil y marginal en la mayoría de los países, poco a poco va a hacer su entrada en el campo político, cada vez con mayor frecuencia a merced de los golpes de Estado en Irak (desde 1936) y en Siria (a partir de 1949). En cada uno de esos países, las fuerzas armadas realmente se convierten en un actor político de importancia luego del golpe de Estado de los oficiales libres en Egipto en 1952, y se alimentan con el ascenso de un fuerte antiimperialismo en el contexto de la guerra fría. Progresivamente malogran los regímenes parlamentarios establecidos en esos países, cuyas debilidad y ausencia de política de redistribución denuncian. Los

3 Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo. [N. del T.]

conflictos árabe-israelíes y las luchas por el poder aportan su lote de leyes de urgencia (Jordania), de tomas del control autoritarias sobre la sociedad (Líbano), y el período está salpicado de asesinatos políticos y de golpes de Estado más o menos exitosos.

En el Líbano, Antún Saade, agitador y jefe del Partido popular sirio, es ejecutado en 1949 [Schumann, 2008]; Riadh al-Solh, Primer ministro, es asesinado el 16 de julio de 1951 [Seale, 2010]. El ejército nacional libanés, creado en 1945 bajo la tutela del general Fuad Chehab –maronita francófilo formado en la Academia militar de Damasco, apodado *Ab al-jaysh* (el padre del ejército) [Malsagne, 2011]–, es puesto a prueba por su implicación en las guerras de Palestina así como por las crisis interiores sucesivas y fracasa en garantizar la seguridad del territorio. Cuando la flota aérea civil es totalmente destruida por la aviación israelí en la plataforma de estacionamiento del aeropuerto de Beirut el 28 de diciembre de 1968, la impotencia militar es puesta de manifiesto.

En Siria, partidarios del Partido socialista árabe de Akram Hourani apoyan el golpe de Estado de Husni Zaim en 1949, quien a su vez es derrocado y luego asesinado en agosto del mismo año. Cuando la vida parlamentaria parece reinstalarse, un nuevo golpe de Estado, llevado a cabo por Adib al-Shishkali en diciembre de 1949, instala un régimen autoritario alrededor de un partido decretado único en 1952: el Movimiento de liberación árabe. En esta nueva configuración, el ejército es dotado de nuevos poderes, se convierte en la emanación de la nación y el garante de la devoción a la causa nacional, y más ampliamente árabe. Sus efectivos pasan de 8000 hombres en 1948 a 60 000 en 1967. En su seno emerge una generación de oficiales comprometidos con la causa árabe, que es protegida y consolidada por los poderes establecidos, antes de tomar a su vez el control del país y de los partidos. Hafez al-Assad en Siria y Sadam Husein en Irak son inspirados por la experiencia de la toma del poder por los oficiales libres en Egipto en 1952 y construyen una síntesis entre gobierno por un partido

único y militarización. Ambos son el producto de esa transformación radical de las elites gobernantes árabes a mediados del siglo xx. Sucediendo a una serie de tentativas de golpe y de revolución, establecen un nuevo orden que une poder autoritario militar, reformas agrarias y nacionalizaciones.

En Jordania, los efectivos del ejército crecen considerablemente. La Legión árabe pasa de menos de 10 000 hombres en 1948 a 20 000 en 1955. Si la continuidad monárquica es mantenida con el acceso al poder de Husein en agosto de 1952, es gracias a una alianza de hierro entre el trono y el ejército, sobre todo para contrariar las veleidades liberales de una parte de la familia real que intenta ocupar el lugar del joven rey.

En todas partes, los discursos sobre la necesidad de combatir la "entidad sionista" acompañan políticas desarrollistas muy voluntaristas. La radicalización política de los regímenes árabes se apoya en la guerra de 1948 y juega con las tensiones ligadas a la guerra fría. Egipto, que no examinamos aquí directamente, desempeña un papel fundamental a partir de 1952 en la construcción de una nueva identificación árabe: una mezcla de glorificación del ejército así como de la lucha contra Israel, de propaganda industrialista así como de glorificación del campesino (*fellah*) como figura ideal del pueblo, y de cultura popular que ofrece un sueño común. Es todo un conjunto cultural lo que es sustentado por esas revoluciones militares que derogan regímenes heredados de la colonización y del tiempo del otomanismo. Una de las formas principales de esta borradura, fuera de la renovación del personal político y de las formas institucionales, es la reforma agraria. En todos los países las sublevaciones populares, ya sean o no sostenidas por el ejército, se apoyan en los campesinos y exigen la confiscación de las tierras de los grandes propietarios y su redistribución. Ése es el basamento de la propaganda del Baath sirio a partir de 1953 y la medida emblemática del régimen del general Qasim en Irak a partir de 1958.

La generación política que sustenta esas grandes movilizaciones arabistas y antiimperialistas es aquella de la “edad radical” [Bashkin, 2013], o “edad de las revoluciones” [Rey, 2014]. Se concibe como una elite revolucionaria y, sin considerarse como una clase social aparte, encuentra su unidad por la vía de una identificación con un discurso político nacional radicalizado [Schumann, 2008], y generalmente ha surgido de la clase media rural educada. En el caso del Líbano y de Siria, la lectura de los numerosos testimonios autobiográficos escritos por los hombres y las mujeres comprometidos en la vida política de los jóvenes Estados independientes permite comprender mejor las transformaciones.

Es el recorrido de Hisham Sharabi (nacido en 1928), miembro activo del Partido socialista nacionalista sirio: nieto de un funcionario otomano que vive del cómodo ingreso de tierras adquiridas en el Líbano, es formado primero en Jaffa y en Ramala en escuelas británicas y luego, cuando sus padres abandonan Palestina para instalarse en el Líbano en los años treinta, ingresa en la Universidad norteamericana de Beirut.

Para las familias más modestas, es en los años treinta cuando la educación se convierte en una real inversión para el porvenir. El recorrido de Mustafá Abd al-Satir, también él formado en derecho, muestra cuántos sacrificios costó su educación a sus padres, pequeños comerciantes originarios de la Bekaa. Ahmad Abd al-Karim, hijo de campesinos modestos y futuro cuadro del Baath, realiza un salto todavía más extraordinario. En sus Memorias describe la absoluta extrañeza de verse vestido de un traje a la europea para ir al liceo: “Al realizar nuestra educación secundaria [él y su primo] nos volvíamos a sus ojos completamente diferentes tanto en el interior como en el exterior, porque retirábamos de nuestra cabeza el *uqqal* y el *keffieh*” [Schumann, 2013, p. 194].

Fuera de esas trayectorias sociales individuales, los establecimientos mismos contribuyen a forjar medios y socializaciones

muy diferentes según uno se encontrara en un colegio jesuita donde poco lugar es dejado a la política, en un colegio público sirio o en una escuela conducida por las autoridades mandatarias. Las escuelas son el sitio de una competencia feroz entre las diferentes fuerzas presentes. Algunas personalidades desempeñan un papel muy importante en la formación de una generación nacionalista árabe, como el profesor de historia Michel Aflaq (apodado *al-ustaz*, el profesor), en Siria, o el profesor de árabe alepino Sati al-Husri, que se convierte en ministro de Educación y gran redactor de manuales escolares en Irak [Bashkin, 2009; Sasson, 2012]. Ambos son fundadores y teóricos del Baath. Los profesores Antún Saade, Constantin Zurayk o Zaki al-Arsuzi también son iniciadores en política. Los micromundos de las escuelas públicas de las grandes ciudades sirias, de la universidad de Damasco y de la Universidad norteamericana de Beirut son altos lugares de politización y de radicalización nacionalista. Las academias militares naturalmente completan este paisaje al ofrecer un medio de ascenso social y al constituir lugares de formación política.

Para esta generación, la de la independencia, la lucha anticolonial y antiimperial es estructurante. Como lo escribe Jamal al-Shair, físico y miembro activo del Baath desde sus años de estudiante en la Universidad norteamericana de Beirut: “Mi entrada al Baath no era ni excepcional ni difícil por la cultura y la educación que había recibido en la ciudad de Salt, así como después de mi corta experiencia en el Partido nacionalista sirio, los acontecimientos de 1948, la atmósfera política en la American University of Beirut y en las ciudades de Beirut y Damasco. La generación de las grandes expectativas, como eran expresadas por el partido Baath, veía el hecho de reunirse y de sostener el partido como algo casi natural, puesto que nuestra generación creía en la unidad y la democracia, como una búsqueda de la dignidad y de la fuerza así como un medio de desarrollar el país y de realizar una identidad nacional” [Memorias, citado por Schumann, 2013, p. 201].

Esta generación se concibe como una vanguardia y se da por misión despertar a las masas adormecidas. Sin embargo, pese al entusiasmo que anima a sus líderes intelectuales y a sus militantes comprometidos, se convierte en la generación de la derrota –*jil al-hazima*, según el título de la autobiografía de uno de ellos, Bashir al-Azma– después de 1948.

Coloreado, sonorizado, entusiasta y generoso: paradójicamente, es así como aparece retrospectivamente este período de los años cincuenta y sesenta en el mundo árabe. Acompañado por las melodías de Umm Kalzum, de Asmahan y de Mohammad Abdel Wahab, luego por Fairuz y Abdel Halim Hafez, la visión que el Oriente árabe se da de sí mismo es recamada, combatiente, danzante. Las comedias musicales egipcias que marcan los imaginarios son a la vez chispas románticas y sensuales e himnos combatientes. Samia Gamal seduce por su danza y sus formas, pero también ofrece la imagen de una mujer insumisa y liberada. Con Farid Al Atrash forma una pareja de cine que muestra otra imagen de Oriente, jugando con los códigos –tanto de la danza como de la sociedad– y transformándolos.

El acceso a la educación, vista de conjunto

El crecimiento global del número de personas educadas en la región es segura y continua. Las tasas de alfabetización de los adultos se aproximan hoy al 90 % en Jordania, el Líbano, Israel y los territorios palestinos, y alrededor del 80 % en Irak y Siria [Unesco, 2011]. El crecimiento de la escolarización acompaña de manera continua el de la población en edad de ser escolarizada, manteniendo no obstante una franja de 10 a 20 % de la población fuera de las escuelas. El Líbano, Jordania y los territorios palestinos son en la actualidad los países donde se encuentra la mayor proporción de personas educadas, y sobre

todo habiendo hecho estudios universitarios. La circulación de los estudiantes muestra con claridad que estos tres países son polos de atracción relativa, que compiten –marginamente– con los destinos privilegiados de los estudiantes como son los países del golfo Pérsico. Hay que tener en cuenta la excepción que está constituida por el Líbano, cuyos estudiantes, formados en universidades multilingües y con la posibilidad de apoyarse en una diáspora organizada, parten en primer lugar hacia las universidades francesas y norteamericanas. Esta situación excepcional tiene por corolario un desinterés bastante grande del Estado por las escuelas e instituciones públicas [Frayha, 2003].

El crecimiento global de la escolarización trae aparejada la persistencia de una enorme fragmentación en la oferta educativa (sobre todo en función de las comunidades confesionales y los territorios) y de estrategias muy diferenciadas en función de los medios y las posibilidades de movilidad.

El paisaje escolar contemporáneo reproduce con bastante fidelidad las tendencias bosquejadas desde fines del siglo XIX. Las escuelas y universidades se concentran alrededor de polos urbanos primero ocupados por los misioneros y sus fundaciones, luego por sistemas escolares nacionales en desarrollo. Al final del Imperio otomano, las escuelas de Beirut y de Estambul atraen a los alumnos y a los estudiantes del conjunto de la región para las formaciones más modernas: aprendizaje militar, medicina, derecho, lenguas. Los polos de formación más tradicionales siguen siendo Bagdad y Damasco, que, con las ciudades chiitas de Najaf y de Karbala y la ciudad santa de Medina, forman parte del recorrido de los letrados musulmanes en búsqueda de ciencia [Fortna, 2002].

Al lado de esos polos eruditos se pone en marcha una política de escolarización a partir de mediados del siglo XIX gracias a los *Tanzimat*, acompañada por una vitalidad de las instituciones privadas, ya sean religiosas (misiones cristianas diversas –con un

lugar particular para las misiones protestantes que, disponiendo de una muy baja clientela local, desarrollan una estrategia de influencia por la educación—, Alianza israelita universal), nacionales (escuelas armenias o griegas) o especializadas (escuelas para las niñas, escuelas técnicas).

La cultura popular, principalmente producida en Egipto en la época, fabrica un sincretismo atento a la miseria social, reverenciando a la instrucción y a las letras, glorificando a aquellos que salen de su condición, ya sean obreros que se instruyen o mujeres que trabajan. Indiscutiblemente, una idea del progreso social, en un contexto antiimperialista, sostiene las movilizaciones de ese período, de guerra en guerra, de crisis en crisis. En efecto, después de las independencias, los Estados se concentran en la instrucción y la cultura nacionales. Las masas campesinas, siempre mayoritarias en la mayoría de las regiones, se transforman gracias a los resultados de las reformas agrarias, pero también gracias a la educación. Las becas permiten enviar a los niños más dotados a la escuela, conducirlos hasta la universidad, luego a puestos de funcionarios. Las elites, tan cerradas antes, se vuelven más mezcladas, hijos de campesinos llegan a poetas o ministros. La música y el cine son las artes populares que difunden esa fe en el porvenir.

Las artes plásticas no se quedan atrás y se desarrollan en un estilo que afirma el deber social del artista al servicio del pueblo. Algunas proclamas estéticas que apuntan a dar un carácter auténtico al arte, como la *hurufiya* (letrismo) —utilización de letras árabes en las pinturas—, teorizada en el manifiesto “Una sola dimensión”, publicado en Irak en 1971, están en marcha a partir de comienzos de los años sesenta para desembocar en la creación de un verdadero arte panárabe [Naef, 2006]. Estos artistas no tardan en ser recuperados por los regímenes, sobre todo en Irak y en Egipto, donde encarnan el arte oficial de los años setenta. La

instalación de los Estados árabes en la modernidad trae aparejada una voluntad –bastante mínima– de consagrar espacios al arte contemporáneo árabe, sobre todo a través de la constitución de museos de arte moderno (papel conferido al museo Sursock en Beirut, a un ala del Museo nacional en Damasco, al museo de Arte moderno en Bagdad).

La imaginería del nuevo Estado israelí, que glorifica a los trabajadores de la tierra, no difiere tanto de aquella que es difundida en Siria o en Egipto en la misma época. Líbano, y Beirut en particular, se convierte en el París del Medio Oriente: allí se instala el mundo de la edición, los teatros están llenos, los diarios proliferan. Este Estado sin Estado se mantiene, como en equilibrio, sobre su libertad comercial e intelectual. Acoge a disidentes y a activistas, cantantes de éxito y otros con públicos más confidenciales. Será la cámara de eco del sopor árabe en 1967.

IV

Los años de plomo (1967-1991)

1967 es el año de la gran derrota, la *Naksa**. Luego de la guerra de los Seis Días, Israel echó mano a un territorio considerable: partes enteras de la región pasan bajo su dominio o su vigilancia militar: Golán, Sinaí, Cisjordania y Jerusalén, Gaza... En 1967 1,3 millones de palestinos son refugiados. El Estado israelí, por su parte, se consolida por esa victoria aplastante. Si este capítulo pasa por alto las evoluciones de la sociedad israelí durante el período, es en virtud de un gran desconocimiento de la autora, que en parte se explica por la dificultad de acceso a la bibliografía y por el hermetismo de los campos de evaluación. Si esta laguna puede tener un sentido es realmente el de una separación cada vez más radical de los espacios y los mundos sociales entre el poderoso Estado de Israel y la región que lo circunscribe.

La resistencia palestina: éxodos y radicalización

Los palestinos, en todas partes donde encontraron refugio y en sus propios territorios –ahora ocupados–, experimentan esa nueva derrota como un golpe terrible. La guerra de 1967 fue fulgurante, las ganancias del ejército israelí fueron enormes. El éxodo

se reanuda de manera tan masiva como en 1948. También se percibe muy pronto que, con esa derrota, concluye toda una época: la del ideal combatiente emancipador, la del compromiso ferviente por la liberación de la Palestina, para los palestinos como para los otros. Handala mira a otra parte, los palestinos se organizan de otro modo. Se encuentran cercados, practican una guerrilla de hostigamiento de las fuerzas de ocupación con Naplusa como centro de operaciones. Se desplazan hacia Jordania y luego, después del Septiembre negro, hacia el Líbano. Ahora se ven tomados entre dos fuegos directamente por el derrumbe de lo que retrospectivamente aparece como un simulacro: la unión de los árabes por la causa palestina.

Handala, el niño palestino de los campos

En la imaginería popular de este período hay un personaje emblemático: Handala, el niño palestino de los campos, creado por el caricaturista Naji al-Ali. Éste adopta la decisión de representarlo siempre de espaldas después de la *Naksa*. En la debacle, que es la de aquellos que pretendían liberarlo, se convierte en aquel que uno ve contemplando el horizonte, la mayoría de las veces nublado, repleto de alambres de púas. Está descalzo y su tristeza se oculta, ya no enarbola orgullosamente la bandera, la pluma o el kalachnikov: contempla la derrota, aterrado.

Hoy Handala sigue siendo un símbolo fuerte, el de la condición y el encierro de un pueblo, y es retomado y reinterpretado bajo numerosas formas por los activistas, y a menudo está asociado a esperanzas de liberación.



© Naji al-Ali. Dibujo reproducido con la amable autorización de la familia del artista.

Y si la resistencia les hace la vida difícil a las autoridades israelíes, sobre todo en Gaza hasta 1971, esa resistencia es debilitada por las luchas que debe llevar a cabo contra sus aliados árabes tomados en lógicas de negociación y de conversaciones. Los palestinos actúan entonces cada vez menos en el marco de una lucha panárabe o de una universalización de su causa en nombre de la liberación de los pueblos, un marco que se adaptaba a los tiempos de las luchas de emancipación y de independencia; ellos vuelven a centrar su acción en el mantenimiento de un lazo social fuerte en los campos. La victoria de Karamé en Jordania en 1968, aunque es limitada, ve a los comandos palestinos y al ejército jordano rechazar los ataques de los israelíes a los campos de refugiados y sienta las bases de la nueva popularidad de lo que entonces se llama la Resistencia palestina*.

Esta resistencia simboliza y representa las fuerzas árabes revolucionarias, pero en adelante está al margen de los Estados [Qumsiyeh, 2011]: allí se encuentran palestinos, pero también

fuerzas nacionalistas árabes y marxistas surgidas de los países vecinos. El movimiento nacional palestino, en su conjunto, da la prioridad a la lucha armada revolucionaria, pero también a la gestión de servicios civiles como la salud, la enseñanza, las finanzas en los campos palestinos. La OLP (Organización de liberación de la Palestina), dirigida desde 1969 por Yasir Arafat, se hace cargo de esas misiones y abona pensiones a las familias de los mártires gracias al dinero de la diáspora. Da forma poco a poco a un futuro Estado palestino. El estatuto de la OLP, elaborado en 1964, insiste en la independencia frente a los regímenes árabes en tres de sus artículos. Esta independencia significa también una crítica más clara del poder de las notabilidades locales, acusadas de haber dejado a las poblaciones libradas a sí mismas frente al ejército israelí. Trae aparejada, en la franja más radical de la Resistencia, una referencia fuerte a los movimientos guerrilleros de los años 1968: América del Sur, Cuba, Vietnam están muy presentes. El FPLP (Frente popular de liberación de la Palestina) apela al derrocamiento de los regímenes árabes cómplices del imperialismo.

Este análisis es ratificado por la instalación, luego de la *Naksa*, de regímenes cada vez más duros en los países vecinos, y por el fin de las experiencias democráticas y parlamentarias, pero también de las experiencias nacionalistas revolucionarias, en particular las experiencias arabistas de izquierda ligadas al nasserismo y destituidas por la derrota. En 1970, Hafez al-Assad se instala en el poder en Siria y reprocha a sus predecesores su idealismo revolucionario propalestino. En 1972 se adopta una nueva Constitución y el régimen se instala en una sabia mezcla de desarrollo económico, de control de las alianzas internacionales (fuertemente centradas en el lazo con Moscú) y de eliminación de toda forma de oposición.

En Irak, la guerra de 1967 desemboca también en un golpe de Estado. Pero es realizado en un contexto de protesta social fuerte, de tonalidad antiimperialista. El 17 de julio de 1968,

militares y baathistas se unen para tomar el poder. El Baath echa mano del país, con los dirigentes sunitas, la mayoría militares, que siguen sus pasos: eliminan toda forma de oposición (sobre todo a los nasseristas y comunistas) para tomar los puestos e instalar un régimen de terror. Sadam Husein toma las riendas por largo tiempo.

En todas partes en la región, la lucha palestina contraría el auge y la tranquilidad de regímenes en búsqueda de estabilidad. La solidaridad con Palestina, proclamada por todos los poderes establecidos, tropieza en la realidad con una situación en que los regímenes que se instalan deben establecer compromisos con Israel tras la derrota de 1967. Pero la contradicción más fuerte es aquella que se incrementa entre una lucha palestina antiimperialista y popular y regímenes cada vez más autocráticos. Palestina se convierte en el "problema palestino" (sobre todo el de los refugiados) y se transforma en una suerte de coartada antiimperialista para regímenes cada vez más sometidos al orden internacional y concentrados en la gestión de sus problemas de seguridad internos.

La monarquía jordana, en primera fila, debe hacer frente a la oposición creciente de los palestinos presentes en su suelo. Para ella, la cuestión palestina es una cuestión interna. Para los palestinos, "el rey Husein es un dirigente reaccionario, jefe de un Estado reaccionario y por lo tanto un obstáculo. Y para tener éxito en nuestra revolución, debemos suprimir ese obstáculo", como dice el líder del FPLP, George Habash, el 6 de septiembre de 1970, luego del desvío de cuatro aviones de línea a Amán. Al-Fatah y el FPLP consideran que pueden tomar el poder en Jordania porque los palestinos representan entonces cerca del 75 % de la población. Es en nombre de su lucha nacional como intentan derrocar el régimen, pero también en nombre de una revolución que supera el marco de la lucha palestina y apela a la liberación de los pueblos de la región de los regímenes reaccionarios establecidos.

A partir de entonces, la cuestión palestina se transforma en amenaza para las autocracias. Husein, el primero, está tomado entre dos fuegos, entre las negociaciones con los palestinos y aquellas llevadas a cabo con Israel a iniciativa del secretario de Estado norteamericano Rogers (plan Rogers*). El rey es el objetivo de un atentado el 1º de septiembre. El 6, el FPLP opera los cuatro desvíos. Los 125 occidentales tomados como rehenes en el marco de la operación son retenidos en un hotel y liberados el 10 de septiembre por el ejército jordano. El 12, los piratas del aire hacen explotar los aviones vacíos. El 17, el ejército jordano bombardea masivamente los campos de refugiados, arrasados tras diez días de bombardeo. Entre 5 000 y 10 000 palestinos pierden la vida durante el Septiembre negro. Las organizaciones palestinas deben entonces refugiarse en el Líbano. Sin embargo, el refugio libanés va a resultar igualmente peligroso para aquellos que, por su exilio, se convirtieron en los que llevan el desorden a la región.

Palestina como horizonte revolucionario. Algunas trayectorias de militantes

Hay que detenerse un instante en el período que va de las luchas por la independencia en los años cuarenta al inicio de los años setenta, que asistió a la instalación de una serie de regímenes autoritarios y liberticidas en la región. Ese momento es percibido hoy con una gran nostalgia –en todo caso hasta las recientes sublevaciones– como un tiempo en que la idea de revolución emancipadora estaba presente en la región [Dot-Pouillard, 2013]. Cuando los palestinos mismos eran echados de lugar en lugar, también eran apoyados por una simpatía popular inmensa que hacía de su causa la de todos los árabes.

La trayectoria de una mujer como Leila Khaled, ícono de la “revolución palestina”, es un ejemplo entre otros de las formas de

politización y de movilización desplegadas en estos decenios [Abu-Rish, 2011]. Ella puede ser vista como una de las terroristas que causan estragos en los años sesenta y setenta, en el origen del desvío de dos aviones (de los que solamente uno alcanzó su objetivo), pero también encarna una forma del compromiso revolucionario de la época, de la misma manera que el Che Guevara en América latina. La imagen de esta joven con su kufiya y su sonrisa adorna las paredes en forma de grafitis, y sus acciones, por su radicalidad y su índole extrañamente ingenua, llevan el signo de una generación. Así, Leila Khaled narra que era importante para ella pasar por encima de Haifa, su ciudad natal abandonada precipitadamente en 1948, cuando el 29 de agosto de 1969 desviaba el avión Los Ángeles/Tel Aviv de la TWA. En Damasco, los dos piratas del aire desembarcan a los 116 pasajeros y hacen estallar el aparato.

Ghassan Kanafani, escritor y periodista, también él refugiado en Líbano y luego en Siria en 1948, miembro fundador del FPLP, es otra de esas figuras. Con otros escritores como Mahmud Darwish, encarna la escritura de la lucha y del exilio, la de la emancipación en el combate. El cuento *Hombres en el sol*, relato del recorrido y el martirio de exiliados palestinos transportados en un camión cisterna a través del desierto, es una figura universal de la condición de los exiliados y migrantes. Kanafani no separa su trabajo de militante, de escritor y de periodista: todo está puesto al servicio de la causa palestina. También da muestras de historiador consagrándose sobre todo a la escritura de la historia de la Gran Revuelta de 1936-1939 (texto publicado en enero de 1972 en la revista *Shuun Filastiniyya* [Asuntos palestinos], nº 6). Allí insiste en la dimensión social de la revuelta y en el lugar de los obreros, y critica el papel desempeñado por las autoridades mandatarias, pero también por las notabilidades palestinas, particularmente los grandes propietarios terratenientes absentistas. Por último, allí critica el

abandono de los palestinos por los regímenes árabes. Cita al poeta de la revuelta Abu Salma, que escribe estos versos: “Ustedes que aprecian la revuelta de la patria contra la opresión inicua, liberen la patria de los reyes, libérenla de los títeres... / Yo pensaba que teníamos reyes capaces de conducir a hombres tras ellos, vergüenza debería darle a tales reyes si los reyes son tan viles. / Por Dios, sus coronas no son dignas de ser usadas como suelas, somos nosotros quienes protegeremos a la patria y curaremos sus heridas”.

La revuelta palestina, tanto en su figura revolucionaria de izquierda como en su encarnación islamista, largo tiempo esgrimida como la causa necesariamente común de los árabes unidos, se convierte en una amenaza para los regímenes establecidos [Seurat, 1988]. Si los palestinos se vuelven molestos, no es solamente porque se refugian en los territorios que los acogen a regañadientes e instalan allí a la vez sus campos y sus bases de retaguardia, sino también porque difunden discursos de emancipación y de llamados a la revuelta que son recibidos con ardor por los pueblos y relevados por los intelectuales árabes. Es al son de las canciones de Marcel Jalifa, músico maronita libanés, como los poemas de Darwish son cantados en toda la región y, en el recodo de los años ochenta, se convierten en los himnos ya nostálgicos de cierta izquierda árabe, ahora designada como el enemigo interno de los regímenes nacionalistas que en ocasiones había apoyado.

El Líbano en guerra civil (1975-1990)

Uno de los momentos más sobresalientes de la muerte de las ilusiones arabistas de la izquierda es realmente lo que se llama la

guerra civil libanesa. Mientras que en Siria, en Egipto, en Irak, en Jordania y en cualquier otra parte los movimientos de protesta surgidos de la izquierda son reprimidos más o menos fuertemente, el Líbano aparece como una tierra de acogida. Allí los diarios todavía florecen, como en el tiempo de la revolución de los Jóvenes Turcos. La vida política y cultural es intensa. Uno se cruza con los exiliados y artistas más famosos. Sin embargo, el Líbano ya conoció una primera guerra civil en 1958. Y es muy fuertemente conmocionada por la derrota de 1967, luego por la llegada del mando palestino en 1970. Los artistas más populares, como Fairuz y los hermanos Rahabani, que hasta entonces se destacaban por una forma de teatro cantado alrededor de temas históricos, se ponen a denunciar los regímenes burocráticos y la absurda sucesión de golpes de Estado en los países vecinos y en el Líbano.

La guerra civil, sin embargo, no es únicamente un asunto político ligado a las perturbaciones de la región. Está relacionada con los cambios sociales en curso, sobre todo con un éxodo rural masivo que hace que se encuentren en las ciudades y singularmente en Beirut poblaciones muy diversas cuya coexistencia no es asimilada de manera armoniosa por el tejido urbano. Las solidaridades pueblerinas y confesionales se reconstituyen poco a poco en la ciudad misma; con ellas, los miedos y los traumatismos heredados de los episodios de violencias confesionales pueblerinas y las prácticas de autodefensa [de Clerck, 2010]. El sistema confesional instalado también se fisura: los cristianos, hasta entonces primera confesión del Gran Líbano (según el único censo de 1932), pierden poco a poco su peso demográfico al tiempo que no ponen en juego su poder político. A partir de entonces, los musulmanes reivindican una redistribución de los puestos más de acuerdo con la nueva composición del país.

Cuadro 1. La composición confesional del Líbano según el censo de 1932 y las estimaciones en 1984

Confesión	1932	1932	1984	1984
	Población	%	Población	%
Chiitas	154 208	19,6	1 100 000	30,8
Sunitas	175 925	22,4	750 000	21
Drusos	53 047	6,8	200 000	5,6
Musulmanes	383 180	48,8	2 050 000	57,3
Maronitas	226 378	28,8	900 000	25,2
Griegos ortodoxos	76 522	9,7	250 000	7
Griegos católicos	45 999	5,9	150 000	4,2
Armenios ortodoxos	25 462	3,2		
Armenios católicos	5 694	0,7		
Armenios			175 000	4,9
Sirios ortodoxos	2 574	0,3		
Sirios católicos	2 675	0,3		
Otras Iglesias locales	528	0,1		
Protestantes	6 712	0,9		
Otros cristianos			50 000	1,4
Cristianos	392 544	50	1 525 000	42,7
Judíos	3 518	0,4	-	
Otros	6 301	0,8	-	
Población total	785 543	100	3 575 000	100

Fuente: Johnson [2001].

Como lo muestran las estimaciones efectuadas por Michael Johnson, las evoluciones en la distribución de las comunidades confesionales desde los años treinta y desde el Pacto nacional habrían justificado ampliamente una reevaluación del sistema político libanés, fundado en una atribución de las responsabilidades a las diferentes confesiones *en proporción* a su peso demográfico: a partir de 1984 los musulmanes se vuelven muy ampliamente mayoritarios (57,3 %); entre ellos los chiitas, poco presentes en los acuerdos del Pacto de 1943, pasan de menos del 20 % a más del

30 % de la población; los maronitas, primera confesión en 1932, no son más que 25 % detrás de los chiitas, en 1984. Este *aggiornamento*, peligroso por sí mismo y cuestionado por la llegada de los refugiados palestinos como por la aceleración de la emigración, nunca fue realizado.

La guerra civil libanesa debuta el 13 de abril de 1975 por un enfrentamiento entre cristianos libaneses y palestinos (ametrallamiento de un ómnibus que transportaba a militantes de la OLP cerca de la iglesia maronita de Ayn al-Rummaneh) y culmina el 13 de octubre de 1990 por la derrota del general Aoun ante el ejército sirio. Debuta con el “problema palestino” y culmina por una intervención siria. En consecuencia, es tanto una guerra regional como una guerra civil, hablando con propiedad. Los acontecimientos que la desatan se suceden muy rápidamente en la primavera de 1975. Mientras que falangistas cristianos libaneses y palestinos se enfrentan en Beirut y su suburbio, las milicias musulmanas y panárabes, sostenes de la Resistencia palestina, entran en escena en la forma del Movimiento nacional, enfrentando a aquellos que entonces se llaman el Frente libanés. Dos concepciones de la nación y del Estado se oponen y la cuestión palestina es la chispa. Los responsables políticos son muy rápidamente desbordados por la lógica miliciana que se instala en forma de un nuevo orden guerrero a comienzos de los años ochenta: recaudación de impuestos de guerra y reorganización de los servicios sociales. El Estado se vacía de su sentido, los territorios se estrechan y la población es atrapada poco a poco en las redes de ese sistema de control, de reconocimiento y de destrucción. Las fuerzas de los países vecinos y más lejanos ocupan su lugar en este nuevo juego. A partir de entonces, el Líbano se convierte en un terreno de experimentación de una violencia inaudita, cuyo número de víctimas es estimado en alrededor de 150 000 muertos, el doble de mutilados y 750 000 desplazados. Los diferentes episodios que acompañan estos quince años son bien conocidos, ponen en escena alianzas,

recomposiciones, retornos de fuego siempre sorprendentes si se los mira a vuelo de pájaro, pero cuya genealogía se encuentra en la influencia de las milicias, de las lógicas mafiosas y clientelistas presentes en cada uno de los campos y en la instrumentalización de ese vacío del Estado mediante políticas caóticas [Corm, 1986; Picard, 1993; Traboulsi, 2007].

El cuestionamiento sobre el conflicto libanés desborda su cronología oficial [Picard, 1996]. Desde los años 2000, el trabajo de investigación sobre este período se intensifica, apoyándose en la recolección de archivos orales y la reconstitución de los hechos. Oír las voces de los actores permite comprender mejor las lógicas de largo plazo que están presentes y poner al día los odios recíprocos, los fantasmas, el papel desempeñado por los rumores, las creencias y los prejuicios en la conflagración [de Clerck, 2010]. Así, para justificar su alianza con los israelíes, los cristianos maronitas insisten en la amenaza que hacían pesar sobre el país los “palestino-progresistas” [Eddé, 2010, p. 31, citando las Memorias de Joseph Abu-Khalil]. El peligro palestino es presentado por todos como un factor crucial de su radicalización, convirtiéndose finalmente los palestinos –ya estigmatizados por su tentativa de golpe en Jordania y mantenidos apartados de la ciudadanía y de la vida común en el Líbano [Sfeir, 2008]– en los responsables directos de la guerra del Líbano. En el corazón de la reconstrucción memorial de la guerra también encontramos las ambiciones y la intervención sirias, y la mayoría de las veces los debates de 1920 sobre la legitimidad de la separación del Gran Líbano y de Siria en sus fronteras estrechas vuelven a plantear las discusiones a este respecto. Precisamente sobre estos fundamentos externos luego se desarrolla un conflicto confesional, haciendo que se reúnan posiciones ideológicas y pertenencias comunitarias.

Los años ochenta y el ascenso del Islam político

Los movimientos islamistas no datan de los años ochenta. El movimiento de los Hermanos musulmanes nace en Egipto en 1928. Representa una de las caras de los múltiples movimientos árabes que emergen en las luchas anticoloniales. Es una de sus expresiones específicas, alimentada por una voluntad de unión de la nación musulmana (*umma*) tras la caída del Imperio otomano alrededor de la búsqueda de una forma de pureza original de la fe (*salafiyya**): retorno a los orígenes, revitalización del *ijtihad** y del estudio de los *hadith**, rechazo de la innovación y de la imitación (*tajdid*), rechazo de los excesos del sufismo y de las prácticas populares (sobre todo el culto de los santos), centralidad de la voluntad de unir a los musulmanes (*tawhid*). La reivindicación del califato árabe (el hecho de confiar la dirección del conjunto de los creyentes a un árabe) presente en el discurso de los reformadores como Rashid Rida desde los años diez, es una primera etapa de la teorización de un lazo entre política y religión. Los reformadores, en primer lugar esencialmente presentes en la escena intelectual, se convierten en actores de un espacio público concentrado en las ciudades, comenzando por El Cairo [Hamzah, 2013]. La toma del poder de los wahabitas en Arabia Saudita contribuye a dar una base a los movimientos islamistas, que no tardarán en dividirse alrededor de opciones políticas: formas del Estado, aplicación de la ley islámica, modalidades de adaptación, de aceptación y de rechazo de la modernidad, etc. Por último, es en el marco de la lucha contra el colonialismo europeo como el movimiento reformador musulmán se convierte realmente en un movimiento social de resistencia [Mervin, 2010].

¿Una cultura de la violencia en el Líbano y en la región?

El interrogante sobre la memoria del conflicto, que también nace de una preocupación cívica de reconciliación, trae aparejada una reflexión sobre el largo plazo y sobre los fundamentos antropológicos e históricos de la violencia comunitaria. Los trabajos de Michael Johnson [2001], de Michael Gilsenan [1996] o de Usama Makdisi [2000] marcaron las reflexiones. El primero, a partir de una crítica de sus propios trabajos, se interroga sobre la dimensión emocional del conflicto libanés, más allá de las cuestiones sociales y de las lógicas de las relaciones de fuerza presentes. Pone de manifiesto la tensión entre dos estructuras de poder, las de las clientelas económicas que se adaptan bastante mal al conflicto [Johnson, 1986] y de los sistemas de poder más difusos que también contribuyen a la estabilidad social. Este abordaje de los lazos y de las relaciones de poder permite impugnar el abordaje religioso o estrictamente confesional de la guerra mostrando cómo la cultura de la violencia ligada al honor y el feudalismo de sangre no es específica de las comunidades del Cercano Oriente, sino realmente una característica mediterránea de manera más amplia. El sistema político parlamentario libanés mismo está fundado en esas relaciones de fidelidad a los *zuama** (líderes) que aseguran empleos y lugares a cambio de una acción de mantenimiento de la solidaridad confesional de las elites. Este orden rígido es fragilizado por la pauperización de los inmigrantes palestinos y de los chiitas. Contrariamente a las ideas recibidas sobre el arcaísmo atribuido a las sociedades rurales o pueblerinas, también es particularmente cuestionado en el marco de una rápida urbanización: “La urbanización es el factor más importante al estimular la identidad tribal, comunitaria, confesional o, para utilizar un término más genérico, “¿étnica?”” [Johnson, 1986, p. 18]. La noción central es la del honor, garantizado, puesto en juego, sometido a rituales y a apreciaciones variadas, pero no

es unívoco puesto que debe ponerse en relación a la vez con la noción de respeto (honor vinculado con aquel que ejerce la violencia para conquistar un lugar de líder, *zaim** o *qabaday**), de vergüenza (registro moral) y de notabilidad (el honor es una propiedad natural de los señores).

Muy rápido, la caída del basamento estatal libanés permitió una transferencia de poder sobre esas solidaridades antiguas en las cuales la violencia desempeña un papel particular. Los qabaday encuentran en esto la ocasión de autonomizarse y de hacer reinar su orden. Ella permite explicar cómo se llega a actos de violencia cuyo alcance simbólico es la humillación del otro y no simplemente el ataque o la defensa frente al campo adverso. Las violaciones, mutilaciones y torturas se multiplicaron a medida que las reglas del honor (por ejemplo aquellas que exhortan a no agredir a las mujeres y los niños) fueron transgredidas.

A partir de la guerra civil libanesa, la cuestión de la especificidad de la violencia de Medio Oriente adquirió una importancia particular. Más tarde fue explorada a partir de la supuesta singularidad de las formas de martirios experimentadas durante la guerra Irán-Irak. Las formas extremas de sacrificios y de fanatismo contribuyeron a ligar la cuestión de la violencia con aquella de las religiones y de su enfrentamiento. Para Hamit Bozarslan [2008], los años ochenta hacen emerger en la violencia “el mártir, el muyahidín y el miliciano”. Esta tipología está asentada en la concepción de una serie de permutas entre movimientos revolucionarios cuyo combate antiimperialista está tomado en una lógica de guerrilla y de movimientos con fundamento religioso que galvanizan masas en una suerte de guerra-*hibris*. El abordaje mediante las estructuras sociales, los lazos de fidelidad y de clientelismo, la puesta en juego del poder y del honor permite dar a esa violencia extrema otros tipos de explicación y enlazar la explosión de violencia con factores sociales visibles: afluencia de los refugiados, liberalización económica, pauperización masiva

de los nuevos migrantes urbanos. También permite elucidar el recurso a la guerra del régimen de Sadam Husein, amenazado tanto por los suburbios chiitas contestatarios como por su vecino iraní. Lejos de limitarse a una visión culturalista de la violencia en el Mediterráneo, permite también comprender cómo los más desfavorecidos pudieron recurrir a formas más o menos organizadas de violencia cuando los Estados fracasaron en su deber de protección en nombre de intereses clánicos o clientelistas. Una parte del éxito de los movimientos islamistas en los años ochenta descansa en esta crítica de las lealtades profanas y de la corrupción de las elites árabes.

El movimiento de los Hermanos musulmanes, fundado por Hassan al-Banna en Egipto, no tarda en convertirse en el movimiento más importante en la región, con una voluntad real de formar una red árabe y musulmana. Los Hermanos se adueñan de la cuestión palestina, reclutan tropas de voluntarios para ir a combatir contra Israel y forman uno de los componentes de la solidaridad árabe sobre el terreno. En el contexto de la instalación de los regímenes arabistas, de fuerte connotación modernista y secular, toman la palabra (y a veces las armas) para impugnar a los poderes establecidos y son ferozmente reprimidos (ahorcamiento del líder de los Hermanos egipcios Sayyid Qutb en 1964). Esta oposición adopta un giro todavía más violento y encuentra una legitimidad más fuerte con la derrota de 1967. Los islamistas acusan entonces a los regímenes establecidos de debilidad, de colaboración, de derrotismo. La política de represión a su respecto se intensifica todavía, pero ganan terreno, sobre todo en los sectores populares involucrados por la crisis multiforme.

La década de 1970 está salpicada de confrontaciones y los regímenes autoritarios ejercen su represión contra la extrema izquierda crítica y los islamistas a la vez para erradicar toda oposición. El mismo argumento se desarrolla en Siria, en Jordania, en Irak;

el movimiento palestino mismo, si bien sigue siendo pluralista, ve radicalizarse las posiciones entre Fatah (OLP), MNA (Movimiento nacionalista árabe) luego FPLP y la rama islamista, Hamas.

Los años ochenta asisten a la diversificación y la consolidación de las opciones islamistas, tanto en Egipto como en todas partes. Arabia Saudita utiliza sus considerables recursos ligados a la renta petrolera para desarrollar una política de apoyo a los movimientos de inspiración wahabita, de ayuda a la construcción de mezquitas, etc. Por su parte, los chiitas están galvanizados por el éxito de la revolución islámica en Irán a partir de 1979.

Un episodio da la pauta de esta exaltación cuando en noviembre de 1979 la mezquita de La Meca, santuario mantenido por los sunitas wahabitas, es ocupada por un grupo de chiitas; el sitio dura quince días y todos los insurrectos son ejecutados. Los chiitas sauditas se rebelan esporádicamente al calor de la revolución iraní: son inmediatamente reprimidos y estas acciones dan por resultado una veintena de muertos.

Palestinos “del interior” / Palestinos “del exterior”

La deambulación del mando de la Resistencia palestina contribuye a dividirla. Desde 1970, la partida de Jordania acarrea fuertes impugnaciones en su seno: acciones inciertas como la toma de rehenes de los atletas israelíes en Múnich por el grupo denominado Septiembre negro; asesinato de tres dirigentes en la noche del 9 al 10 de abril de 1973 en Beirut, asesinato del novelista y periodista Ghassan Kanafani... Las zonas de sombra son numerosas y la situación muy confusa. Algunas acciones son piloteadas por el Mossad, otras tienen que ver con ajustes de cuentas internos. El compromiso de la Resistencia en los asuntos internos de los países vecinos y sus lazos con las antiguas notabilidades transregionales la debilitan. Pero la guerra de 1982 en el Líbano acarrea un giro mayor: Arafat debe flexibilizar su línea política

frente al fracaso de la guerra popular. Está aislado en su elección de proseguir la vía diplomática, en particular después de las masacres de Sabra y de Chatila*, que exacerban la furia de los palestinos de los campos, mientras que la dirección debe instalarse en Túnez. Arafat y 4000 de sus partidarios abandonan Trípoli el 21 de diciembre de 1983 dejando a sus espaldas un campo en ruinas y bajo escolta europea, tras haber sido directamente amenazados por su oposición.

Mientras tanto, la Resistencia palestina cambia de rostro y se encarna en nuevos actores, en el interior de los campos, pero sobre todo en el interior de lo que desde entonces se llama los territorios ocupados. La población palestina de Cisjordania creció de manera impresionante desde 1967 (+ 75 %); los palestinos de Jerusalén son dos veces más numerosos en 1983 que en 1967. En el seno de esta población se desprende una nueva elite, surgida de las clases medias, elegida localmente. Es también sobre el terreno donde tienen un ascenso espectacular las fuerzas islamistas, muy presentes en los campus universitarios. Estas organizaciones, sobre todo la Yihad islámica, se convierten en la punta de lanza de la resistencia y del combate contra la presencia del ejército israelí y contra la colonización.

Medio Oriente, tierra de migraciones

Los movimientos de poblaciones en la región son muy numerosos a lo largo de todo el siglo. Si el Líbano hace las veces de país de diáspora desde fines del siglo XIX, otros movimientos están ligados a los dibujos de las fronteras, a los conflictos y a las guerras que agitaron todo el siglo XX: ya se habló de los armenios huyendo de las masacres. Los kurdos también conocieron desplazamientos e instalaciones sucesivas en la región, a partir del desarrollo de políticas estrictamente nacionalistas

en Turquía (desde los años veinte), en Irak (en particular a partir de los años ochenta) y, en menor medida, en Siria. Estos desplazamientos están ligados al primer conflicto mundial y a su resolución sobre el terreno del Cercano Oriente. A esto se puede añadir el desplazamiento del gobierno árabe con el hachemita Faysal a su cabeza que, tras la firma del Tratado de Versalles, se desplaza de Damasco a Bagdad. A continuación, intelectuales, consejeros y combatientes se instalan a la cabeza del Estado iraquí por algunos decenios.

El otro movimiento masivo de población es aquel operado por las *aliá* sucesivas de judíos hacia Palestina. En un primer tiempo, los movimientos sionistas son bastante poco importantes, pero se incrementan considerablemente después de la declaración Balfour (1917) y con la política antisemita nazi a partir de mediados de los años treinta.

Cuadro 2. Poblaciones palestina y judía (en miles) bajo el mandato británico

Año	Palestinos	Judíos	Total	% de judíos
1922	668	84	752	11,2
1931	858	175	1 033	16,9
1937	997	386	1 383	27,9
1945	1 238	608	1 846	32,9
1947	1 305	650	1 955	33,2

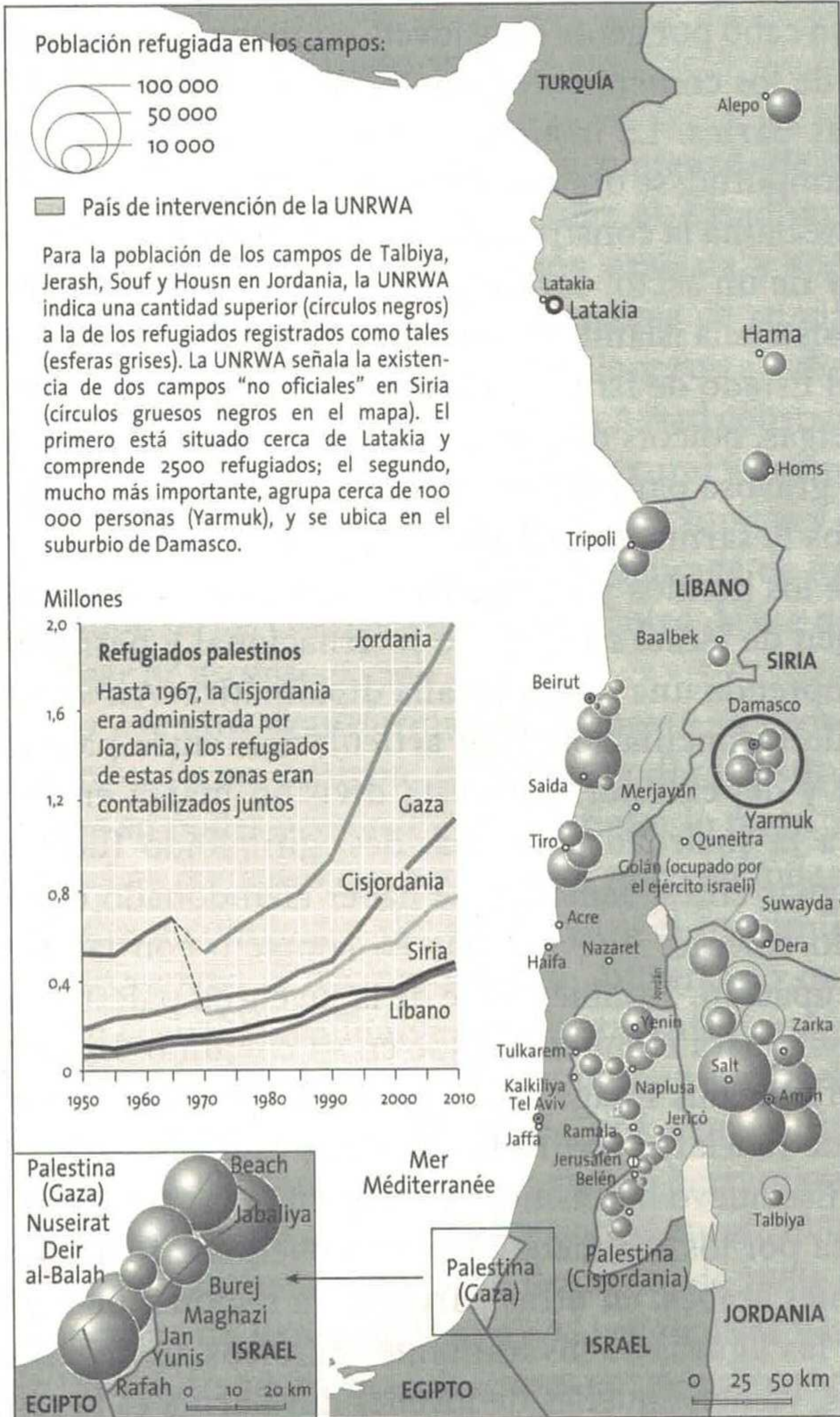
Fuentes: 1922 y 1931: censos; 1937: estimación; 1945: encuesta anglo-norteamericana; 1947: proyección, según MidEast Web: "Population of Ottoman and mandate Palestine prior to 1948", www.mideastweb.org/palpop.htm; elaborado por Y. Courbage, 2008.

Con el conflicto en el Líbano, los años setenta y ochenta asisten al aumento de los flujos de migraciones fuera de la región. Los libaneses se apoyan en su antigua emigración para huir –cuando

tienen la posibilidad de hacerlo— de los horrores de la guerra que se intensifica en el recodo de los años ochenta y después de la invasión israelí de 1982. Cerca de un millón de libaneses (sobre una población local de alrededor de 3 millones de habitantes, y una diáspora poco más o menos equivalente) abandonaron el país después de 1975, en primer lugar para ponerse a resguardo, luego para instalarse de manera más definitiva, “rediasporizarse”, según la expresión de Georges Corm [1983]. En la actualidad, los tres cuartos de los libaneses en la diáspora están instalados en América (del Norte y del Sur), 30 % de los cuales en Estados Unidos, 15 % en Argentina, 10 % en Brasil. El resto se reparte entre entre África, Australia y Europa.

La diáspora palestina, por su parte, no deja de crecer en el mismo seno del Cercano y Medio Oriente, en el interior de las fronteras de la Palestina mandataria y en el exterior. La vida de los refugiados se instala en la duración, y los nombres de los campos como Yenín (Cisjordania), Yarmuk (Siria), Jan Yunis (Gaza), Nahr al-Bared (Trípoli, Líbano), Chatila (Beirut, Líbano) y tantos otros se vuelven familiares, lugares de vida y a veces verdaderas ciudades.

Mapa 2. Los campos de refugiados palestinos en el Medio Oriente en 2010



Fuente: Philippe Rekacewicz, visionscarto.net.
Mapa publicado a partir de los datos de la UNRWA

El 9 de diciembre de 1987 se desencadena la Intifada (sublevación) después de un accidente trivial entre un camión israelí y un taxi palestino en la Franja de Gaza. La guerra de las piedras, llevada a cabo por gente muy joven, comienza y se articula con la huelga de los comerciantes, con barricadas levantadas un poco en todas partes. La insurrección se instala rápidamente y adquiere amplitud; se organiza alrededor de una dirección unificada que reclama la construcción de un Estado palestino independiente y de un sector radical, islamista, el Hamas (Movimiento de la resistencia islámica), que llama a la lucha hasta la desaparición del Estado de Israel. La acción combinada de hostigamientos, huelgas, boicots diversos, negativas a pagar los impuestos... es muy gravosa para el Estado israelí. Más aún, las imágenes de los niños desarmados tirando piedras a los soldados, con la letanía de los heridos y los muertos, empañan considerablemente la imagen de Israel en el plano internacional y permiten que la OLP emprenda una nueva batalla diplomática. Así se opera una forma de reconciliación y de articulación entre palestinos del interior y del exterior. Pero esta división marca en forma duradera a la sociedad palestina, deslegitimando fuertemente a las antiguas elites, acusadas de haber abandonado el terreno, y haciendo emerger nuevas, más en contacto con las realidades de la ocupación. También hace de la juventud palestina un nuevo símbolo para el mundo árabe en su conjunto. La Intifada de 1987 difunde sus imágenes de guerrilla, propaga el sentimiento de que rebelarse contra la injusticia está al alcance de cualquiera. Ese nuevo heroísmo, exaltado en todas partes de manera pomposa por los regímenes, es experimentado fuertemente por los jóvenes árabes, en otras partes en la región y más allá. Después de las figuras de los militantes heroicos, politizados, identificados, vienen aquellas de jóvenes cuya arma es la resistencia cotidiana y que llegan a doblegar a soldados súper armados. La Intifada es la figura de la juventud rebelada, que al año siguiente

se encontrará en Cabilia, y después en otras partes, mucho más tarde. Las imágenes forjan por largo tiempo las referencias de la revuelta y, en un sentido, de la libertad.

Siria: el manejo autoritario (1980-1982)

La crisis mayor que vive el régimen sirio a comienzos de los años ochenta acompaña la instalación por Hafez al-Assad de un régimen autoritario con fuerte connotación arabista y socialista, concentrando cada vez más el poder en manos de su clan más estrecho: los alauitas de la región de Latakia y sus aliados sunitas de los márgenes orientales (Deir ez-Zor). Assad construye una oposición cada vez más fuerte entre una Siria rural y campesina a la que protege contra una Siria de notabilidades sunitas y cristianas, burguesía surgida del mundo otomano acusada de todos los males. El mundo de los cuarteles está en el centro de ese discurso en cuanto lugar de ascenso social.

Al operar ese giro, transforma radicalmente su propio partido. Éste, en su forma antigua, en efecto podía constituir una amenaza para su poder personal y familiar: por lo tanto, lo pone a su servicio. Las revueltas que estallan un poco en todas partes en las ciudades a comienzos del año 1980 y el movimiento de huelga que acompaña el décimo séptimo aniversario de la “revolución” –en el cual los militantes baathistas mismos desempeñan un papel no desdeñable– son la ocasión que aprovecha para reestructurar el partido bajo la tutela de su hermano Rifaat. A partir de entonces, el Baath se convierte en una herramienta para reforzar el “instrumento coercitivo interior” [Seurat, 1988, reed. 2012, p. 29]. Las manifestaciones del 8 de marzo de 1980, de Alepo en la primavera de 1980 y de Hama en abril de 1981 y luego en febrero de 1982, forman un ciclo de impugnaciones masivas cuya represión ultraviolenta desemboca en aplastar el poder de las elites urbanas, sobre todo sunitas. La insurrección de Hama, lejos

de ser una revuelta pacífica, convoca, en espejo de la retórica revolucionaria baathista, un discurso guerrero que apela al derrocamiento del régimen “infidel” y a la instalación de un nuevo califato [Benkorich, 2012]. Pero si la confrontación política se presenta como una guerra entre el régimen y los Hermanos musulmanes, la movilización supera ampliamente a los cuadros del partido islamista y su represión hace de la ciudad de Hama una ciudad mártir: luego de veintisiete días de sitio, la ciudad es en parte arrasada, oscilando el número de muertos, según las fuentes, entre 10 000 y 30 000. La violencia extrema de los agentes del poder, al igual que la determinación de los grupos salafistas en el marco del sitio y luego de la destrucción de la ciudad, están establecidas. La escalada de la violencia entre el régimen y su oposición puede leerse a todo lo largo de los años 1980-1983. Así, cuando las fracciones radicales islamistas intentan asesinar a Hafez al-Assad, los ejecutados en la siniestra prisión de Palmira son 650 militantes de los Hermanos. Con Alepo primero, luego Hama, lo que se entabla es una guerra del Estado contra la sociedad.

Después de 1982, la sociedad siria vive bajo el estado de urgencia reforzado (es establecido de manera continua desde la toma del poder del Baath en 1963) y en un sistema de control de cada una de las esferas de sociabilidad. El poder de los Assad y de su clan, todavía revestido del ropaje baathista, pero de manera muy accesoria [Burgat y Paoli, 2013], se convierte en un poder absoluto que posee la fuerza de la arbitrariedad: la oposición, tanto de izquierda como de derecha, es mantenida en la tensión del exilio, del encierro (en condiciones incesantemente denunciadas por las organizaciones internacionales) y de la sorda amenaza. El conjunto de la población es dividida en zonas por los múltiples servicios de seguridad, que serían diecisiete en 2010, que vigilan a todo el mundo y, sobre todo, se vigilan entre ellos [Vignal, 2012].

Jordania: ¿una monarquía tan apacible?

Jordania, después de septiembre de 1970, parece desaparecer de los radares. ¿Qué ocurre, pues, en ese país que asume poco a poco el lugar del Líbano como la “Suiza del Medio Oriente”? Los negocios florecen, las tensiones sociales no parecen sobresalientes. En efecto, el país aprovecha con bastante holgura los cambios que afectan a los intercambios y las circulaciones en la región. Una nueva polarización, más vuelta hacia el Golfo, así como los conflictos que paralizan a otros países vecinos (sobre todo la larga guerra Irán-Irak) dan a la Jordania de los años ochenta una nueva posición de punto de confluencia.

De esto se convierte en una especie de laboratorio para la emergencia de una sociedad civil en parte estructurada alrededor de los problemas de la región. El rey Husein, y luego el rey Abdalá II, construyen la imagen de un régimen más flexible, reformista, capaz de escuchar reivindicaciones surgidas de una coalición bastante amplia de ONG y de representantes de comunidades organizadas. En esto se juega una “ONG-ización” de la cuestión social, sobre todo alrededor de los palestinos y las palestinas [Latte-Abdallah, 2010], que se exporta también a los territorios ocupados donde la asunción por las agencias de la ONU (sobre todo la UNRWA), al instalarse en la duración, termina por engendrar una forma de puesta en conformidad de las asociaciones y de los modos de agrupamientos ciudadanos. Así, la dimensión militante, en particular social, tiende a borrarse detrás de las cuestiones de *empowerment* más neutras y se privilegia un discurso en términos de generaciones, de sexos más que en términos de grupos sociales.

El feminismo está muy expuesto a estas transformaciones. Primero puesto al servicio de los ideales nacionales árabes, muy pronto resulta anexado por los diferentes partidos y es trabajado en los años setenta por las mismas lógicas que el conjunto de los

movimientos sociales. Las mujeres árabes, muy adelantadas en los combates feministas a comienzos del siglo y en el período de entreguerras (*cf.* recuadro “La cuestión del velo”, p. 45), fueron luego con mucha frecuencia marginadas. No obstante, algunas figuras emergen en el marco de las luchas nacionales, como Leila Khaled, de la que ya hablamos, pero son excepciones. Las mujeres militantes entran de lleno en la acción militar después de 1967; están muy presentes en los movimientos de huelga, las manifestaciones y todas las formas de desobediencia frente a la ocupación.

La lógica reformista y liberal que guía las transformaciones políticas en Jordania desde los años noventa y sobre todo desde el acceso al poder de Abdalá II consiste en operar cambios económicos, respondiendo mejor a las exigencias de ortodoxia impuestas por el Fondo Monetario Internacional, y en consecuencia cuestionando las garantías de protección dadas a la población, al tiempo que mantienen el basamento del régimen que cada vez más descansa en una adhesión simbólica al rey. Las movilizaciones de 2011, sostenidas por la ola revolucionaria nacida en Túnez, mostraron que ese equilibrio era precario y que ocultaba mal las tensiones sociales. Así, la política de despidos masivos en el sector público llevada a cabo en 2011 es tanto peor vista cuanto que ocurre en el momento en que se revelan enormes escándalos de corrupción [Ronsin, 2013].

Mujeres militantes en Palestina, ¿nuevos caminos?

En los años noventa, las movilizaciones de las mujeres se diversificaron en Palestina y en Israel: nacimiento de los movimientos por la paz o radicalización de los feminismos islámicos. Durante la represión de la segunda Intifada se ve por primera vez a mujeres que se lanzan en operaciones suicidas que dejan su sello en las memorias. Hasta entonces, las mujeres árabes habían encarnado

la resistencia al ocupante a través de figuras icónicas o por su resistencia cotidiana. Eran celebradas por los movimientos nacionales como las guardianas de la tradición. Sin embargo, ya están muy presentes en los movimientos políticos y con mucha frecuencia son encarceladas en las prisiones israelíes. Los trabajos conducidos por Stéphanie Latte-Abdallah [2013] muestran hasta qué punto esas mujeres se ven conducidas a negar la violencia que se ejerce sobre ellas, en primer lugar por su voluntad de resistir, luego para no herir a la sociedad palestina y a sus tabúes referentes al cuerpo femenino. La experiencia carcelaria, al volverse algo corriente, permite sin embargo hacer emerger esas cuestiones. Las antiguas detenidas se organizan para tejer redes de solidaridad y para dar un sentido a su experiencia. El pasaje por la prisión puede entonces ser interpretado como portador de transformaciones de las relaciones de género.

El nacimiento de los movimientos femeninos por la paz debe interpretarse en un contexto doblemente problemático: conflicto palestino-israelí y lucha por los derechos de las mujeres. Valérie Pouzol [2008] muestra que las mujeres fueron instrumentalizadas de ambos lados como agentes pasivos de la lucha. Algunas de ellas se liberan entonces de las asignaciones identitarias impuestas por la lucha nacionalista. Gracias a la primera Intifada eclosionan varios movimientos de mujeres. Después de una fase de estancamiento se renuevan con la irrupción de la Intifada al-Aqsa* (2000). Son diversos por lo que respecta a sus motivaciones, sus métodos y sus objetivos. Entre la identidad subversiva elaborada por las Mujeres de negro, el proceder de las madres de soldados, que se ubican claramente en el interior del consenso israelí, el grupo de mujeres religiosas que enuncian los valores del judaísmo sobre el respeto de la vida o incluso aquel que se sitúa en la frontera observando las actuaciones de los soldados en los *checkpoints*, los posicionamientos divergen. Todos estos movimientos se caracterizan por la tensión entre lucha feminista

y militantismo por la paz. La dificultad reside sobre todo en el hecho de operar una síntesis entre las dimensiones internas y externas de sus acciones. La impugnación se ubica en el seno de su propia sociedad y acapara energías necesarias para recorrer el camino hacia el otro. Por otra parte, la intervención de actores extranjeros a manera de mediadores a menudo es necesaria para (re)activar encuentros entre mujeres israelíes y palestinas.

Irak, una sociedad bajo vigilancia

Sadam Husein, convertido desde el verano de 1979 en el jefe único del país al acumular las funciones de presidente de la República, jefe del Baath, jefe del Consejo de mando de la revolución y comandante en jefe de las fuerzas armadas, debe hacer frente a la fuerza de los movimientos políticos y sociales chiitas en su territorio. Husein elimina brutalmente a los oponentes en el seno del Baath inmediatamente después de su toma del poder absoluto y disuelve el Partido comunista. Al mismo tiempo expulsa a los chiitas de origen iraní desde el desencadenamiento de la revolución iraní y hace desaparecer al líder religioso al-Sadr, descendiente de un linaje prestigioso, luego a una parte del clero, y pone a los lugares santos bajo vigilancia policial permanente.

La sociedad iraquí, llevada en los primeros tiempos del acceso al poder del Baath por un impulso nacionalista árabe y una política voluntarista de desarrollo con carácter social, se ve transportada en tres lógicas complementarias: la separación confesional ostentada, con el acaparamiento de las funciones dirigentes por la parentela sunita de Sadam, es decir, la población de la región de Takrit; la lógica policial y securitaria, que pone en manos de los servicios secretos la vigilancia de todos; la lógica guerrera, que supuestamente va a galvanizar el impulso popular en una dinámica cada vez más mortífera.

La guerra Irán-Irak, la Qadisiyya de Sadam (alusión a la batalla de Cadesia que opone a los musulmanes árabes y a los persas en 636), dura más de ocho años. Ella sirve de soporte a la propaganda belicosa para el jefe de los ejércitos que visita y muestra a sus visitantes las trincheras donde irán a morir más de 200 000 iraquíes (y alrededor del doble por el lado iraní). También rubrica un primer giro en la política laica del nacionalismo baathista. La guerra, como aquella que oponía a los compañeros del Profeta a la Persia impía, se convierte en una guerra religiosa en la cual Sadam encuentra nuevos aliados entre los wahabitas saudíes. La utilización de armas químicas (gas mostaza, en particular) contra los beligerantes iraníes, pero también contra las poblaciones kurdas cerca de la frontera, completa el cuadro de los horrores de este conflicto cuyo desenlace, desde el punto de vista territorial, es completamente nulo.

La masacre de cerca de 180 000 kurdos –por ataques que combinan bombardeos aéreos, ofensivas terrestres, destrucciones sistemáticas de viviendas, utilización masiva de gases tóxicos, deportaciones y encierros entre febrero y septiembre de 1988, cuyo episodio más destacado es el bombardeo de la ciudad de Halabja el 16 de marzo– es el punto culminante de la política de aniquilación llevada a cabo por Sadam Husein, bajo la conducción de Ali Hassan al-Majid (apodado “el Químico”), nombrado gobernador de la región para poner fin al “problema kurdo”. Así se define progresivamente una visión confesional y étnica del país por la puesta de manifiesto de enemigos a quienes se designa por su pertenencia religiosa o su etnicidad. Sin embargo, en verdad más bien se trata de opositores políticos los que enfrenta Sadam a partir de su base esencialmente familiar (y no ya más ampliamente sunita ni baathista).

El equilibrio sobre el cual construyó su poder radica en el terror, pero también en la estabilidad garantizada por la renta petrolera. Ella es la que le permitió fidelizar a una gran parte de la

sociedad iraquí, más allá de su clan. Se trata en particular de los funcionarios y de la clase media. Ahora bien, son precisamente esas categorías sociales las que son desestabilizadas y amenazadas por el establecimiento de las sanciones económicas después de 1991 [Al-Rachid, 2010]. La hiperinflación que entonces se instala los afecta de lleno y muchos asalariados se ven llevados a acumular varios empleos para llegar a fin de mes o abandonar el país. Otros aprovechan la situación desarrollando tráficos de todo tipo (sobre todo contrabando petrolero): las diferencias de riqueza y las tensiones sociales se incrementan considerablemente.

A partir de entonces, si 1991 es un giro crucial para la sociedad iraquí, es en gran parte a causa de la ofensiva llevada a cabo por la coalición y de las sanciones que la siguieron, pero por fuerza se debe comprobar que esta guerra también permitió la emergencia de movimientos de protesta. Es el año de la primera Intifada, que asiste a movilizaciones masivas en las regiones septentrionales y meridionales del país. La sublevación es aplastada y ahogada en sangre en algunas semanas. Sin embargo, prepara el terreno de la segunda Intifada, que comienza algunos años más tarde, inmediatamente después del asesinato en Najaf del ayatola Mohamed Sadeq al-Sadr. Este último fue primero un aliado del régimen, y acompañó en 1994 el giro de la “campaña nacional por la fe”. La bandera nacional se adorna en adelante con la *Fatiha* (surata de apertura del Corán), y figuras como al-Sadr son utilizadas para revestir de una legitimidad religiosa al régimen baathista. Al-Sadr aprovecha esta apertura para iniciar una movilización: los estudiantes afluyen, están dispuestos a combatir, las prédicas circulan en el país y son difundidas con amplitud. Cuando es asesinado en 1999, el país se incendia.

V

El retorno del pueblo (desde 1991 hasta hoy)

En el momento de concluir el sobrevuelo de un siglo en esta región turbulenta, es preciso recordar el grito oído en las calles de la región en 2011 y que sigue resonando tan fuerte a pesar de la sangre que no deja de correr. “El pueblo quiere la caída del sistema”: el término *nidham*, que se traduce aquí por “sistema”, pero que se podría traducir por “orden” o por “régimen”, dice claramente la dimensión total tomada por los poderes establecidos frente a un pueblo que sólo puede tener la esperanza de hacerlo caer, y no simplemente reformarlo. Espero haber contribuido a tornar más legible esa demanda radical (en el sentido de “actuar en la raíz”). La desaparición del pueblo, ampliamente acompañada por la visión dada del exterior de una calle árabe inquietante y fanatizada, es organizada durante decenios por regímenes que no son solamente autoritarios o incluso arbitrarios, sino que construyen poco a poco una forma política que apunta a agarrar en la trampa al pueblo mismo. Ya sea en la guerra, el conflicto civil o el éxodo forzado, los pueblos del Cercano Oriente están incesantemente tomados en lógicas de supervivencia y de defensa que les impiden volver a acceder a una expresión política propia.

El miedo, el que se descargó en 2011, no es el único obstáculo a la emergencia. No es más que uno de sus elementos, incesantemente derramado por las *intifadas* regulares, a pedradas, gritos, atentados.

Los años 1990-2010, si bien no asistieron a reales cambios de régimen, fueron marcados por el desarrollo de movimientos de protesta surgidos de la sociedad que prepararon el terreno para la emergencia de una nueva expresión popular. Si no siempre es posible considerarlos como los precursores de los movimientos revolucionarios de 2011, aparecen no obstante como nuevos movimientos sociales que en todas partes operan lazos inéditos entre corrientes políticas, entre generaciones militantes. Son movimientos cuya dimensión cultural, concebida como un medio de soslayar la represión, pero también y sobre todo popularizar la revuelta, es importante. Ellos se insertan por otra parte en una globalización de las luchas que utiliza la nueva geografía y la nueva circulación inducida por las migraciones hacia el Golfo, la instalación masiva de las cadenas satelitales árabes, e Internet (sobre todo a partir de 2005). Estos movimientos están hoy en el centro de todas las atenciones teóricas: si algunos los analizan como no-movimientos sociales [Bayat, 2009], otros consideran que las movilizaciones tradicionales –sindicales, asociativas– son el basamento del despertar de los pueblos árabes en 2011 [Beinin y Vairel, 2011; Achcar, 2013]. Estos debates no están en la actualidad zanjados, pero parecería que deben elaborarse nuevos instrumentos de análisis para comprender la emergencia de movimientos contestatarios fuertes en contextos de represión severa y de aparente apatía política [Allal y Pierret, 2013].

Observar los movimientos y sus transformaciones en los años 1990-2000 permite encarar algunas hipótesis.

Oslo y después: las sociedades palestina e israelí entre dos fuegos

La negociación y luego la firma de los acuerdos de Oslo en 1993 señalaron un giro importante en la situación de los territorios palestinos, en adelante confiados a la Autoridad palestina (bajo

vigilancia). El retorno de Yasir Arafat a Ramala constituyó un momento simbólico, así como el famoso apretón de manos intercambiado con Isaac Rabin. Sin embargo, los acuerdos de Oslo dejan en suspenso dos cuestiones fundamentales: el retorno de los refugiados –elemento “olvidado” del conjunto de las negociaciones–, y la cuestión de las colonias israelíes. De entrada, la apariencia de resolución diplomática de las crisis palestino-israelíes revela múltiples tensiones nuevas ligadas a la situación de hecho de ocupación de los territorios confiados a la Autoridad palestina. La organización de elecciones en 1996 que dan la mayoría al movimiento islamista Hamas y provocan un endurecimiento de la política internacional frente a territorios que están bajo autoridad palestina, la serie de atentados en las ciudades israelíes a partir de 1993 y luego nuevamente con el inicio de la Intifada al-Aqsa en 2000, la operación “Viñas de ira” contra las posiciones del Hezbolá en el Líbano en 1996, la operación “Murallas” en 2002, la operación “Justa Retribución”, renombrada “Cambio de dirección” en el Líbano en 2006, “Plomo endurecido”, el ataque militar de Gaza al terminar 2008 (tras la retirada militar y el desmantelamiento de las colonias efectuados en 2005)... todo eso muestra una instalación de la guerra en el paisaje israelí, que se ejerce principalmente en los territorios palestinos. La asimetría de los medios puestos en práctica sobresale en el espacio a partir de 2002 con la construcción de la barrera de separación israelí, consistente en muchos sitios en un muro de 8 metros de alto, que se extiende a lo largo de más de 700 kilómetros e incluye numerosas colonias israelíes de Cisjordania. La instalación de zonas francas a lo largo de esta frontera y el refuerzo de los controles en *checkpoints* en adelante confiados a empresas privadas [Havkin, 2008] vienen a completar esta inscripción en el espacio de la segregación “con un objetivo securitario”, pero en realidad muy ampliamente dominada por la gestión de intereses económicos bien comprendidos. Porque la separación, más que poner

fin a la ocupación, de manera radical y unilateral, sin perjuicio de anexar algunos porcentajes de tierras palestinas, más que insertarse en una transición hacia la constitución de dos Estados separados, reacondiciona y familiariza el control israelí sobre los territorios ocupados organizando en el largo plazo el sistema de dominación instituido. Comprender los conflictos en curso en la región es entonces abandonar el cuestionamiento estrictamente territorial para interrogarse sobre la “asimetría de las prácticas del espacio”, el hecho de que algunos puedan franquearlo y otros no [Latte-Abdallah y Parizot, 2011].

Es esta asimetría de las movilidades la que también explica que los territorios palestinos sean el sitio de un dominio cada vez más fuerte por las elites económicas, que se distingue concretamente en los territorios. El ejemplo más elocuente de esta normalización de la Cisjordania es el recorrido de Salam Fayyad, ministro de Finanzas y luego Primer ministro palestino entre 2002 y 2011. Este economista, que pasó por el Banco mundial y el Fondo Monetario Internacional, establece un plan de desarrollo económico fundado en prendas de “buena conducta” dadas a la comunidad internacional para explotar los flujos de la ayuda internacional que se abonan cada año. El símbolo de esta transformación es con seguridad Ramala, la ciudad donde “los posters a la gloria de los mártires de la Intifada han desaparecido” [Barthe, 2011], donde se yerguen zonas residenciales lujosas, bares de moda, y donde se celebran festivales de arte contemporáneo. Los artistas son patrocinados por fundaciones financiadas por financistas internacionales, europeos y occidentales, y por aportes de palestinos que hicieron fortuna en la diáspora (a menudo en el golfo Pérsico). Así, el acontecimiento estelar del año es el YAYA (Young Artist of the Year Award), que se celebra desde 2000 a iniciativa de la fundación Qattan y que reúne a jóvenes artistas palestinos procedentes de todo el mundo. El festival que acompaña la entrega del premio tomó el nombre de

un lugar simbólico de la ocupación, Qalandiya International, en referencia al pueblo y al campo de refugiados que “alberga” hoy el principal *checkpoint* entre los territorios ocupados y Jerusalén. Las críticas y resistencias políticas fuertes que expresan la mayoría del tiempo los artistas son tomadas en una nueva lógica curatorial y les permiten acceder al mercado internacional del arte y a sus residencias, la mayoría de las veces en Europa [Slitine, 2013]. A este liberalismo económico por goteo hay que añadirle una cooperación reforzada en las cuestiones de seguridad, que desemboca en una nueva articulación entre las fuerzas armadas israelíes y las fuerzas de seguridad palestinas de Cisjordania, bajo patronazgo europeo (EUPOL COPPS, esto es, EU Coordinating Office for Palestinian Police Support). Bajo la presidencia de Fayyad, la reforma del sector de la seguridad absorbió el 31 % del presupuesto anual de la Autoridad palestina, más que la salud, la educación y la agricultura juntas [Dana, 2014]. La reunión de la política de encierro y de desarrollo forma la nueva cara del conjunto palestino-israelí. Y si las voluntades de emancipación y los débiles movimientos de protesta de ambos lados del muro parecen ser un calco uno de otro, es en verdad porque comparten un sentimiento común de abandono. En Palestina, la juventud hace frente a las humillaciones y las violencias de los soldados y colonos israelíes, pero también es confrontada cada vez más con la violencia de sus elites.

La sociedad israelí se transforma durante las décadas 1990-2000. Los grandes movimientos por la paz se agotaron y perdieron su potencia, por un lado con la firma de los acuerdos de Oslo y, por el otro, con el impacto del ascenso de los “halcones” (a la dura de la administración Bush), el asesinato de Rabin, la prosecución de campañas ofensivas como la guerra en el Líbano en 2006 o las “operaciones” en los territorios. Movimientos más o menos poderosos marcan este período. Emerge una impugnación fuerte de las operaciones militares ligadas a la ocupación y, aunque

estos movimientos sean minoritarios, constituyen una crítica interna de la ideología securitaria que anima al Estado israelí: con el movimiento de las Mujeres de negro, en la continuación del impulso pacifista de Shalom-Paz, emerge un movimiento de refuzniks, soldados desertores. El trabajo sobre “lo que hace la ocupación a la sociedad israelí” prosigue con la asociación Breaking the Silence, que recoge los testimonios de ex combatientes que narran sus traumatismos al ejercer una violencia cotidiana en los territorios. Los signos de la brutalización de la sociedad por ese contexto de guerra permanente no dejan de acumularse y resurgen en diversas formas en la vida corriente. Largo tiempo galvanizado por la juventud de su Estado y la dinámica de inmigración y de desarrollo, Israel padece una crisis económica cada vez más fuerte que involucra en particular a las últimas olas de inmigración, y que trae aparejado un ascenso de las tensiones internas, de la xenofobia, de los fenómenos de repliegue (en particular de las comunidades ortodoxas).

En forma paralela, como en espejo, grupos de palestinos de 1948 (palestinos israelíes) reivindican un reconocimiento de su historia, de su lengua, de su situación, en el interior mismo del Estado de Israel.

Estas tensiones múltiples se expresan en particular en la producción artística. Los cineastas, sobre todo, se convierten en los portavoces de una sociedad israelí nueva, tomada entre los traumatismos de la violencia armada (*Vals con Bashir*, película de animación documental realizado por Ari Folman en 2008 sobre la guerra de 1982 en el Líbano y las masacres de Sabra y de Chatila, y *Líbano*, de Shmulik Maoz, estrenada en 2009, sobre el mismo tema), las tensiones y las injusticias ligadas a la ocupación y a la colonización (*Los limoneros*, película de Eran Riklis de 2008, *La visita de la banda*, película de Eran Kolirin, de 2007, y las películas más militantes de Avi Moghrabi o de Eyal Sivan), el sufrimiento social (*Kadosh*, de Amos Gitai, en 1999, *Mon trésor*,

de Keren Yedaya, en 2004), la condición de las mujeres (*Prendre femme* en 2004 y *Les Sept Jours* en 2008, de Ronit y Shlomi Elkabetz). David Grossman, por el lado de los escritores, parece ser aquel cuya escritura más se confunde con los tormentos de los ciudadanos israelíes comprometidos, a la vez vinculados con el sionismo, con el proyecto israelí y conscientes del pecado original de la fundación de ese Estado (*Les Exilés de la Terre promise*, trad. francesa de 1998). Es una de las voces del movimiento Paz Ahora en los años noventa. Después de la muerte de su hijo en la guerra de 2006 –a la que se había opuesto–, encarna, en su escritura y sus tomas de posición políticas públicas, el tironeo de la sociedad en su conjunto, que se escapa de sí misma, como la madre que describe en *Une femme fuyant l'annonce* (trad. francesa de 2011).

En el verano de 2011, es en este contexto cuando se desencadena lo que fue llamado la revuelta de las Tiendas o J14 (por “July 14th”), ocupación en gran escala de los lugares de poder. El movimiento social, entablado a mediados de julio de 2011, denunciaba el alza del costo de la vida, sobre todo de la vivienda, y un incremento de las desigualdades sociales. Daphni Leef, iniciadora del movimiento, plantó su tienda el 14 de julio de 2011 en el muy encoquetado bulevar Rothschild de Tel Aviv y luego fue seguida por decenas de miles de israelíes.

Estos movimientos fueron muy comentados, designados a la vez como continuaciones de los movimientos “Occupy” y relevos de las revoluciones árabes. Ciertamente, son todo eso a la vez y también revelan una voluntad de normalización de la sociedad israelí, que asiste al desmantelamiento de su Estado social y a la marginación de los más pobres bajo la tapadera cada vez más pesada de un discurso guerrero y una práctica securitaria cada vez más reforzada.

Las televisiones satelitales, ¿un espacio público transnacional?

Una de las transformaciones mayores del mundo árabe en su conjunto, luego de la guerra del Golfo de 1991, es la creación de la cadena panárabe catari Al Jazeera, hoy convertida en un verdadero imperio. Ella no es otra cosa que el elemento más visible de una transformación general del paisaje mediático que ya evocamos más arriba. Los efectos de esta transformación sobre las sociedades árabes son múltiples.

En primer lugar, contribuyen a romper el muro de las censuras nacionales, en adelante soslayables mediante la simple adquisición de una antena parabólica. A los regímenes autoritarios árabes les cuesta trabajo encontrar respuestas a esta intrusión de un discurso más libre y más moderno directamente en los salones y los cafés. Los dispositivos de control y las presiones son rápidamente soslayados, tanto por los telespectadores como por los periodistas.

Luego, nacidas en un contexto de impugnación fuerte de la política norteamericana [Laurens, 2004], estas cadenas son el lugar donde se pone en acto una solidaridad árabe fundada en un apoyo recíproco a luchas de independencia frente a esas tentativas de manipular los recursos y las riquezas de la región. A la ofensiva ideológica y propagandista llevada a cabo por las cadenas de información continua norteamericanas (CNN y Fox News sobre todo) responde una contraofensiva cada vez más consciente y organizada. Las diferentes intervenciones armadas realizadas desde 1991, ya sean israelíes (1998, 2002, 2006, 2008, 2010), o norteamericanas (1991, 2002, 2003), son cubiertas por los periodistas con la preocupación de mostrar el “otro lado”, a veces incluso convirtiéndose en el canal de un enfrentamiento simbólico, cuyo ejemplo más sobresaliente es el de la difusión de los videos de Bin Laden en los años 2000. La cadena catari Al Jazeera, primero muy inclinada hacia las imágenes de impacto, en 2004 se dota de un

código de conducta más respetuoso de las víctimas y del público, al tiempo que justifica su voluntad de mostrar los horrores de la guerra en la región mediante una crítica del discurso sobre la “guerra limpia” y los “bombardeos quirúrgicos” elaborado por los medios (y el ejército) norteamericanos.

En la cohesión reivindicada de “ese lado”, la religión musulmana es ampliamente valorizada, constituyendo el basamento de una adhesión a valores comunes, y se da un lugar preferente a una forma de islam moderna, capaz de oponerse a las ofensivas norteamericanas y reactivando el antiimperialismo en formas a la vez islamizadas y modernizadas [Haenni, 2005].

No obstante, no hay que reducir aquí el uso de las cadenas satelitales a las cadenas de información. Porque lo esencial está en otra parte; la circulación de los programas de entretenimiento, sobre todo las series del mes de Ramadán, muestra que son el sitio de una fuerte competencia entre los países productores. Estas ficciones forjan otra forma de comunidad, fundada en la reconstitución histórica impregnada de nostalgia por cierta cantidad de edades de oro (Imperio otomano, Egipto de los jedives, Alepo mandataria, etc.) o sobre aventuras romántico-sociales asentadas en un contexto de modernidad oriental, con sociedades mixtas a la vez modernas y preocupadas por la tradición. A pesar de los acontecimientos que se desarrollan en el país desde 2011, Siria es uno de los países más activos en la producción de *mosalsalat* (folletines). El más popular de ellos, *Bab al-Hara*, que describe la vida de un barrio de Damasco bajo el mandato, va por su sexta temporada en 2013 [Salamandra, 2013].

Entre los programas difundidos en el conjunto de la región y en el mundo árabe de manera más general, los folletines ocupan un lugar preferente y participan en la constitución de referencias comunes, inclusive religiosas (cf. la coproducción catari-saudita en 2012 de un folletín sobre el segundo califa Omar bin al-Jattab, a la manera de un *biopic*, con efectos especiales, por la

cadena Al Arabiya). Los programas animados por sheijs también convocan a grandes audiencias. La mayoría del tiempo interactivos, abriendo la posibilidad de postear preguntas o de llamar, difunden una manera de “ser” musulmán, no simplemente desde el punto de vista de la obediencia o del rito elegido. Se trata de hacer entrar la religión en los actos más anodinos de lo cotidiano y de responder a las inquietudes de los creyentes sobre la manera en que deben conducirse (en familia, en el trabajo, en la ciudad, etc.). Estos programas religiosos, con sus estrellas, hacen emerger modas y tienden a homogeneizar el mundo árabe y, más allá, los mundos musulmanes a través de los signos, el más visible de los cuales es ciertamente la manera de llevar el velo para las mujeres [Nehaoua, 2010].

Estos medios pueden ser considerados como soportes para el desarrollo de una nueva conciencia transnacional, de circulaciones más horizontales e informales entre los hombres y las mujeres de la región. Estos intercambios prosiguen luego por Internet, sobre todo a partir de mediados de los años 2000, cuyo desarrollo no puede interrumpir ni siquiera el régimen baathista sirio si quiere poner en marcha su nueva política económica liberal. Los canales de difusión de productos culturales, de ideas, de imágenes se multiplican. No están ya simplemente limitados a intercambios formales e institucionales, utilizan numerosos medios, superan las barreras de las diferencias de dialectos y de referencias nacionales. Las competencias entre los diferentes espacios nacionales sin embargo están presentes y son parte integrante del espacio mediático a través de las competencias deportivas y los programas como la *Star Academy* (cadena libanesa LBC) o *Arabia Idol* (MBC, cadena de capitales sauditas establecida en Dubai) a propósito de los cuales cada uno apoya al candidato de su país, de su ciudad... salvo cuando resulta que el mejor es un palestino de Gaza (2013).

Una nueva geografía

A todo lo largo de este trabajo sobre las sociedades de la región, la cuestión de la definición del espacio del Cercano Oriente fue dejada en suspenso. Esta suspensión radica en numerosos factores. En primer lugar, las fronteras son indeterminadas y su carácter fluctuante a lo largo de todo el período, con el correr de los recortes, independencias, planes de distribución, anexiones o reivindicaciones, y su percepción por los grupos sociales, confesionales o étnicos también varía, y necesariamente se relaciona con un estudio de la región.

Luego, la definición del espacio en cuanto espacio recorrido, vivido, a su vez cambió considerablemente a lo largo de todo el siglo xx tal y como aquí lo encaramos. Estos espacios, primero integrados al Imperio otomano, luego compartidos según lógicas imperiales, en un primer tiempo están vueltos esencialmente hacia el Mediterráneo, en el espacio de los imperios.

Desde los años ochenta y noventa, las redes transnacionales se densificaron y diversificaron en el Medio Oriente. Los procesos de apertura y de liberalización económica se aceleraron e integraron a la mayoría de los países –incluso los más cerrados en apariencia– en los circuitos del sistema-mundo. En este proceso, la región desarrolla cada vez más relaciones económicas de complementariedad entre los países rentistas (petroleros) y los países del *hinterland*, donde las inversiones se hacen masivamente y donde se encuentra la mano de obra. Se elabora así un sistema regional de complementariedades [Vignal, 2012]. Esta integración regional hace de ese espacio un lugar de movilidad de las personas y los bienes cada vez más intenso, que acompaña la difusión de una cultura común a través de las cadenas satelitales e Internet [González-Quijano y Guaaybess, 2009]. Nuevas escenas nacionales artísticas, culturales y científicas en el conjunto de los Estados de la región son articuladas

a la constitución de un mercado transnacional en el campo de la producción artística pictórica, de los objetos artesanales, de la producción literaria o científica. Las nuevas prácticas militantes, confesionales o profesionales se difunden de la misma manera. El espacio así constituido rompe con lo que se puede considerar como un paréntesis nacional árabe y, si no es ya estrictamente el espacio globalizado de los imperios, tiende lazos con una forma de descentramiento, se vuelve tanto, si no más, hacia el océano Índico y el golfo Pérsico como hacia el Mediterráneo que recibía los combates de la descolonización. Está estructurado igualmente por los espacios de la diáspora (América del Norte, Golfo) y sobre todo es muy fuertemente multipolar, elaborando sus circulaciones en función de las necesidades y los recursos.

Transformación del autoritarismo en el marco del proceso de Washington

La región del Cercano Oriente fue el sitio de maniobras geoestratégicas de gran amplitud, determinadas por la extensión del imperialismo europeo en un primer tiempo, luego por el dominio norteamericano sobre la zona en el marco de la guerra fría y de la explotación de los recursos petroleros. Con el fin del enfrentamiento abierto entre el Este y el Oeste, las posiciones de influencia se mantienen con nuevas formas. La crisis mayor de 1979, con la toma de rehenes en los locales de la embajada norteamericana en Teherán, y la llegada de Ronald Reagan al poder, acarrearán una transformación de las modalidades de la presencia norteamericana. Los teóricos de la promoción de la democracia son influyentes en los círculos del poder [Guénard, 2007]. Vemos aparecer entonces la noción de *rogue states*, según la cual los enemigos se encarnan ahora en Estados terroristas. Esta noción abre la puerta al derrocamiento de un régimen si es considerado como un peligro potencial.

Si bien la noción fue engendrada a mediados de los años ochenta por una administración republicana muy derechista, fue el demócrata William Clinton quien la oficializa y la convierte en una clave de su política exterior un decenio más tarde. Son conocidas las consecuencias que estas transformaciones de la política norteamericana tuvieron en términos de conflictos y de intervenciones diplomáticas y militares. Lo que debemos subrayar aquí son las consecuencias de esas transformaciones de doctrina sobre el autoritarismo de los regímenes del Cercano Oriente. Surgidos de una alternativa entre el Este y el Oeste con la que podían jugar, los regímenes establecidos están bajo la amenaza de una expulsión de las naciones y deben adaptarse a apariencias de democracia que con mucha frecuencia pasan por la apertura de los mercados y la conformidad con las reglas del comercio internacional regidas por los planes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Precisamente por el juego de estas presiones es como los regímenes autoritarios, cuya autoridad descansaba en el terror y la "seguridad" que ofrecían a su pueblo, son fragilizados. En este sentido, las modelizaciones de los teóricos liberales de la exportación de la democracia se ven ratificadas, pero este llamado democrático no viene como una consecuencia natural de un libre mercado, muy pronto confiscado por una elite corrupta, sino en la forma de una demanda popular de justicia social consecutiva a esa confiscación.

Formas de protesta

El despertar de las luchas que es visible desde mediados de los años ochenta se confirma en los años que siguen a la Guerra del Golfo de 1991. El asentimiento dado por la mayoría de los regímenes árabes a la intervención norteamericana en Kuwait y en Irak radicaliza los movimientos y dirige la furia hacia las viejas

autocracias tanto como hacia el imperialismo norteamericano. A los movimientos antiguos, de inspiración marxista o liberal, se añaden nuevas coaliciones de luchas que se unen a los movimientos antiglobalización en la impugnación de un orden neoliberal que pone en peligro a los más pobres [Beinin y Vairel, 2011; Beinin, 2014]. Aquí se encuentran luchas sindicales renovadas, movimientos feministas, movimientos culturales...

Ellos zanzan de entrada con los movimientos que los precedieron porque inventan nuevas formas y dispositivos de protesta, pero también porque desplazan las alternativas entre poder militar y orden islamista fascistizante en los cuales los encerraban los regímenes. Los movimientos de las mujeres son un ejemplo impactante de esto. Las movilizaciones, ya sea que adopten la forma de salones de discusión, de grupos de oración o de asociaciones de mujeres prisioneras, impugnan el orden patriarcal imponiéndole otras formas de poder, otras tomas de palabra. En Palestina-Israel, las Mujeres de negro superan la fractura entre árabes y judíos agrupando su duelo [Pouzol, 2008]; en Siria, los círculos femeninos religiosos de las cofradías sufíes de la Qubaysiyya organizan los menores detalles de la vida de sus miembros, transgrediendo a menudo las reglas familiares [Ardito, 2010]; numerosos blogs femeninos reciben una expresión libre sobre los cuerpos, la sexualidad, la libertad; es también la liberación de la mirada de la sociedad lo que reivindican las mujeres palestinas violadas en prisión [Latte-Abdallah, 2013].

El otro elemento importante es la presencia masiva de la juventud, a la vez popular y de las clases medias, en las protestas. La juventud encuentra canales que le son familiares para expresar su ira y tornar efectiva la protesta: luego de los motines del pan acaecidos en numerosos países de la región a mediados de los años ochenta y de las sucesivas *intifadas* palestinas, el combate callejero a pedradas se convierte en una referencia casi coreografiada de la revuelta. A esto se añaden herramientas más elaboradas a

partir de mediados de los años 2000 como el uso de Internet (y en particular la articulación smartphone + YouTube + redes sociales) o la conciencia del papel crucial de los medios, pero también un desinterés por las formas de afiliaciones políticas clásicas, ya se trate de los partidos o de las asociaciones. Se elabora un repertorio de acción, que no está exento de referencias teóricas y prácticas, de imaginarios de lucha comunes (del Che Guevara al joven vendedor ambulante Mohamed Bouazizi⁴), pero también de una visión estratégica. Durante las manifestaciones de 2004-2005 en el Líbano que desembocaron en el fin de la presencia militar siria en el país, los militantes eligen un color, el verde, para dar una unidad a un movimiento heteróclito, la revolución del Cedro. En 2001, la primavera de Damasco revisita la forma de la petición de intelectuales y por primera vez desde decenios forja una plataforma común para una oposición fragmentada. Estos movimientos encuentran expresiones singulares y nuevas al tiempo que reivindican herencias, filiaciones, parentescos en el mundo árabe o en otras partes.

La impresión de pasividad que dominaba los análisis antes de que surjan las revoluciones populares de 2011, alternando entre un paisaje de terror y de silencio y fases de emoción donde la calle árabe se agitaba, no resiste el análisis. Una forma de disidencia se construyó poco a poco en esos años, emergiendo y desplegándose en espacios inesperados. Se asiste, un poco en todas partes, al desarrollo de múltiples prácticas de insumisión y de irreverencia. El humor, siempre presente, se convierte en un arma, y no dejan de circular bromas sobre el régimen, el poder, los clanes establecidos.

4 Quien se inmoló por la confiscación de su puesto de frutas y las humillaciones recibidas de los oficiales municipales tunecinos cuando fue a presentar una queja, situación que derivó en revueltas populares y en la huida del dictador Zine El Abidine Ben Ali en enero de 2011. [N. del T.]

Ocupa su lugar en la literatura y, si no se critica ya el régimen, se lo ridiculiza por vías más o menos indirectas. La sátira involucra igualmente a la sociedad y sus leyes. Los rodeos de la censura se vuelven masivas y las Memorias de un político, prohibidas en su país, pasan en forma de fotocopias en todas partes donde se las busque. Así, las Memorias de Akram al-Hourani, ex compañero de ruta del Baath sirio exiliado en el Líbano y luego en Jordania, donde murió en 1996, son publicadas en 2000 en El Cairo y muy pronto están disponibles en el Líbano en formas más o menos respetuosas del derecho de autor. De ahí, son leídas y difundidas hasta en Siria.

Son signos mínimos, pero poco a poco se juega una nueva relación con el poder. Lo que aparece en principio como pequeñas revanchas se convierte en la fuente en la que uno se abreva para poner fin al miedo y desacreditar a los poderes instalados. La ocupación israelí es así incesantemente desafiada por canciones y prácticas de resistencia; de la misma manera, el Hamas en Gaza o la Autoridad palestina en Cisjordania no siempre aprecian el humor de su juventud y la violencia de las críticas que se expresan por ejemplo en las palabras de los fragmentos de rap [Puig, 2013], a través de las creaciones artísticas de Majd Abdul Hamid cuando reconstruye la cúpula de la Roca con pastillas antidepresivas o de Raeda Saadeh, que denuncia la práctica de los matrimonios arreglados al mostrar el interior del apartamento de jóvenes casados [Slitine, 2013]. Cuando la protesta sube –en esos diversos momentos o de manera más radical en Siria a partir de 2011–, personajes públicos, sin lazos con la política, resultan investidos de un nuevo papel. En las manifestaciones del primer año de la revolución siria, es el futbolista Abdelbasset Sarout el que se convierte en el conductor de las calles de Baba Amr (Homs); son cineastas los que toman sus cámaras o las tienden a otros para dar testimonio y hacer vivir la lucha [Boëx, 2014]: competencias artísticas, técnicas o militantes son eficazmente puestas al servicio

de la revuelta. Los años 1990-2000 componen un repertorio con modalidades de acción movilizables y modulables en función del contexto y de sus exigencias.

Desde 2011, ¿un nuevo mundo?

Una vez sofocada la primavera de Damasco en 2001, Bashar, el segundo hijo Assad, parece conceder algunas aperturas. Al mismo tiempo, se apoya en el contexto internacional posterior al 11 de septiembre de 2001 para construirse una legitimidad internacional como muralla contra los “yihadistas”. La llegada de este joven dirigente, médico formado en Gran Bretaña a quien se presta fácilmente cualidades humanistas, parece tranquilizar a sus interlocutores en Europa, en los Estados Unidos y en Rusia. Esta última, enfrentada con la revuelta chechena cuya última fase se desató en 1999 con una serie de atentados, construye su política de contención de la amenaza islamista y parece sintonizado con la doctrina Bush. Bashar puede entonces conducir de frente la represión de toda oposición política formulando el *statu quo* como garantía de la seguridad de la región.

En realidad, negocia el giro de la liberalización económica creándose nuevos confidentes entre los jóvenes empresarios, reanuda lazos con algunas notabilidades ciudadanas y, por primera vez, da la espalda a los protegidos del régimen, los rurales de las pequeñas ciudades.

Allí es donde debutará la sublevación de 2011, en la ciudad rural de Deraa. En efecto, el régimen no mantuvo sus promesas de desarrollo para las regiones consideradas como pilotos en los años setenta y ochenta, como el noreste del país, en la Djezireh [Ababsa, Roussel y Al Dbiyat, 2007]. En el sur, la región cerealera de Deraa, afectada por las sequías consecutivas de los años 2000, ve llegar un flujo de refugiados climáticos del norte. Frente a estas situaciones de desamparo, el régimen ya no llega a enfrentarlas. El

giro es radical. Los cuarenta años del intermedio socialista toman oficialmente fin en 2005 cuando el Congreso del Partido Baath anuncia la entrada de Siria en la “economía social de mercado”. Muy pronto ésta se convierte en una forma de reparto clientelista y clánico de las oportunidades económicas con el correr de las lealtades en el interior del régimen [Dupret *et al.*, 2007]. La transformación del paisaje urbano con la metropolización ligada a la apertura del mercado crea un nuevo espacio para el enriquecimiento de algunos y, si bien permite que el régimen adhiera a nuevas franjas de la burguesía, es poco compatible con el mantenimiento de la vigilancia estrecha y con el abandono de los más desfavorecidos [Vignal, 2007].

La revolución que arranca en marzo de 2011 se arraiga en ese descontento y esa frustración social. Rápidamente se enfrenta a múltiples obstáculos que revelan lo que las tensiones geopolíticas y militares del siglo XX hicieron a la sociedad del Cercano Oriente, y a Siria en particular. Mientras que las primeras semanas y los primeros meses permiten pensar que el poder baathista podía retroceder frente a las movilizaciones –dimisión de cuadros del partido y de representantes del gobierno–, las resistencias del clan Assad encontraron apoyos decisivos (sobre todo en Irán y en Rusia) mientras que los rebeldes, al persistir en la afirmación de un pacifismo radical, eran llevados por una espiral de violencia. El largo trabajo de separación de las comunidades confesionales, de instalación de cadenas de fidelidades clánicas y de corrupción fue utilizado para transformar una situación de protesta social en un caos civil en el cual algunos líderes mafiosos barriales, más o menos ligados al régimen (*shabiha**), sembraron violencia, venganza y desolación, sobre todo en la ciudad de Homs, a las puertas de la región de origen del clan Assad. El salvajismo de este aniquilamiento de los lazos sociales, acompañado de bombardeos masivos, apuntaba a destruir las solidaridades que se habían construidos en la resistencia y a hacer lugar a una situación en

la cual el Estado autocrático baathista aparecería como el único recurso y la única muralla.

La brutalización de las sociedades de la región, enfrentadas con poderes que se burlan de la legitimidad democrática y desprecian los derechos y la justicia, es manifiesta hoy en Siria como en Irak. Puede ser considerada como un simple episodio en la serie de las tragedias que conoció el Cercano Oriente en el siglo xx. En particular, muestra hasta qué punto el dominio de las lógicas estatales y la fuerza de los intereses en juego condujeron al olvido de los pueblos.

Mientras que los manifestantes sirios cantaban y bailaban en las calles, a partir de la primavera de 2011, invocando su fraternidad con los tunecinos y los egipcios que los habían precedido, vieron que poco a poco sus esperanzas se desvanecían y la revuelta se transformaba en guerra desigual y luego en una verdadera guerra civil. Sin embargo, es absolutamente ilógico considerar que la composición confesional de Siria, o su posición geográfica o no sé qué cualidad intrínseca, haya podido tornar ineluctable, hasta natural, esta evolución. Si es cierto que el régimen baathista no había dejado de jugar con las diferenciaciones confesionales (a menudo en su provecho), esas divisiones no son visibles en el desarrollo de la revuelta, que implica de entrada a personas surgidas de confesiones diversas (incluso a alauitas, como los escritores y militantes Dima Wannous y Samar Yazbek). Lo que caracteriza la revuelta desde el comienzo es la violencia extrema de la represión, que afecta sobre todo de manera particular a los niños, y adopta la forma de sumir a las poblaciones civiles en un terror sistemático (bombardeos, lanzamiento de barriles, encierro y torturas, etcétera).

Siria no fue el único de los países de la región donde se hicieron oír los ecos de las primaveras árabes. En cualquier otra parte, si bien las voluntades de cambio fueron contenidas, eso se produjo más bien de manera pacífica. Así, la monarquía jordana, desde las primeras convulsiones, hace algunas concesiones de fachada

a los manifestantes: destitución del primer ministro Samir Rifai, cuya acción era muy discutida, formación de un gobierno abierto a personalidades de la oposición y afirmación de la libertad de expresión. Estas pocas reformas concedidas con mucha rapidez no bastaron para sofocar la protesta, pero esta última es de muy baja amplitud y, a partir de marzo de 2011, no supera a los militantes de los partidos de oposición reunidos en una coalición, el “Frente nacional por las reformas”. El sistema político y electoral, fuertemente criticado por varios segmentos de la sociedad desde hacía algunos años, como pudieron mostrarlo las violencias que estallaron durante las elecciones de 2010, es objeto de una desconfianza difusa. En la primavera de 2010, un grupo de oficiales firma una advertencia frente a los proyectos de ley de naturalización de los palestinos, que a su juicio transforma al Estado jordano en “patria alternativa” para estos últimos. El texto también llama a la aplicación del repliegue en Cisjordania de manera formal.

Este llamado de los veteranos del ejército tiene una rápida réplica, lanzada entre otros por el ex Primer ministro Ahmad Obeidat, solicitando reformas políticas y reafirmando la prioridad de la lucha contra el sionismo tanto para los jordanos como para los palestinos (abolición del tratado de Wadi Araba de 1994, ratificando la normalización de las relaciones entre Jordania e Israel). Es este segundo llamado el que se encuentra en el origen de la formación del Frente nacional para la Reforma, que reúne a 243 personalidades de oposición (partidos de izquierda y Hermanos musulmanes).

Si las reivindicaciones políticas están presentes en las voluntades de reforma, son acompañadas de exigencias sociales y económicas, en un país donde la desocupación crece, y donde los mecanismos de compensación –subvenciones de los productos básicos– son poco a poco reducidos, hasta elevados. Las movilizaciones se multiplicaron en 2010-2011, sobre todo en los servicios públicos frente a las reestructuraciones y a las privatizaciones.

Entonces se pudieron ver huelgas de docentes, de jornaleros, de camioneros. Un informe del Jordan Labour Watch contabiliza 829 movilizaciones ligadas al trabajo en el año 2011 (para 139 en 2010) [Jordan Labour Watch, 2012].

Como en Siria y en Túnez, las manifestaciones de 2011 debutaron en una pequeña ciudad, Dhiban, comuna rural cuyo equilibrio social y económico es amenazado por la construcción de una represa [Pelham, 2011]. Pero se extienden muy pronto y se cristalizan en la capital, por lo común poco movilizada y politizada. Durante algunas semanas, una manifestación que reúne a algunos miles de personas arranca todos los viernes de la mezquita Al-Husayni. También aquí, el escenario es idéntico al que se desarrolla en la Siria vecina. Esa aglomeración, a imagen de la capital, está constituida por una gran mayoría de palestinos, que el 24 de marzo organizan una sentada sobre el modelo de las aglomeraciones cairota y tunecina. Los “Jóvenes del 24 de marzo” anuncian que no levantarán el acampe sino cuando sus reivindicaciones hayan sido oídas. Esta movilización, sin embargo, fracasa: cuando un manifestante es muerto en enfrentamientos con grupos “lealistas” en la primera noche, el acampe se levanta. La protesta es entonces más intensa en el resto del país, donde reúne otras franjas de la población, sobre todo en el sur, considerado en la ideología nacional como el corazón de la identidad transjordana [Layne, 1994]. Es en el mismo nombre de esta posición como las poblaciones se movilizan, ritmando eslóganes que llaman a la fidelidad a la nación y a la identidad (“Abdalá, hijo de Husayn, ¿dónde están las tierras de Jordania?”).

Como lo observa Caroline Ronsin, esas movilizaciones permiten cuestionar la visión de una sociedad jordana escindida entre palestinos y tribus por un lado y el carácter monolítico de las tomas de posición de las poblaciones tribales. Los militantes surgidos de las poblaciones tribales, sin embargo, no son personas que actúan en nombre de sus tribus. Las movilizaciones de 2011

(pero antes que ellas las de los años ochenta contra los planes de ajuste del FMI) muestran que las poblaciones tribales no son uniformemente fieles. Algunas acciones que reúnen al conjunto de una tribu en particular alrededor de cuestiones ligadas a requisiciones de tierra por emprendedores privados, movilizan el repertorio y las herramientas de la tribu, su lenguaje y su solidaridad para hacer valer sus derechos. A veces, la tribu simplemente desempeña un papel de red de influencia, pero no es movilizadada directamente como recurso; pueden verse así personalidades surgidas de tribus que se movilizan en campos contrarios [Ronsin, en Allal, Pierret, 2013].

Frente a esta movilización multiforme, el régimen se propuso responder con parsimonia a cierta cantidad de inquietudes (sobre todo la de los empleados del sector público) poniendo un freno a su política de reducción del gasto público y reinyectando dinero en los salarios, las subvenciones, la creación de empleo. Al mismo tiempo, la monarquía reafirma su voluntad de democratizar el sistema político y de trabajar en un reequilibramiento de la representación por el lado de la ley electoral. Un comité de diálogo nacional sobre el tema desemboca en una nueva proposición para las elecciones de 2013, que aparece como una política del mal menor.

La ola revolucionaria se expresa en numerosos lugares, como repercutiendo otros surgimientos. En el Líbano, alrededor de la lucha contra el régimen confesional; en Gaza, contra el poder del Hamas; en Irak también, en una sociedad donde sin embargo la violencia está presente en todas partes.

La afluencia de refugiados sirios, la llegada aún constante de refugiados iraquíes, hace de los países no comprometidos en conflictos una vasta zona de acogida para las poblaciones desamparadas. El régimen y la población jordanas (para más de la mitad de los refugiados palestinos) parecen lograr hacer frente a esta crisis, que ciertamente contribuyó a suspender las movilizaciones y las reivindicaciones locales. El país se encuentra en el

corazón del ciclón, mientras que todo a su alrededor la guerra se instala. No obstante, pareciera que el régimen monárquico establecido logró construirse hasta ahora como la única alternativa razonable frente a las amenazas exteriores, pero también frente a las tensiones que sacuden a su población, repartida entre mundo urbano muy ampliamente dominado por los palestinos y mundos rurales y tribales en reestructuración. Si la posición de la monarquía como “mal menor” es reconocida por numerosos actores, las críticas que apuntan a ella son cuantiosas e intensas, y se expresan cada vez más abiertamente [Shadi y Freer, 2011].

En el Líbano, la población se incrementó en un 50 % por la afluencia de los refugiados sirios. El “retorno de los sirios” (en referencia a la larga ocupación siria que concluyó en 2005) trajo aparejados algunos incidentes y tensiones, pero el país en su conjunto absorbió esta nueva crisis sin demasiadas dificultades. El compromiso de las fuerzas de Hezbolá junto al régimen de Bashar al-Assad, por su parte, es políticamente más problemático: la guerra siria desborda las fronteras. Sin embargo, las movilizaciones contra la clase política y sus prácticas clientelistas retomaron en el verano de 2015, demostrando una vez más el vigor de una protesta surgida de la sociedad civil. La “crisis de los desperdicios” se desencadenó en julio de 2015 por el cierre del vertedero de Naamé. A partir de una protesta de carácter ecológico, la furia se extiende a cuestiones, de hecho ligadas, de corrupción del régimen, de negligencia. Las manifestaciones, que crecen en la segunda mitad del mes de julio, la emprenden cada vez más directamente con los gobernantes, unidas bajo el eslogan “*Talaat rihitkum*” (su olor nos molesta). La movilización, primero limitada a jóvenes de la clase media, se extiende a militantes sindicales y a la izquierda social [Dot-Pouillard, 2015].

En Irak, las consecuencias de la ocupación norteamericana de 2003 y de la instalación de un régimen con fachada democrática pero que gobierna en un modo clánico y confesional, no dejan

de extenderse y desarrollarse. Con la inestabilidad que se instaló en una gran parte del país, con las purgas operadas en las administraciones, la policía y el ejército, el país se encontró vaciado de sus energías y privado de sus cuadros. Mientras que por un lado se desarrollaba la instalación de una rebelión armada, y su transformación en una serie de franjas yihadistas, la sociedad, por su parte, era entregada a una gestión cada vez más confesional y corrupta. Las recetas aplicadas por las administraciones norteamericanas para “exportar la democracia” no sólo no tuvieron éxito en traer la paz sino que ni siquiera instalaron un régimen capaz de construir la paz social. Tanto en Bagdad como en Beirut, fue alrededor de la lucha contra la corrupción como los manifestantes se dieron cita ante el Parlamento en el verano, llevando a los diputados a votar una ley contra el fraude y el clientelismo.

Precisamente cuando la actualidad no deja de resonar por los gritos y las lágrimas de las poblaciones civiles bombardeadas por el régimen sirio, cuando florecen en este desamparo milicias de todo tipo y fanatismos de última moda, las poblaciones, aquí o allá, de manera menos visible, no dejaron de mostrar su rechazo al “sistema” (que va del autoritarismo y la violencia al clientelismo masivo, a la ausencia de servicio público...) y su voluntad de romper con el miedo y la violencia extrema. Las juventudes radicalmente pacifistas de 2011 son silenciadas por las armas y la sangre. Otras juventudes (a veces las mismas) se sublevan por las armas y ofrecen su vida en nombre de la religión o simplemente para dejar de morir sin reaccionar. Es difícil no ver en esto la continuación de combates por la dignidad; pero estos se operan en un caos que es difícil aprender a dominar y que es fácilmente manipulable (en particular por las nuevas fuerzas islamistas y las fuerzas competidoras que las apoyan).

En Kobane, en el corazón de la “guerra civil” siria, la movilización de las poblaciones en pleno país kurdo sirio contra las

milicias yihadistas de la Organización del Estado islámico* en 2014 mostró hasta qué punto la lucha por una sociedad más igualitaria y más libre podía encontrar un motor cuando se organizan y se unen los diferentes componentes de la población. En esta ciudad que acoge a habitantes y militantes kurdos, pero que también contiene la memoria del exilio forzado de los armenios, instalados por millares en 1915, se escribió una parte de la historia de la región. Frente a ellos, la Organización del Estado islámico es el resultado de las perturbaciones operadas allí desde 2003. Ella reúne en su ultraviolencia resentimientos y furores bajo una bandera apocalíptica. En definitiva, coincide con los regímenes que pretende combatir en cuanto a su odio al pueblo, y a su posible emancipación.

Conclusión

Cuando concluye la redacción de esta obra, la región está todavía en guerra. Nuevos combatientes y nuevas banderas surgieron sobre los escombros de una revuelta popular recubierta por las bombas y la represión sangrienta del régimen sirio que produjo más de 150 000 muertos. Centenares de miles de refugiados sirios (estimación de la ONU en el verano de 2015: más de 4 millones) encuentran refugio en Turquía, en Jordania, en el Líbano o todavía más lejos. Arriesgan sus vidas y mueren por millares en travesías peligrosas en el Mediterráneo o por tierra. Si bien los contornos de esta guerra civil regional son complejos, espero que las páginas que preceden hayan contribuido a mostrar que no puede ser comprendida por el manejo de oposiciones binarias entre civilización y barbarie o en términos de guerras de religión [Majed, 2014].

El sectarismo sobre el cual prospera el Estado islámico en Irak y en Siria no encuentra sus raíces en una tendencia intrínseca de las sociedades orientales, sino en el estado de violencia en el cual estos dos países fueron sumidos estos últimos años, en la destrucción de toda posibilidad de una vida política. Las aspiraciones a la libertad y las reivindicaciones sociales que emergieron desde los años 2000, y que fueron aplastadas por la guerra y la represión, forman el basamento de frustraciones y de expectativas inmensas. Las banderas negras que se exhiben en las calles de Jerusalén, como en los confines del Kurdistán, son su signo, tanto como las palabras de los grupos de rap en Gaza o las tentativas desesperadas de huir de la región.

Glosario

Aliá

Palabra hebrea que designa el acto de inmigración en Eretz Israel. Literalmente significa “ascenso”. Las *aliá* designan las diferentes olas de inmigración iniciadas por el movimiento sionista internacional: primera *aliá* (1881-1890), segunda (1903-1914), tercera (1919-1923), etcétera.

Baath

Literalmente, “resurrección”. Movimiento político nacionalista árabe y laico fundado por tres teóricos sirios, Michel Aflaq, Salah al-Din al-Bitar y Zaki al-Arsuzi. Su divisa “Unidad, libertad, socialismo” fue transformada con bastante rapidez en un instrumento al servicio de un poder militarizado, tanto en Siria bajo Hafez al-Assad como en Irak bajo Sadam Husein. Las dos ramas iraquí y siria son muy hostiles una con otra.

Badiya

Espacio de pasturaje de los rebaños, lugar de instalación de las tribus beduinas. Por extensión, este término puede designar las zonas rurales por oposición a la ciudad.

Bilad al-Sham / Gran Siria

Literalmente, “el país del Sham”, es decir, la región cuya capital histórica es Damasco (al-Sham). Comprende la Siria y el Líbano actuales, así como una parte de Palestina y de Jordania, y se estructura alrededor de polos urbanos como Alepo al norte, Jerusalén al sur y luego los puertos de Haifa y de Beirut.

Bloque nacional

Alianza de las notabilidades nacionalistas sirias frente al mandato francés tras la revuelta de 1925-1927. Es esta coalición la que conduce las negociaciones para la firma de un tratado en 1936.

Fedayín

Combatientes de la guerrilla (palestina).

Fellaga

Combatientes de la guerrilla (argelina).

Hadith

“Dichos del Profeta”; conjunto de los textos reunidos y constituidos en textos canónicos que reúnen los actos y opiniones de los Profetas referidos por sus contemporáneos y compañeros.

Hijra

Término que designa el exilio o la huida. Puede tener un sentido místico y religioso, en referencia a la *hijra* del Profeta (la hégira), o un sentido profano (el exilio de los palestinos).

Histadrut

Federación General de los Trabajadores de la Tierra de Israel.

Hiyaz

Región montañosa que se extiende de Áqaba a La Meca.

Ijtihad

Esfuerzo, designa la “*yihad* interior” (por oposición a la *yihad* exterior, que debe extender por la guerra y la conversión los territorios del islam), el esfuerzo para reforzar su fe y su conocimiento.

Ikhwan

Hermanos; es así como se designan a menudo los movimientos islamistas (*ikhwan* saudíes / Hermanos musulmanes = *al-ikhwan al-muslimun*).

Inqilab

Derrocamiento / revolución. Con este término se designa comúnmente la revolución de los Jóvenes Turcos. A menudo se lo hace seguir de *dusturi*, y la locución en su conjunto significa “revolución constitucional”.

Intifada al-Aqsa

Segunda ola de sublevaciones de los palestinos de los territorios ocupados contra la ocupación israelí. Se desencadena con la visita de Ariel Sharon, líder del partido de derecha Likud, a la esplanada de las mezquitas (al-Aqsa) en 2000.

Islah

Literalmente “reforma”. El término, utilizado de manera absoluta, designa las más de las veces el reformismo islámico. Remite a la idea de adaptación del dogma al mundo moderno a través de un retorno a las Escrituras.

***Kibutz* (pl. *kibutzim*)**

Del hebreo “asamblea”, comunidad (generalmente rural) colectivista en Israel, de inspiración socialista.

Mahjar

Designa a la vez el lugar de la emigración y la comunidad emigrada; se lo traduce por “diáspora”.

Medersas

Escuelas coránicas. Con frecuencia están situadas en las mezquitas o próximas a ellas.

Millet

Del árabe *milla*, comunidad religiosa legalmente protegida por las autoridades imperiales otomanas. Cada Millet posee un representante ante la Sublime Puerta (en Estambul) así como tribunales separados y un sistema de imposición y de derecho diferenciado.

Nahda

El término, que puede traducirse por “despertar” o “renacimiento”, designa un movimiento intelectual y cultural que se desarrolló a partir de comienzos del siglo XIX en el mundo árabe y musulmán. Por extensión y más precisamente, bajo el vocablo familiarizado de *asr al-nahda*, remite a un período de efervescencia ligada en particular al desarrollo de centros de edición en la región. Este período se extiende hasta la Primera Guerra Mundial.

Nakba

La “catástrofe”, término árabe que designa el éxodo de más de 700 000 palestinos durante la guerra de 1948 (guerra civil, luego guerra árabe-israelí). Alrededor del 80 % de los árabes que habitaban en el territorio del Estado de Israel proclamado en mayo de 1948 fueron expulsados de sus viviendas.

Naksa

El “reverso”, el “fracaso”, término árabe que designa la derrota de junio de 1967 (guerra de los Seis Días) y el éxodo masivo que la siguió.

Organización del Estado islámico (o DAESH, acrónimo árabe del Estado islámico en Irak y en Siria: al-Dawla al-islamiyya fi al-iraq wa al-Sham)

Organización yihadista fundada en 2006 en Irak por Abou Omar al-Baghdadi, hoy dirigida por el emir Abu Bakr al-Baghdadi. Anunció el restablecimiento del Califato islámico el 29 de junio de 2014.

Plan Peel

Comisión real para la Palestina, comisión de investigación establecida en 1936 como consecuencia del desencadenamiento de la revuelta. Es dirigida por lord William Peel, que recomienda la abolición del mandato y el reparto del territorio en dos Estados (árabe y judío), con un corredor alrededor de Jerusalén.

Plan Rogers

Plan de alto el fuego entre los países árabes e Israel luego de la guerra de los Seis Días, elaborado por el secretario de Estado norteamericano William P. Rogers (diciembre de 1969); es seguido en junio de 1970 por otro alto el fuego, en ocasiones llamado el segundo plan Rogers.

Qabaday

Líder barrial que se distingue por su fuerza, su autoridad y su honorabilidad. A menudo forma parte de la clientela de una notabilidad ante el cual sirve de intermediario hacia los sectores populares. El sistema de los *qabaday* tiende a desaparecer con los Estados modernos.

República árabe unida

Designa la unión política entre Egipto y Siria, que dura de 1958 a 1960.

Reino árabe

Nombre del régimen efímero gobernado por el rey Faysal a su llegada a Siria en 1918 a la cabeza de la revuelta árabe. El Reino árabe gobernó durante casi dos años en Siria antes de ser echado por las autoridades mandatarias. Con una parte del gobierno, Faysal va a instalarse a Irak; algunos nacionalistas irreductibles deciden pelear y son derrotados por el ejército francés en Maysalun en 1920.

Resistencia palestina

En 1967 está constituida por al-Fatah, brazo palestino del nacionalismo árabe; el FPLP (Frente popular de liberación de la Palestina), movimiento revolucionario, que liga la liberación de Palestina con la lucha contra el imperialismo; la Sa'iqa (Relámpago), rama militar del Baath sirio, creada luego de la guerra de 1967; el FLA (Frente de liberación árabe), rama militar del Baath iraquí, organización panárabe; el al-Ansar (los Partisanos), surgido de los partidos comunistas de la región y sobre todo implantado en el Líbano.

Sabra

Término que designa a los judíos nacidos en Palestina mandataria o en el Imperio otomano. Es también la palabra hebrea para decir "higo chumbo". Los judíos de Palestina son así comparados simbólicamente con una variedad tenaz de planta local que se adapta a los suelos áridos al reservar agua en ella.

Sabra y Chatila

Nombres de dos campos de refugiados palestinos en el suburbio de Beirut. Del 16 al 18 de septiembre de 1982 allí se desarrolló una masacre perpetrada por las milicias falangistas libanesas, bajo la mirada del ejército israelí que entonces rodeaba los campos. Cuando los falangistas abandonaron el campo, se contaban centenares de muertos, entre los cuales había mujeres, niños y ancianos.

Salafiyya

Movimiento de retorno a los fundamentos (*salaf*) de la religión, en particular el texto coránico mismo. Los reformadores musulmanes se designan así a partir de mediados del siglo XIX. En esto pretenden poner fin a lo que ven como derivas supersticiosas o místicas de la religión.

Sandjak

División administrativa otomana. Se cuentan alrededor de 400 sandjaks en la segunda parte del siglo XIX. Algunos están integrados a provincias, otros dependen directamente de la Puerta (administración central del Imperio).

Shabiha

Milicianos al servicio del régimen baathista sirio, constituyen una suerte de guardia privada en manos del clan Assad. Fundados por Rifaat al-Assad, primo de Hafez, a comienzos de los años ochenta, a menudo son reclutados entre la familia ampliada del presidente. Durante los acontecimientos de 2011-2014, el reclutamiento se extendió a mercenarios profesionales encargados de vigilar, aterrorizar a las poblaciones de un territorio y proceder a arrestos.

Tanzimat (reformas)

Movimiento de reformas administrativas en el Imperio otomano (mediados del siglo XIX).

Umma

“Nación” (musulmana). A menudo es considerada como dividida, en el orden de las prácticas religiosas, por las numerosas sectas (*madhahib*) que constituyen el islam y, en el orden político, por la división en Estados, los conflictos, etc. El llamado a la unión de la *umma* es un *topos* del islam político.

Wahabismo

Movimiento religioso y político fundado en el siglo XVIII por Muhammad bin Abdulwahab. Predica un islam sunita rigorista y puritano fundado en una interpretación literal del Corán y de los *hadith* (palabra del Profeta).

Zaim (pl. zuama)

Líder político, se distingue del *qabaday* por el hecho de que su autoridad no se ejerce únicamente a partir de un territorio, sino sobre una comunidad.

Referencias cronológicas

1908

(julio) Proclamación de la restauración de la Constitución de 1876 en el Imperio otomano.

1909

Restauración.

1912

Elecciones en el Parlamento otomano.

1913

Congreso árabe sirio de París.

1916

Desencadenamiento de la revuelta árabe bajo el mando anglo-hachemita; acuerdos Sykes-Picot, reparto de la región en zonas de influencia británica y francesa.

1917

(2 de noviembre) Declaración Balfour. Carta de Arthur James Balfour, ministro británico de Relaciones exteriores, a lord Walter Rothschild, en la cual se declara en favor del establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina.

1918

Tratados de Versalles y Sèvres, delegaciones enviadas del Monte Líbano (patriarca maronita) y del Reino árabe (rey Faysal) para abogar por la causa de la independencia del Monte Líbano y la de la Gran Siria monárquica. Conferencia de San Remo, que atribuye zonas de influencia a Gran Bretaña y a Francia.

1920

Adopción del estatuto de los mandatos de la Sociedad de Naciones; proclamación del Gran Líbano; Gran Revuelta iraquí sofocada por los británicos, que deciden instalar al hachemita Faysal en el trono iraquí.

1923

Tratado de Lausana, que renegocia las cláusulas del desmembramiento del Imperio otomano con el gobierno kemalista en un sentido más ventajoso.

1924

Fin del califato otomano sobre los musulmanes sunitas.

1925-1927

Revuelta del Jabal al-Arab (Siria) contra las autoridades mandatarias francesas.

1932

Independencia del reino de Irak.

1936-1939

Gran Revuelta palestina.

1936

Tratado franco-sirio; tratado franco-libanés; unificación de las provincias de Siria.

1939

Libro blanco sobre la Palestina.

1946

Independencia de Siria, del Líbano, de la Transjordania (y proclamación del reino de Jordania).

1947

Plan de reparto de Palestina (ONU).

1948

Guerra de independencia israelí / *Nakba* (catástrofe) de los palestinos.

1949

Victoria de Israel en la primera guerra árabe-israelí, armisticios separados de Rodas.

1954

Gamal Abdel Nasser presidente de Egipto (después del golpe de Estado de los oficiales libres de 1952).

1955

Pacto de Bagdad.

1956

Crisis de Suez, intervención conjunta franco-británica-israelí contra los egipcios.

1961

Golpe de Estado del partido Baath en Siria.

1963

Fin de la República siria, instauración del Estado de emergencia; toma del poder por el partido Baath en Irak.

1964

Fundación de la Organización de liberación de la Palestina (OLP), que reúne a diferentes elementos de la Resistencia palestina.

1967

Guerra de los Seis Días de los israelíes y *Naksa* de los palestinos.

1968

Golpe de Estado militar baathista en Irak.

1970

Muerte de Nasser; ola de atentados a iniciativa de grupos de acción palestinos; Septiembre negro en Jordania.

1971

Acceso al poder en Siria de Hafez al-Assad.

1972

Toma de rehenes de los atletas israelíes en los juegos Olímpicos de Múnich.

1973

Guerra árabe-israelí de Kipur (o de Ramadán para los árabes); primera crisis del petróleo.

1975-1990

Guerra civil libanesa.

1979

Sadam Husein presidente de la república de Irak; revolución islámica en Irán que derroca al shah; toma de rehenes de la embajada norteamericana de Teherán; segunda crisis del petróleo.

1980-1988

Guerra Irán-Irak.

1981

Asesinato del presidente egipcio Anuar al-Sadat por islamistas cercanos al movimiento de los Hermanos musulmanes.

1982

Operación "Paz en Galilea" (invasión del Líbano por el ejército israelí); revuelta de Hama en Siria reprimida a sangre y fuego; masacres en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en el Líbano; la OLP se refugia en Túnez.

1987

Primera Intifada y fundación de Hamas en Palestina.

1988

La OLP proclama el Estado palestino (declaración de Argel).

1990

Invasión de Kuwait por Irak.

1991

Primera guerra del Golfo, una coalición internacional conducida por los Estados Unidos libera a Kuwait y aplasta al ejército iraquí.

1993

Acuerdos de Oslo I firmados en Washington entre Isaac Rabin (Primer ministro israelí) y Yasir Arafat (jefe de la OLP) bajo la mediación de Bill Clinton, presidente de los Estados Unidos.

1994

Masacres de musulmanes en Hebrón, en la cueva de los Patriarcas, por un extremista judío; acuerdos de paz entre Israel y Jordania; Rabin, Peres y Arafat reciben el premio Nobel de la paz.

1995

Acuerdos de Oslo II, puesta en práctica de los acuerdos de transición hacia un Estado palestino con la creación de la Autoridad palestina sobre los territorios evacuados por Israel; asesinato de Isaac Rabin por un extremista judío; reanudación de los atentados palestinos contra Israel.

1996

Operación israelí “Viñas de ira” en el Sur de Líbano contra Hezbolá.

2000

Retirada israelí del Sur de Líbano; segunda Intifada (o *Intifada al-Aqsa*).

2001

Atentado del 11 de septiembre en los Estados Unidos.

2002

Operación “Murallas” del ejército israelí en los territorios palestinos; construcción del muro de seguridad entre Israel y Cisjordania.

2003

Segunda guerra del Golfo: invasión de Irak por una coalición conducida por los Estados Unidos, que derrocan al régimen de Sadam Husein.

2004

Muerte de Yasir Arafat, a quien sucede Mahmud Abás.

2005

Retirada israelí y desmantelamiento de las colonias de la Franja de Gaza; “revolución del Cedro” en el Líbano luego de los asesinatos de diferentes personalidades.

2006

Victoria de Hamas en las elecciones legislativas palestinas. Ismail Haniya se convierte en Primer ministro palestino; operación israelí “Lluvia de verano” en el Líbano contra Hezbolá.

2008

Operación israelí “Plomo endurecido” contra Gaza.

2011

Desencadenamiento de la revuelta siria en el pueblo de Deraa.

2014

La Organización del Estado islámico anuncia el restablecimiento del Califato bajo la autoridad de Abu Bakr al-Baghdadi. Sitio de Kobane (Kurdistán sirio) por los ejércitos de la OEI.

2015

Revolución de las basuras en el Líbano; manifestaciones contra la corrupción en Irak.

Referencias bibliográficas

- Ababsa M., Roussel C. y Al-Dbiyat M. (2007), “Le territoire syrien entre intégration national et métropolisation renforcée”, en Dupret B. (dir.) *et al.*, *La Syrie au présent*, Arles, Sindbad, Actes Sud, pp. 37-77.
- Abu-Lughod L. (2002), “Do Muslim women really need saving? Anthropological reflections on cultural relativism and its others”, *American Anthropologist*, vol. 104, nº 3, pp. 783-790.
- Abu-Rish Z. (2011), “Resistance and revolution as lived daily experience: an interview with Leila Khaled”, www.jadaliyya.com/pages/index/2586/resistance-and-revolution-as-lived-daily-experience.
- Achcar G. (2010), *The Arabs and the Holocaust. The Arab-Israeli War of Narratives*, Londres, Saqi Books.
- (2013), *Le peuple veut. Une exploration radicale du soulèvement arabe*, Arles, Actes Sud/Sindbad.
- Al-Ali N. (2000), *Secularism, Gender and the State in the Middle East. The Egyptian Women’s Movement*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Al-Ali N. y Pratt N. (2009), *Women and War in the Middle East*, Londres/Nueva York, Zed Books.
- Al-Rasheed, Madawi (2013), *A Most Masculine State: Gender, Politics and Religion in Saudi Arabia*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Allal A. y Pierret T. (2013), *Au cœur des révoltes arabes. Devenirs révolutionnaires*, Paris, Armand Colin.
- Altug S. y White B. T. (2009), "Frontières et pouvoir d'État", *Vingtième Siècle – Proche-Orient: foyers, frontières et fractures*, vol. 3, n° 103, pp. 91-104.
- Ardito A. (2010), "Les cercles féminins de la Qubaysiyya à Damas", *Le Mouvement social – Des engagements féminins au Moyen-Orient (xx^e-xxi^e siècles)*, vol. 2, n° 231, pp. 77-88.
- Badran M. (1995), *Feminists, Islam, and Nation. Gender and the Making of Modern Egypt*, Princeton, Princeton University Press.
- Badran M. y Dayan-Herzbrun S. (1998), "Féministe et nationaliste égyptienne: Huda Sharawi", *Mil neuf cent – Figures d'intellectuelles*, n° 16, pp. 57-75.
- Bakdash K. (1942), *Al-Hizb al shuyu'i fi Suriyya wa lubnan, Siyasatuhu al-wataniyya wa barnamijuhu al-watani* (El Partido comunista en Siria y en el Líbano, su política nacional y su programa nacional), Beirut, Ediciones del Partido comunista de Siria y del Líbano.
- Baron B. (1989), "Unveiling in early twentieth-century Egypt: practical and symbolic considerations", *Middle Eastern Studies*, vol. 25, n° 3, pp. 370-386.
- (1994), *The Women's Awakening in Egypt. Culture, Society, and the Press*, New Haven, Yale University Press.
- Barthe B. (2011), *Ramallah Dream. Voyage au cœur du mirage palestinien*, Paris, La Découverte.
- Bashkin O. (2009), *The Other Iraq. Pluralism and Culture in Hashemite Iraq*, Stanford, Stanford University Press.
- (2012), *New Babylonians. A History of Jews in Modern Iraq*, Stanford, Stanford University Press.

- Batatu H. (1978), *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Irak*, Princeton, Princeton University Press.
- (1999), *Syria's Peasantry, the Descendant of its lesser Rural Notables, and their Politics*, Princeton, Princeton University Press.
- Bayat A. (2009), *Life as Politics. How Ordinary People change the Middle East*, Stanford, Stanford University Press.
- Beck L. y Keddie N. (1978), *Women in the Muslim World*, Cambridge, Harvard University Press.
- Beinin J. (2014), "Le rôle des ouvriers dans les soulèvements populaires arabes de 2011", *Le Mouvement social*, n° 246, pp. 7-27.
- Beinin J. y Vairel F. (dir.), (2011), *Social Movements, Mobilization and Contestation in the Middle East and North Africa*, Stanford, Stanford University Press.
- Benkorich N. (2012), "Trente ans après, retour sur la tragédie de Hama", *La Vie des idées*, www.laviedesidees.fr/Trente-ans-apres-retour-sur-la.html.
- Boex C. (2014), *Cinéma et politique en Syrie: écritures cinématographiques de la contestation (1970-2010)*, Paris, L'Harmattan.
- Booth M. (2001), *May Her Likes Be Multiplied. Biography and Gender Politics in Egypt*, Berkeley, University of California Press.
- Bozarslan H. (2008), *Une histoire de la violence au Moyen-Orient*, Paris, La Découverte.
- (2009), *Conflit kurde. Le brasier oublié du Moyen-Orient*, Paris, Autrement.
- (2014), "Armée et politique en Turquie (1908-1980)", *Vingtième siècle - Militaires et pouvoirs au Moyen-Orient*, vol. 4, n° 124, pp. 87-98.
- Bulle S. (2005), "Apercevoir la ville : pour une histoire urbaine palestinienne, entre monde et patrie, sentiment et influences

- (1920-2002)”, tesis para el doctorado en historia del EHESS, http://tel.archives-ouvertes.fr/docs/00/76/64/00/PDF/thA_se_version_2.pdf.
- Burgat F. y Paoli B. (dir.), (2013), *Pas de printemps pour la Syrie. Les clés pour comprendre les acteurs et les défis de la crise (2011-2013)*, París, La Découverte.
- al-Buwayri I. (1979), *Tarikh al-Harakah al-U`mmaliyyah wa al-Niqabiyyah fi Lubnan, 1908-1946* (Historia de los movimientos obreros y sindicales en el Líbano, 1908-1946), Beirut, Dar al-Farabi.
- Campos M. U. (2011), *Ottoman Brothers. Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine*, Stanford, Stanford University Press.
- Chakrabarty D. (2000), *Provincialiser l'Europe. La pensée post-coloniale et la différence historique*, París, Editions Amsterdam, 2009. [Hay versión en castellano: *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, trad. de Alberto E. Álvarez y Araceli Maira. Barcelona, Tusquets Editores, 2008.]
- Chevallier D. (1971), *La Société du Mont Liban à l'époque de la révolution industrielle en Europe*, París, P. Geuthner.
- Clerck D. de (2010), “La mémoire transmise et restituée des massacres de «1860» chez les combattants chrétiens originaires du sud du Mont Liban”, en Mermier F. y Varin C., *Mémoires de guerre au Liban (1975-1990)*, París, Sindbad/Actes Sud, pp. 48-70.
- Cloarec V. y Laurens H. (2003), *Le Moyen-Orient au xx^e siècle*, París, Armand Colin.
- Cohen S. (2014), “Politiques et généraux en Israël aux xx^e et xxi^e siècles”, *Vingtième siècle – Militaires et pouvoirs au Moyen-Orient*, vol. 4, n^o 124, pp. 99-110.

- Commins D. (2006), *The Wahhabi Mission and Saudi Arabia*, Londres/Nueva York, I.B. Tauris.
- Corm G. (1983), *Le Proche-Orient éclaté, 1956-1982. De Suez à l'invasion du Liban*, París, La Découverte, 2010.
- (1986), *Géopolitique du conflit libanais*, París, La Découverte.
- Couland J. (1964), *L'Éveil du monde arabe*, París, Éditions Sociales. [Hay versión en castellano: *El despertar del mundo árabe*, trad. de Lía Schvartz, Buenos Aires, Editorial Arandú, 1965.]
- (1970) *Le Mouvement syndical au Liban 1919-1946*, París, Éditions Sociales.
- Courbage Y. (2008), “Deux phases de la démographie de la Palestine, 1872-1948 et 1967-2025. Aspects comparatifs”, en Heacock R. (dir.), *Temps et espaces en Palestine. Flux et résistances identitaires*, Beirut, IFPO, “Contemporain publications”.
- Cronin S. (2008), *Subalterns and Social Protest. History from Below in the Middle East and North Africa*, Londres/Nueva York, Routledge.
- Dahir M. (1988), *Al-Intifadat al-Lubnaniyyah didd al-Nizam al-Muqatacji* (Las revueltas libanesas contra los gobiernos locales), Beirut, Dar al-Farabi.
- Dakhli L. (2009a), *Une génération d'intellectuels arabes. Syrie et Liban, 1908-1940*, París, Karthala/IISMM.
- (2009b), “Arabisme, nationalisme arabe et identifications nationales arabes au xx^e siècle”, *Vingtième Siècle – Proche-Orient: foyers, frontières et fractures*, vol. 3, n^o 103, pp. 13-25.
- (2010), “Beyrouth-Damas, 1928 : voile et dévoilement”, *Le Mouvement social – Des engagements féminins au Moyen-Orient (xx^e-xxi^e siècles)*, vol. 2, n^o 231, pp. 123-141.
- (2012), “The ‘Mahjar’ as literary and political territory in the first decades of the 20th century: the example of Amin Ri-

- hani (1876-1940)”, en Hamzah D. (dir.), *The Making of the Arab Intellectual. Empire, Public Sphere and the Colonial Coordinates of Selfhood*, Londres, Routledge, pp. 164-188.
- (2014), “Nahda”, *Encyclopédie de l’humanisme méditerranéen*, www.encyclopedie-humanisme.com/?Nahda.
- Dakhli L., Lemire V. y Rivet D. (2009), *Vingtième Siècle – Proche-Orient: foyers, frontières et fractures*, vol. 3, n° 103.
- Dana T. (2014), “The Beginning of the end of Palestinian security coordination with Israel?”, *Jadaliyya*, www.jadaliyya.com/pages/index/18379/the-beginning-of-the-end-of-palestinian-security-c.
- Darwich M. (1989), *Chronique de la tristesse ordinaire*, París, Éditions du Cerf.
- Depaule J.-C. (en col. con Arnaud J.-L.) (2014), *À travers le mur*, Marsella, Parenthèses, “Eupalinos/Architecture et urbanisme”.
- Der Matossian B. (2014), *Shattered Dreams of Revolution. From Liberty to Violence in the Late Ottoman Empire*, Stanford, Stanford University Press.
- Dodge T. (2003), *Inventing Iraq, the Failure of Nation-Building and a History Denied*, Nueva York, Columbia University Press.
- Dot-Pouillard N. (2013), “Boire à Hamra. Une jeunesse nostalgique à Beyrouth?”, en Bonnefoy L. y Catusse M. (dir.), *Jeunesses arabes. Du Maroc au Yémen : loisirs, cultures et politiques*, París, La Découverte, pp. 125-133.
- (2015), “Une révolution des ordures au Liban? Un mouvement social contre le régime confessionnel”, en revista en línea *Orient XXI*, <http://orientxxi.info/magazine/une-revolution-des-ordures-au-liban,1005>.
- Dubar C. y Nasr S. (1976), *Les Classes sociales au Liban*, París, Presses de la FNSP.

- Eddé C. (2009), *Beyrouth. Naissance d'une capitale (1918-1924)*, París, Sindbad/Actes Sud.
- (2010), “Les Mémoires des acteurs de la guerre: le conflit revisité par ses protagonistes”, en Mermier F. y Varin C., *Mémoires de guerre au Liban (1975-1990)*, París, Sindbad/Actes Sud, pp. 26-46.
- Fawaz Tarazi L. (1994), *An Occasion for War. Civil Conflict in Lebanon and Damascus in 1860*, Londres, I.B. Tauris.
- Fischbach M. R. (2000), *State, Society, and Land in Jordan*, Leyde/Boston/Colonia, Brill.
- (2004), “The British land program, state-societal cooperation, and popular imagination in Transjordan”, en Sluglett P. y Méouchy N. (dir.), *The French and British Mandates in Comparative Perspectives/Les Mandats français et anglais dans une perspective comparative*, Leyde/Boston, Brill.
- Fleischmann E. L. (1996), “The nation and its “new” women: feminism, nationalism, colonialism, and the Palestinian Women’s Movement, 1920-1948”, Ph.D., Georgetown University.
- Fortna B. (2002), *Imperial Classroom. Islam, Education and the State in Late Ottoman Empire*, Oxford, Oxford University Press.
- Frayha N. (2003), “Éducation et cohésion sociale au Liban”, *Perspectives: revue trimestrielle d'éducation comparée – Évolution du curriculum : perspective globale*, vol. 33/1, n° 125, <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001301/130194.pdf#130146>.
- Fuccaro N. (2004), “Minorities and ethnic mobilisation. The Kurds in Northern Iraq and Syria”, en Méouchy N. y Sluglett P. (dir.), *The British and French Mandates in Comparative Perspectives*, Leyde, Brill, pp. 579-595.
- (2013), *Histories of City and State in the Persian Gulf. Manama since 1800*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Gaspar M. (2011), *Is There a Middle East? The Evolution of a Geopolitical Concept*, Stanford, Stanford University Press.
- Gelvin J. L. (1997), "The other Arab nationalism. Syrian/Arab populism in its historical and international contexts", en Jankowski J. y Gershoni I. (dir.), *Rethinking Nationalism in the Arab Middle East*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1998), *Divided Loyalties. Nationalism and Mass Politics in Syria at the Close of Empire*, Berkeley, University of California Press.
- Georgeon F. (2003), *Abdulhamid II, le sultan calife*, París, Fayard.
- Gershoni I. y Jankowski J. (2010), *Confronting Fascism in Egypt. Dictatorship versus Democracy in the 1930s*, Stanford, Stanford University Press.
- Gershoni I. y Nordbruch G. (2011), *Sympathie und Schrecken. Begegnungen mit Faschismus und Nationalsozialismus in Ägypten, 1922-1937*, Berlín, Klaus Schwarz.
- Gilsenan M. (1996), *Lords of Libanese Marches. Violence and Narrative in the Arab Society*, Berkeley, University of California Press.
- González-Quijano Y. y Guaaybess T. (dir.) (2009), *Les Arabes parlent aux Arabes. La révolution de l'information dans le monde arabe*, Arles, Actes Sud.
- Guénard F. (2007), "La promotion de la démocratie: une impasse théorique?", *La Vie des idées*, www.laviedesidees.fr/la-promotion-de-la-democratie-une.html.
- Haenni P. (2005), *L'Islam de marché. L'autre révolution conservatrice*, París, Le Seuil, "République des idées".
- Hamzah D. (dir.) (2013), *The Making of the Arab Intellectual. Empire, Public Sphere and the Colonial Coordinates of Selfhood*, Londres/Nueva York, Routledge.

- Hanna A. (2004), "The attitude of the French mandatory authorities towards land ownership in Syria", en Méouchy N. y Slugglett P. (dir.), *The British and French Mandates in Comparative Perspectives*, Leyde, Brill, pp. 457-475.
- Hanssen J. (2005), *Fin de Siècle Beirut. The Making of an Ottoman Provincial Capital*, Oxford, Oxford University Press.
- Hasso F. (2011), *Consuming Desires. Family Crisis and the State in the Middle East*, Stanford, Stanford University Press.
- Havkin S. (2008), "La privatisation des checkpoints : esquisse d'une transformation d'un dispositif de pouvoir", informe de master 2 de filosofía de la universidad París-I.
- Honvault J. (2012), "Des faits étranges... Les échos de la révolution jeune-turque au Yémen", en Georgeon F. (dir.), *L'Ivresse de la liberté. La révolution de 1908 dans l'Empire ottoman*, Lovaina, Peeters, pp. 387-414.
- Hopp G., Wien P. y Wildangel R. (dir.) (2004), *Blind für die Geschichte? Arabische Begegnungen mit dem Nationalsozialismus*, Berlín, Klaus Schwarz.
- Hourani A. (1986), *Political Society in Lebanon. A Historical Introduction*, Oxford, Centre for Lebanese Studies.
- (1982), *La Pensée arabe et l'Occident*, París, Naufal, 1991.
- Ismael A. (1955), *Histoire du Liban du XVII^e siècle à nos jours*, París, Beyrouth, 1958.
- Issawi C. P. (1982), *An Economic History of the Middle East and North Africa*, Nueva York, Columbia University Press.
- Johnson M. (1986), *Class and Client in Beirut. The Sunni Muslim Community and the Lebanese State, 1840-1985*, Londres, Ithaca Press.
- (2001), *All Honourable Men. The Social Origin of War in Lebanon*, Oxford/Londres, Centre for Lebanese Studies/Tauris.

- Jordan Labour Watch (2012), *Labour Protests in 2011: Analytical Report*. The Phenix Center for Economics and Informatics Studies)
- al-Jundi S. (1969), *Al-Ba'th* (El Baath/La resurrección), Beirut, Ediciones Dar al-Nahar.
- Katz Y. (1986), "Ideology and urban development: zionism and the origins of Tel-Aviv, 1906-1914", *Journal of Historical Geography*, vol. 12, nº 4, pp. 402-424.
- Khater Akram Fouad (2001), *Inventing Home: Emigration, gender and the making of a Lebanese Middle Class, 1861-1921*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press,
- Khalidi R. (1997), *L'Identité palestinienne. La construction d'une conscience nationale moderne*, París, La Fabrique, 2003.
- Khalidi R., Anderson L., Muslih M. y Simon R. S. (dir.) (1991), *The Origins of Arab Nationalism*, Nueva York, Columbia University Press.
- Khalidi W. (dir.) (1992), *All That Remains. The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington, Institute for Palestine Studies.
- Khalili L. (2007), *Heroes and Martyrs of Palestine. The Politics of National Commemoration*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Khoury P. (1983), *Urban Notables and Arab Nationalism. The Politics of Damascus, 1860-1920*, Londres, Cambridge University Press.
- Khuri F. (1975) (1975), *From Village to Suburb. Order and Change in Greater Beirut*, Chicago, University of Chicago Press.
- Khuri R. (1941), *Ma'alim al-wa'i al-qawmi* (Figuras de la conciencia nacional), Doha, Arab Center for Research and Policy Studies, 2015.

- (1942), *Turath al-qawmi al-carabi* (El legado del nacionalismo árabe), Beirut, Ediciones Sadr al-Rihani.
- Khuri-Makdisi I. (2010), *The Eastern Mediterranean and the Making of Global Radicalism, 1860-1914*, Berkeley, University of California Press.
- Kostiner J. (1993), *The Making of Saudi Arabia 1916-1936*, Oxford, Oxford University Press.
- Lafi N. (2013), “Mediterranean cosmopolitanism and its contemporary revivals: a critical approach”, *New Geographies (Journal of the Harvard University Graduate School of Design) – The Mediterranean*, vol. 5, pp. 325-333.
- Latte-Abdallah S. (2010), “Incarcération des femmes palestiniennes et engagement (1967-2009)”, en Dakhli L. y Latte Abdallah S. (dir.), *Le Mouvement social – Des engagements féminins au Moyen-Orient (xx^e-xxi^e siècles)*, vol. 2, n° 231, pp. 9-27.
- (2013), “Des féminités mobilisées et incarcérées en Palestine”, *Critique internationale*, vol. 3, n° 60, pp. 53-69.
- Latte-Abdallah S. y Parizot C. (dir.) (2011), *À l’ombre du mur. Israéliens et Palestiniens entre séparation et occupation*, Arles, Actes Sud/MMSH.
- Laurens H. (1991), *Le Grand Jeu. Orient arabe et rivalités internationales depuis 1945*, París, Armand Colin.
- (1999), *La Question de Palestine*, vol. I, *L’Invention de la Terre sainte (1799-1922)*, París, Fayard.
- (2002), *La Question de Palestine*, vol. II, *Une mission sacrée de civilisation (1922-1947)*, París, Fayard.
- (2004), *L’Orient arabe à l’heure américaine. De la Guerre du Golfe à la guerre d’Irak*, París, Armand Colin, 2004.
- (2007), *La Question de Palestine*, vol. III, *L’Accomplissement des prophéties (1947-1967)*, París, Fayard.

- (2011), *La Question de Palestine*, vol. IV, *Le Rameau d'olivier et le Fusil du combattant (1967-1982)*, Paris, Fayard.
- Layne L. (1994), *Home and homeland. The Dialogics of Tribal and National Identities in Jordan*, Princeton, Princeton University Press.
- Lemire V. (2011), *La Soif de Jérusalem. Essai d'hydrohistoire (1840-1948)*, Paris, Publications de la Sorbonne.
- (2013), *Jérusalem 1900. La Ville sainte à l'âge des possibles*, Paris, Armand Colin.
- Levine M. (2005), *Overthrowing Geography. Jaffa, Tel-Aviv and the Struggle for Palestine (1880-1948)*, Berkeley, University of California Press.
- Levy L. (2013), "Partitioned pasts: Arab Jewish intellectuals and the case of Esther Azhari Moyal (1873-1948)", en Hamzah D. (dir.), *The Making of the Arab Intellectual. Empire, Public Sphere and the Colonial Coordinate of Selfhood*, Londres/ Nueva York, Routledge, pp. 128-163.
- Levy-Aksu N. (2013), *Ordre et désordres dans l'Istanbul ottomane (1879-1909)*, Paris, Karthala.
- (2012), "La reprise en main des institutions: L'exemple de la police ottomane", en Georgeon F. (dir.), *L'Ivresse de la liberté. La révolution de 1908 dans l'Empire ottoman*, Lovaina, Peeters, pp. 121-136.
- Lockman Z. (1996), *Comrades and Enemies. Arab and Jewish Workers in Palestine, 1906-1948*, Berkeley, University of California Press.
- (2004), *Contending Visions of the Middle East. The History and Politics of Orientalism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Luizard P.-J. (1991), *La Formation de l'Irak contemporain. Le rôle des ulémas chiites à la fin de la domination ottomane et au moment de la création de l'État irakien*, Paris, Éditions du CNRS.

- Majed Z. (2014), *Syrie. La révolution orpheline*, Arles, Actes Sud/Sindbad.
- Makdisi U. (2000), *The Culture of Sectarianism. Community, History, and Violence in Nineteenth-Century Ottoman Lebanon*, Berkeley, University of California Press.
- Malsagne S. (2011), *Fouad Chéhab : une figure oubliée de l'histoire libanaise (1902-1973)*, París/Beirut, Khartala/IFPO.
- Massad J. (1995), "Conceiving the masculine: gender and Palestinian nationalism", *Middle East Journal*, vol. 49, n° 3, pp. 467-483.
- (2001), *Colonial Effects. The Making of National Identity in Jordan*, Nueva York, Columbia University Press.
- Massarah A. (1975), *La Structure sociale du Parlement libanais de 1920 à 1973*, Beirut, Publications de l'université Saint-Joseph.
- Méouchy N. (2004), "Le mouvement des Isabat en Syrie du Nord à travers le témoignage du Cheikh Saadoun (1919-1921)", en Sluglett P. y Méouchy N. (dir.), *The French and British Mandates in Comparative Perspectives/Les Mandats français et anglais dans une perspective comparative*, Leyde/Boston, Brill, pp. 649-672.
- (2010), "From the Great War to the Syrian armed resistance movement (1919-1921): the military and the *mujahidin* in action", en Liebau H. (dir.), *The World in World Wars – Experiences, Perceptions and Perspectives from Africa to Asia*, Leyde/Boston, Brill.
- Mermier F. y Varin C. (2010), *Mémoires de guerre au Liban (1975-1990)*, Arles, Actes Sud/Sindbad.
- Mervin S. (2002), "Quelques jalons pour une histoire du rapprochement (*taqrib*) des alaouites vers le chiisme", en Brunner R., Gronke M. y Laus J. P. (dir.), *Islamstudien ohne Ende. Festschrift für Werner Ende zum 65. Geburtstag*, Wurzburg, Ergon, pp. 281-288.

- (2010), *Histoire de l'islam. Fondements et doctrines*, Paris, Champs/Flammarion.
- Metenier E. (2012), “Le moment 1908 à Bagdad: connexions personnelles et convergences politiques entre la mouvance salafiste et le mouvement constitutionnaliste”, en Georgeon F. (dir.), *L'Ivresse de la liberté. La révolution de 1908 dans l'Empire ottoman*, Lovaina, Peeters, pp. 296-316.
- Mitchell T. (2002), *Rule of Experts. Egypt, Techno-politics, Modernity*, Berkeley, University of California Press.
- Mizrahi J.-D. (2003), *Genèse de l'État mandataire. Service de renseignements et bandes armées en Syrie et au Liban dans les années 1920*, Paris, Publications de la Sorbonne.
- (2003), “Un ‘nationalisme de la frontière’?: bandes armées et sociabilités politiques sur la frontière turco-syrienne au début des années 1920”, *Vingtième siècle*, vol. 2, n° 78, pp. 19-34.
- Mizrahi Jean-David, “De la région frontière à la ligne frontière. Les confins méridionaux de la Syrie de la fin de l'Empire ottoman au début des Mandats”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire* 3/2009 (n° 103), p. 77-90.
- Morris Benny (2004), *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Cambridge Middle East Studies, 2nd Edition.
- Naef S. (2006), “Entre mondialisation du champ artistique et recherche identitaire. Les arts plastiques contemporains dans la Méditerranée orientale”, en Dakhli J. (dir.), *Créations artistiques contemporaines en pays d'islam. Des arts en tensions*, Paris, Éditions Kimé.
- Nehaoua S. (2010), “Prédicatrices de salon à Héliopolis: vers la salafisation de la bourgeoisie du Caire”, *Le Mouvement social – Des engagements féminins au Moyen-Orient (XX^e-XXI^e siècles)*, vol. 2, n° 231, pp. 63-76.

- Nicosia F. (1980), "Arab nationalism and national socialist Germany, 1933-1939, ideological and strategic incompatibility", *International Journal of Middle East Studies*, vol. 12, nº 3, pp. 351-372.
- Nordbruch G. (2009), *Nazism in Syria and Lebanon. The Ambivalence of the German Option, 1933-1945*, Londres, Routledge.
- (2012), "The Arab world and national socialism: some reflections on an ambiguous relationship", *Rethinking Totalitarianism and its Arab Readings*, Orient-Institut Studies 1, actas de la conferencia "European Totalitarianism in the Mirrors of Contemporary Arab Thought", Beirut, 6-8 de octubre.
- Owen R. (dir.) (1976), *Essays on the Crisis in Lebanon*, Londres, Ithaca Press.
- (1981), *The Middle East in the World Economy 1800-1914*, Londres, Methuen.
- Pappé I. (2006), *Le Nettoyage ethnique de la Palestine*, París, Fayard, 2008. [Hay versión en castellano: *La limpieza étnica de Palestina*, trad. de Luis Noriega, Barcelona, Editorial Crítica, 2008.]
- (2006), *A History of Modern Palestine*, Cambridge, Cambridge University Press. [Hay versión en castellano: *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, trad. de Beatriz Mariño, Madrid, Ediciones Akal, 2007.]
- Pelham N. (2011), "Jordan's balancing act", MER Online, <http://www.merip.org/mero/mero022211>.
- Picard E. (1993), *Liban, État de discorde, des fondations à la guerre civile*, París, Flammarion.
- (1996), "Les dynamiques politiques de chrétiens du Liban", *Maghreb-Machrek*, vol. 218, pp. 3-21.
- Picadou N. (2005), "La tradition constitutionnelle arabe, un héritage méconnu", en Bernard-Maugiron N. y Ferrié J.-N., *Les*

- Architectures constitutionnelles des régimes politiques arabes, de l'autoritarisme à la démocratisation, Egypte/Monde arabe*, n° 2, pp. 17-35.
- Pouzol V. (2008), *Clandestines de la paix. Israéliennes et Palestiniennes contre la guerre*, Paris, Complexe.
- Provence M. (2005), *The Great Syrian Revolt and the Rise of Arab Nationalism*, Austin, University of Texas Press.
- Puig N. (2013), "L'instinct du rap. Le rap palestinien, contenus politiques et explorations artistiques", en Bonnefoy L. y Catusse M. (dir.), *Jeunesses arabes. Du Maroc au Yémen : loisirs, cultures et politiques*, Paris, La Découverte, pp. 335-341.
- Puig N. y Mermier F. (2007), *Itinéraires esthétiques et scènes culturelles au Proche-Orient*, Beirut, IFPO.
- Qattan N. (2014), "When mothers ate their children: wartime memory and the language of food in Syria and Lebanon", *International Journal of Middle East Studies*, vol. 46, n° 4, pp. 719-736.
- Qumsiyeh M. (2011), *Popular Resistance in Palestine. A History of Hope and Empowerment*, Londres/Nueva York, Pluto Press.
- al-Rashid L. (2010), "L'Irak de l'embargo à l'occupation: dépérissement d'un ordre politique (1990-2003)", tesis sostenida en Sciences-Po.
- Rey M. (2012), "Un parlementarisme oriental? Éléments pour une histoire des assemblées au Moyen-Orient des années 1850 aux années 1970", *Parlement[s], Revue d'histoire politique*, vol. 1, n° 17, pp. 162-176.
- (2013), "How did the Middle East meet the West? The International United Nations Agencies' surveys in the 1950s", *Middle Eastern Studies*, vol. 49, n° 3, pp. 477-493.
- (dir.) (2014), *Vingtième siècle – Militaires et pouvoirs au Moyen-Orient*, n° 124.

- (2014), “L’armée en Irak de 1932 à 1968”, *Vingtième siècle – Militaires et pouvoirs au Moyen-Orient*, n° 124, pp. 33-45.
- Rihani A. (1911), *The Book of Khalid*, Beirut, A. Rihani House, 1973.
- Rogan E. (2011), *Histoire des Arabes*, Paris, Perrin, 2013.
- (dir.) (2001), *Outside In. On the Margins of the Modern Middle East*, Londres, I.B. Tauris.
- Salamandra C. (2013), “Syrian television drama: a national industry in a pan-Arab mediascape”, en Guaaybess T. (dir.), *National Broadcasting Policy in Arab Countries*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Sassoon J. (2012), *Saddam Hussein’s Ba’th Party. Inside an Authoritarian Regime*, Cambridge/New York, Cambridge University Press.
- Satloff R. (1994), *From Abdullah to Hussein, Jordan in Transition*, Nueva York/Londres, Oxford University Press.
- Sayegh Y. (1962), *Entrepreneurs of Lebanon*, Cambridge, Harvard University Press.
- Sayigh Rosemary (1979), *Palestinians: From Peasants to Revolutionaries; A People’s History*, Londres, Zed Books.
- Schulze Tanelian M. (2014), “Feeding the city: the Beirut municipality and the politics of food during World War I”, *International Journal of Middle East Studies*, vol. 46, pp. 737-758.
- Schumann C. (dir.) (2008), *Liberal Thought in the Eastern Mediterranean. Late 19th Century until the 1960s*, Leyde, Brill.
- (2013). “The generation of broad expectations. Nationalism, education and autobiography in Syria and Lebanon, 1930-1958”, en Hamzah D. (dir.), *The Making of the Arab Intellectual. Empire, Public Sphere and the Colonial Coordinate of Selfhood*, Londres/Nueva York, Routledge, pp. 188-211.

- Seale P. (2008), *La Lutte pour l'indépendance arabe, Riad al Solh et la naissance du Proche-Orient moderne*, París, Fayard, 2010.
- (2010), *The Struggle for Arab Independence: Riad el-Solh and the Makers of the Modern Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Seikaly S. (2010), "Arab businessmen challenge the 1940s Status Quo", *Méditerranéennes*, n° 14, pp. 85-92.
- Seurat M. (1988), *Syrie, l'État de barbarie*, París, PUF, 2012.
- Sfeir J. (2008), *L'Exil palestinien au Liban. Le temps des origines, 1947-1952*, París/Beirut, Khartala/IFPO.
- Shadi H. y Freer C. (2011), How Stable Is Jordan? King Abdullah's Half-hearted Reforms and the Challenge of the Arab Spring, Brookings Doha Center. [http:// www.brookings.edu/ research/ papers/ 2011/ 11/ jordan-hamid-freer](http://www.brookings.edu/research/papers/2011/11/jordan-hamid-freer).
- Sharif M. (1947), *Al-Qadhaya al-iqtisadiyya al-kubra fi Suriyya wa Lubnan al-kubra* (Las grandes cuestiones económicas en Siria y en el Gran Líbano), Damasco.
- Sharrarah W. (1975), *Fi Usul Lubnan al-Ta'ifi. Khatt al-Yamin al-Jamahiri* (En los orígenes del Líbano confesional. El papel de la derecha populista), Beirut, Jadawil.
- Slitine M. (2013), "L'art sous occupation. "Le jeune artiste de l'année" (Palestine)", en Bonnefoy L. y Catusse M. (dir.), *Juinesses arabes. Du Maroc au Yémen: loisirs, cultures et politiques*, París, La Découverte, pp. 326-336.
- Sluglett P. (2004), "The Mandates: some Reflections on the Nature of the British Presence in Iraq (1914-1932) and the French Presence in Syria (1918-1946)", en Méouchy N. y Sluglett P. (dir.), *The British and French Mandates in Comparative Perspectives*, Leyde, Brill, pp.103-127.
- Smilianskaya I. (1972), *Al-Harakat al-Fallahiyyah fi Lubnan Khilal al-Nisf al-Akhir min al-Qarn al-Tasi Àchar* (Los movi-

mientos campesinos en el Líbano durante la segunda mitad del siglo XIX), Beirut, Dar al-Farabi.

Somel Selçuk Aksin (2001), *The Modernization of Public Education in the Ottoman Empire 1839-1908. Islamization, Autocracy and Discipline*, Leyde, Brill.

Tamari S. (2000), "Jerusalem's Ottoman modernity: the times and lives of Wasif Jawhariyyeh", *Jerusalem Quarterly*, n° 9, pp. 5-27.

— (2004), "Ishaq al-Shami and the predicament of the Arab Jew in Palestine" *Jerusalem Quarterly*, n° 21, pp. 10-26.

Tejel J. (2007), *Le Mouvement kurde en exil. Continuités et discontinuités du nationalisme kurde sous le mandat français en Syrie et au Liban (1925-1946)*, Berna, Peter Lang.

— (2009), "Les territoires de marge de la Syrie mandataire. Le mouvement autonomiste de la haute Djézireh, paradoxes et ambiguïtés d'une intégration national inachevée (1936-1939)", *Remmm*, n° 126, pp. 205-222.

Thompson E. (2000), *Colonial Citizens. Republican Rights, Paternal Privilege and Gender in French Syria and Lebanon*, Nueva York, Columbia University Press.

— (2003), "Public and private in Middle Eastern women's history", *Journal of Women's History*, vol. 15, n° 1, pp. 52-59.

— (2013), *Justice Interrupted. The Struggle for Constitutional Government in the Middle East*, Cambridge/Londres, Harvard University Press.

Touma T. (1971-1972), *Paysans et institutions féodales chez les Druzes et les Maronites du Liban du XVII^e siècle à 1914*, Beirut, Universidad libanesa.

Traboulsi F. (1997), *Surat al-Fata bil-ahmar (Imagen del muchacho en rojo/Memorias)*, Beirut, Dar al-Saqi.

— (2007), *A History of Modern Lebanon*, Londres, Pluto Press.

- Unesco, *Recueil de données mondiales sur l'éducation 2011*, Instituto estadístico de la Unesco.
- Velud C. (1993), "La politique mandataire française à l'égard des tribus et des zones de steppe en Syrie : l'exemple de la Djézireh", en Bocco R., Jaubert R. y Métral F. (dir.), *Steppes d'Arabie. États, pasteurs, agriculteurs et commerçants : le devenir des zones sèches*, Paris, PUF, pp. 61-86.
- (1995), "Syrie, État mandataire, mouvement national et tribus (1920-1936)", *Maghreb-Machrek*, vol. 147, pp. 48-71.
- Vignal L. (2007), "La «nouvelle consommation» et les transformations des paysages urbains à la lumière de l'ouverture économique : l'exemple de Damas", *Remmm*, n° 115-116, pp. 21-41.
- (2012), "Syrie, anatomie d'une révolution", *La Vie des idées*, www.laviedesidees.fr/Syrie-anatomie-d-une-revolution.html.
- Watenpaugh K. (2006), *Being Modern in the Middle East, Revolution, Nationalism, Colonialism, and the Arab Middle Class*, Princeton, Princeton University Press.
- Weili-Rochant C. (2008), *L'Atlas de Tel-Aviv*, Paris, Éditions du CNRS.
- Weiss M. (2010), *In the Shadow of Sectarianism. Law, Shi'ism and The Making of Modern Lebanon*, Cambridge/Londres, Harvard University Press.
- Wien P. (2006), *Iraqi Arab Nationalism. Authoritarian, Totalitarian and Pro-Fascist Inclinations 1932-1941*, Londres, Routledge.
- Wild S. (2010), "Adolf Hitler: enemy of the Arabs' enemies?", *Rethinking Totalitarianism and its Arab Readings*, Orient-Institut Studies 1, actas de la conferencia "European Totalitarianism in the Mirrors of Contemporary Arab Thought", Beirut, 6-8 de octubre.

- Wildangel R. (2007), *Zwischen Achse und Mandatsmacht. Palästina und der Nationalsozialismus*, Berlin, Klaus Schwarz.
- Zimmer-Winkel R. (dir.) (1999), *Eine umstrittene Figur. Hadj Amin al-Husseini, Mufti von Jerusalem*, Tréveris, Aphorisma.

Índice de contenido

Introducción	9
I El fin del Imperio (1908-1916)	13
La sociedad de las provincias árabes del Imperio otomano: desigualdades y coexistencias	13
¿Hacer la revolución con el Imperio?	16
Reformas	20
• Recuadro: <i>Nahda*</i> , <i>Mahjar*</i>	22
II Revueltas y dominio colonial (1916-1936)	27
• Recuadro: <i>La Arabia Saudita wahabita, una misión en nombre del islam “de los orígenes”</i>	28
La Gran Revuelta árabe de 1916: ¿la sublevación de la <i>badiya*</i> ?	31
En las ciudades, el espíritu de los años veinte y treinta	35
• Recuadro: <i>¿Fascismo y nazismo en el Oriente árabe?</i>	41
El movimiento feminista y la cuestión de las mujeres	43
• Recuadro: <i>La cuestión del velo</i>	45
Pertenencias, territorios y nacionalidades	47
• Recuadro: <i>En las fronteras, ¿nacimiento de la nación kurda?</i>	51
III La edad de oro del nacionalismo árabe (1936-1967)	53
La Gran Revuelta palestina (1936-1939)	53
• Recuadro: <i>Los judíos del mundo árabe</i>	58

Elites económicas, transformaciones sociales y urbanidades	60
• Recuadro: <i>El mundo sionista</i>	62
El tiempo de las Constituciones	64
La fuerza de los campesinos	66
• Recuadro: <i>El ejército, actor social y político de primera importancia</i>	68
Parlamentarismos	72
1948: un importante giro político y social	73
En Palestina	75
En otras partes, lo que la <i>Nakba</i> hace a las sociedades del Cercano Oriente	78
Golpes de Estado y fábrica del autoritarismo árabe	79
• Recuadro: <i>El acceso a la educación, vista de conjunto</i>	84
IV Los años de plomo (1967-1991)	89
La resistencia palestina: éxodos y radicalización	89
• Recuadro: <i>Handala, el niño palestino de los campos</i>	90
• Recuadro: <i>Palestina como horizonte revolucionario. Algunas trayectorias de militantes</i>	94
El Líbano en guerra civil (1975-1990)	96
Los años ochenta y el ascenso del Islam político	101
• Recuadro: <i>¿Una cultura de la violencia en el Líbano y en la región?</i>	102
Palestinos “del interior” / Palestinos “del exterior”	105
• Recuadro: <i>El Cercano Oriente, tierra de migraciones</i>	106
Siria: el manejo autoritario (1980-1982)	111
Jordania: ¿una monarquía tan apacible?	113
• Recuadro: <i>Mujeres militantes en Palestina, ¿nuevos caminos?</i>	114
Irak, una sociedad bajo vigilancia	116

V El retorno del pueblo (desde 1991 hasta hoy)	119
Oslo y después: las sociedades palestina e israelí entre dos fuegos	120
Las televisiones satelitales, ¿un espacio público transnacional?	126
• Recuadro: <i>Una nueva geografía</i>	129
Transformación del autoritarismo en el marco del proceso de Washington	130
Formas de protesta	131
Desde 2011, ¿un nuevo mundo?	135
 Conclusión	 145
 Glosario	 147
 Referencias cronológicas	 155
 Referencias bibliográficas	 163

Historia contemporánea de Medio Oriente se imprimió en el mes de julio de 2016 en Buenos Aires Print, Presidente Sarmiento 459, Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Otros títulos de esta colección

EL MITO DE LA ARGENTINA LAICA

Catolicismo, política y Estado

FORTUNATO MALLIMACI

DEMOCRACIA

*¿Gobierno del pueblo o gobierno
de los políticos?*

JOSÉ NUN

CREAR LA INDEPENDENCIA

Historia de un problema argentino

AA.VV.

EL DÓLAR

Pasado, presente y futuro

MICHEL AGLIETTA Y VIRGINIE COUDERT

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE MEDIO ORIENTE

LEYLA DAKHLI

Esta historia contemporánea de Medio Oriente propone situar los acontecimientos más recientes de la región en una genealogía de conflictos. Con la mirada puesta en las sociedades y gracias a un enfoque global, la historiadora Leyla Dakhli se desmarca de las historias habitualmente nacionales de esta región del mundo. También de aquellas exclusivamente centradas en el conflicto palestino-israelí, que suele ser visto como la explicación de todos los fenómenos que sacuden esta parte del planeta.

Sin ignorar esos acontecimientos, pero a contracorriente de la visión que hace foco en un mundo árabe atravesado únicamente por guerras y disputas más o menos irracionales, Dakhli escribe la historia de las sociedades y de los cambios que las afectan desde el fin del Imperio Otomano hasta la emergencia de los Estados modernos. El libro comienza con una revolución, aquella que impulsaron en el seno del Imperio los Jóvenes Turcos, y termina con el ciclo convulsionado actual, marcado por fuertes resistencias, por violencias inmensas y la emergencia de Dáesh. Pero también explora la elaboración de nuevas vías de emancipación: luchas feministas, ideologías nacionales o transnacionales, recorridos migratorios, luchas obreras, movimientos de jóvenes y acontecimientos culturales de una vitalidad sorprendente. Sabemos que esta región del mundo se ha convertido en un polvorín. Para dilucidar su historia contemporánea y conocer a sus protagonistas, una mirada histórica de larga duración permite una mejor comprensión de sus tensiones y disputas.